

KRIS BUENDIA

ARTE & VENGANZA

El lado inesperado de la obsesión
y la venganza...



Copyright © 2018 Kris Buendia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Julio 2018.

Título Original:

Arte y Venganza

Bilogía Arte y Placer Libro 2

ISBN Digital: 978-84-17228-74-3

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Fotografía: Shutterstock.

Maquetación y Corrección: EDICIONES K.



KRIS BUENDIA

ARTE & VENGANZA

El lado inesperado de la obsesión
y la venganza...



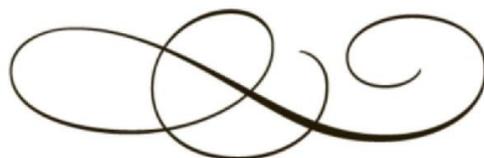


ADVERTENCIA:

*Aquí encontrarás contenido **adulto explícito**.*

***Escenas violentas** de carácter sexual y **lenguaje vulgar**.*

Recomendado para mayores de 18 años o quien pueda soportarlo.



ARTE & VENGANZA

El lado inesperado de la obsesión
y la venganza..



Kris Buendia



Eva no sabía que tenía que pagar un precio tan caro cuando se enamoró de Miller. Y Miller no sabía que tenía que ajustar cuentas cuando su peor enemigo regresara a acecharlos. Ahora tendría que trazar el plan perfecto para mantener a Eva a salvo, aunque eso le cueste su relación con Eva y hasta su propia vida.



Desenlace de la bilogía Arte y Placer.
El lado oscuro del amor y la venganza.

Pero antes en ARTE Y PLACER



En el presente

MILLER BAJABA DE SU JET PRIVADO.

Grave ya lo estaba esperando y uno de sus autos también. Varios de sus hombres, incluyendo a Flame lo acompañaban.

—Hijo de perra, se te ve un brillo ¿Tienes un buen culo contigo por ahí?

—Cállate la puta boca, Grave.

Siempre sus encuentros eran así. Grave tenía una manía de cabrear a Miller a propósito, y aunque eso hacía Miller perder sus casillas, estaba dispuesto a recibir una bala por él y el sentimiento era mutuo.

Llegaron a Industrias Preston y Miller estaba ya en su despacho el cual ocupaba pocas veces al mes. No le gustaba recordar nada de su vida pasada. Pero era difícil cada vez que ponía los pies en Australia.

—Y dime—Grave le sirvió un trago y uno para él también—¿Cómo van las cosas en Salis? ¿A cuántas te has follado ya? Digo, porque para que prefieras la mierda de la pintura a los negocios es porque debe ser algo bueno.

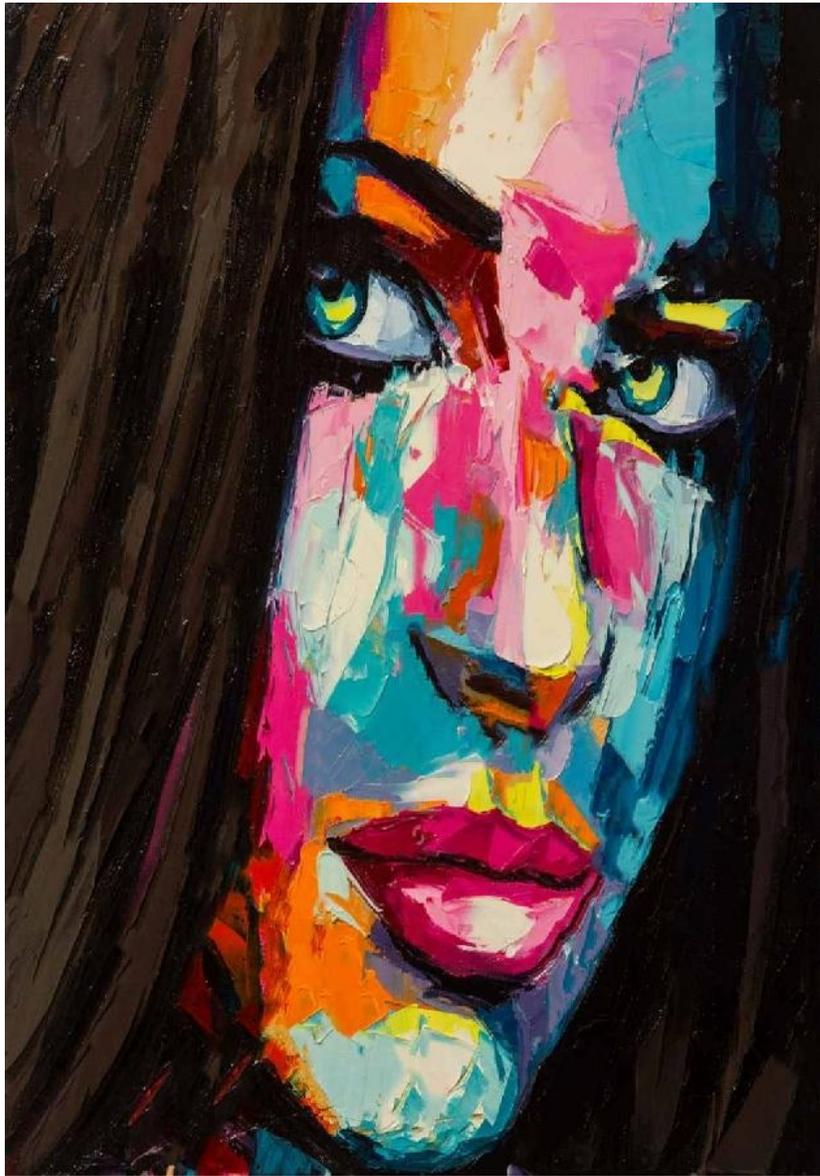
Miller lo fulminó con la mirada. Siempre hacía todo ese tipo de

comentarios cuando se miraban. Pero ahora era diferente. Más que follar, había hecho suya a la mujer que alguna vez salvaron de las garras de Berlín.

—Te mandarían a tomar por el culo, Grave. Pero esta vez tienes un poco de razón.

Miller se llevó el trago a la boca y se lo tomó de un solo tirón. Arrojó el cristal hacia su escritorio immaculado y tenía la mirada fija en uno de sus cuadros. Uno de sus favoritos. Lo había pintado hacía ya un año cuando Grave y él estaban en Inferno esa noche.

Grave miró el cuadro familiar. El rostro que había pintado Miller era perfecto, pero él insistía en que debía superarlo. Y cuando pensó que lo había hecho, ella volvió a aparecer nuevamente en su vida.



—¿La has encontrado? —Dejó de tomar su trago para esperar la respuesta de Miller.

—Sí.

—No puedo creer que la hayas estado buscando sin decirme, Miller.

—Ella estaba en mi clase—Siseó recordando cuando la tenía cerca— Ella estaba jodidamente en mi clase. Hizo lo que le dije—Lo miró con ojos de odio—Se convirtió en una artista.

Miller rio para sí mismo.

—No me había reconocido, de ello yo la reconocí primero y ahora estoy jodido.

—Estamos jodidos—Agregó Grave—Ahora todo tiene sentido. Berlín no descansará hasta dar con ella. Ese hijo de puta se maneja aquí en Australia y también en América.

Escuchar su nombre le hervía la sangre. Había prometido protegerla y eso era lo que iba a hacer.

—Lo mataré si llega a dar con ella, eso tenlo por seguro, Grave.

Miller se levantó de su silla y cogió otro trago. Su secretaria tocó levemente la puerta y entró.

—Hola, Raxhel.

La sexy mujer le dedicó una mirada de respeto y le dejó sobre su escritorio sin decir una sola palabra una pequeña pila de papeles. Salió con la misma reverencia y cerró la puerta.

—Ahora—Miller volvió a sentarse—Vamos a los negocios y después nos ponemos al día.

Su amigo se daba cuenta que algo no andaba bien con él. Se le miraba preocupado y al mismo tiempo furioso como si hubiese salido del mismo infierno. Literalmente ya había estado ahí. Pero esta vez era algo diferente.

—De acuerdo.



Dos hombres de traje entraban en uno de los mejores restaurantes de

Melbourne. Uno era Miller Preston y el otro su enemigo a muerte.

—Me sorprende verte aquí, Miller ¿Qué tal América?

—Lo mismo digo—Su mirada era inquisidora, como dos armas cargadas listas para disparar. Miller cruzó su pierna sobre la otra y Berlín lo estudiaba con la mirada.

—¿Qué tal las ventas? —Le preguntó Miller—Debe de estarte resultando bien.

—No me quejo. Pero eso nunca te ha interesado. Mis burdeles son mejor que la mercancía nuclear.

Casi se rio. Pero tenerlo tan cerca solamente lo hacía pensar en una cosa. Matarlo ahí mismo.

—¿Tan bien para que me robes, Berlín?

A Berlín se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Te atreves a llamarme ladrón en mi propia cara?

—Tú te atreviste a mentirme primero—Contraatacó—¿Sabes lo que les pasa a los hombres que me roban y además me mienten?

Claramente era una amenaza. Una que solamente uno quedaría vivo al final.

Miller al reconocer el silencio de Berlín, se levantó de su silla, se abrochó el botón de su chaqueta con maestría y caminó lejos de él.

—Tú también me robaste, Miller—Habló detrás de él y Miller se detuvo—Pero pronto iré por ella. No te culpo, yo también me obsesioné con el sabor de su coño.

Apretó sus puños hasta que sintió el escozor de la carne de la palma de sus manos. Sin verlo a los ojos, le declaró la guerra por encima de su hombro cuando dijo:

—No sé de lo que estás hablando.

Un incómodo silencio se hizo entre los dos.

—Estás advertido, Miller.

—Tú también. —Respondió sin mirar atrás.



Mientras Miller le declaraba la guerra a su enemigo. Eva no dejaba de pensar en él y en lo cruel que había sido.

Su primera vez juntos jamás se la había imaginado así, tan fría, tan llena de hambre y lejos de ser la entrega que esperaba. A pesar de que su cuerpo estaba loco por volver a sentirlo, el pecho le dolía al saber que no podía obtener nada más que eso. El placer.

—¿Estás bien? —Le preguntó Megan. Había vuelto de su viaje esa tarde. En cuanto iba a responder a la pregunta sintió la presencia de alguien detrás de ella.

—Hola—Travis le sonrió con mucha ilusión.

—Hola, Travis, ésta es Megan mi mejor amiga. Megan él es Travis. El violador. Como lo había llamado su tío.

—Hola Travis.

—Es un placer, Megan ¿Quieren ir a tomar algo? Con el director Preston lejos se siente más aire en los pasillos ¿No creen?

A Megan no le hizo gracia y mucho menos a Eva. Que el aire que le hacía falta era el que desprendía el mismo Miller.

Dispusieron ir a por café. Se pusieron al día e intercambiaron viejas anécdotas. Todos parecían pasarla bien, menos Eva, cuyos pensamientos estaban tan lejos que llegaban hasta Melbourne Australia.

—¿Está todo bien? —Le preguntó Travis y rozó un poco su mano, haciéndola retroceder como si su contacto le quemara.

—Eh, sí. Es solamente que estoy un poco distraída.

El móvil de Travis sonó en ese momento y la salvó de seguir mintiendo. Se levantó y atendió un poco lejos de ellas.

—¿Estás así por mi tío? —Megan le susurró por lo bajo, provocando que se ruborizara.

—¿Qué? —Eva tartamudeó—No, pero qué dices. ¿Por qué dices eso?

—Porque a pesar del poco tiempo que llevo conociéndote, no te había visto así hasta que has estado muy cerca de él ¿Hay algo que no me estás contando?

Eva podía decirle con la mirada que sí. Que pasaba de todo y que su tío era el causante de todo su tormento. Pero no sabía si la juzgaría, no eran unas

niñas, y conociendo a su tío sabía qué clase de hombre era.

—No si vas a gritarme.

Megan abrió los ojos como platos. Pero se guardó todo para después cuando Travis se acercó a ellas.

—Chicas, me tengo que ir. Es sobre un proyecto. Las veré mañana.

—Adiós Travis—Dijeron al unísono.

—Oh, no sufran por mí—Hizo gesto con la mano en el pecho y eso las hizo reírse a carcajadas.

En cuanto quedaron solas. Eva le dijo la verdad a Megan. Al menos no toda o sobre los detalles de su pasado. Pero sí se llamase como se llamase lo que había entre Miller y ella.

Megan no la juzgó en ningún momento. De hecho era una historia casi perfecta si lo mirabas desde el punto de vista lejano. Profesor y alumna en un romance lleno de colores era lo que no se miraba todos los días y no en la vida de Megan.

—Esto no es tu culpa, Eva. Pero estoy sorprendida. No sabía que podías fijarte en él. Está claro que todas se mueren por él, pero te advertí sobre su pasado. No quiero que salgas lastimada, ni él. El tío Miller necesita sanar y creo que no lo ha conseguido en años, no quiero que te empeñes en ello.

A Eva se le descojonó el corazón. Megan tenía razón. Alguien como Miller y como ella no debían estar juntos.

—A lo mejor es solo sexo, sin amor. No lo espero, es algo que yo tampoco puedo dar.

—¿Te estás escuchando? Tratas de convencerte a ti misma, más que a mí. Voy a matarlo si te lastima.

Eva sonrió.

—¿Y si soy yo quien lo lastima?

Su amiga se encogió de hombros.

—Bastante merecido lo tiene si haces algo como eso es porque te lo hizo primero.

Y de eso no tenía la menor duda que así sería.

Capítulo final de Arte y Placer



OBSERVABA SU CABELLO ESA MAÑANA EN EL tocador de mujeres. El tono de sus labios era de un color rosa suave y la ropa que llevaba la hacía lucir bastante atractiva y relajada. Eva Kerr no necesitaba demasiado para lucir bien. Sus pantalones ajustados y aquella blusa que hacía resaltar sus pequeños pechos la hacían sonreírse frente al espejo.

Hasta que Sophia Winter entró.

—Vaya, qué tenemos aquí—Se colocó contra la puerta impidiendo su salida—Pensé que tenías algo especial para que te eligiera. Pero lo que veo no me sorprende.

En cambio Sophia. Era una rubia con implantes, cabello perfectamente planchado y su ropa era siempre la de una modelo de revistas. Tenía los labios gruesos y pintados de un color naranja. Era atractiva pero no de las que te sorprendían, sino de las que intentaban meterse por los ojos de cualquiera. No en los de Miller.

—No sé de lo que estás hablando—Le dijo Eva—Además de que no te conozco ni quisiera hacerlo.

Sophia le dedicó una mirada de advertencia. Si pensaba jugar con ella estaba equivocada. Sabía muy quién era y qué hacía ahí esa noche en Inferno, y ahora todos los sabrían.

—No te hagas la idiota conmigo, mosquita muerta. Sabes muy bien de

qué hablo—La señaló con el dedo como enemigo a muerte—Así que más te vale que no olvides lo que te voy a decir. Vas a hacerte a un lado, sino todos sabrán la clase de zorra que eres.

—¿Qué te hace pensar que me importan tus amenazas? Adelante di todo lo que quiera, es tu palabra contra la mía. Con razón Miller no te presta atención, estás desesperada.

Como una demente. Las lágrimas de Sophia se asomaron. Las limpió bruscamente y salió de ahí como un rayo. En cambio Eva supo que le había declarado la guerra, y ahora un capítulo más se asomaba a su vida. Ni siquiera tenía a Miller para ella y ya había quien quisiera marcar territorio.



Eva se encontraba de nuevo con Travis conversando en los jardines de la escuela y tenían al mejor espectador de todos. Miller. Había regresado de Australia y lo primero que había querido hacer era ver a Eva y saber que estaba bien. No sabía que iba a sentir rabia al verla con Travis. Los celos lo ponían de mal humor y también disimularlo.

Eva se despidió de Travis y caminó hasta la biblioteca sin saber que Miller la iba siguiendo como lobo persiguiendo a su presa. En cuanto divisó que nadie se diera cuenta de lo que hacía, se maldijo a sí mismo por ello. Estaba obsesionado con ella ahora y más si Berlín seguía buscándola. Estaba seguro de ello, pero ahora no cabía la menor duda, se lo había dicho en su cara. Y ahora la causante la tenía frente a él. Vistiendo como siempre. Como una maldita virgen sexy y provocativa. En sus zapatillas y pantalones ajustados. Que marcaban perfectamente su pequeño culo y pequeñas curvas. La blusa que había elegido lo provocaba aún más. Soñaba ahí mismo con romper cada uno de los botones y cogérsela ahí mismo.

Y es lo que iba a hacer.

En cuanto Eva comenzó con su rutina con cada uno de los librereros de la galería, Miller echó a caminar hacia donde ella. Cuando Eva sintió su presencia se detuvo y sin voltearse lo esperó. Ya estaba excitaba con saber que él estaba detrás de ella. Soltó los libros que tenía en las manos y Miller pegó de inmediato su pecho contra su espalda.

Al sentir el aroma familiar cerró sus ojos.

—Eres mía—susurró en su cuello y Eva le dio más acceso a él. Miller buscó la su bragueta y bajó sus pantalones hasta un nivel perfecto para meter su

mano dentro de su sexo.

—Como me gusta—Ronroneó al darse cuenta de lo empapada que estaba. Sin pensarlo tanto se sacó el pene ya erecto y lo guio hasta su hendidura. Eva se preparó física y mentalmente para lo que venía. No pensaba en nada, más que en sentirlo. Se odiaba a sí misma por dejar que pasara de nuevo. La última conversación no había sido la mejor como para que se lo mereciera, pero valía la pena volver a sentirlo. Saber que ella lo volvía loco y el sentimiento era mutuo.

—Miller...

—Shhh—Llevó su mano hasta uno de sus pechos y se metió dentro de ella. Eva se sostuvo de la orilla del librero y se agachó más para sentirlo de raíz.

—Joder, eres perfecta—Entraba y salía—A la medida, Eva. A la medida.

Eva no lo soportó y se dio la vuelta, resintiendo su sexo con el abandono. Le miró a la cara y miró lo que no había visto antes. Algo más que deseo, miró miedo en sus ojos y también pasión.

Le tocó la cara y Miller con el simple tacto cerró sus ojos. Su mano recorrió el pene de él y lo introdujo esta vez. Levantando sus piernas y colocándolas alrededor de sus caderas mientras se apoyaba en los libros.

—Te he echado de menos—Le dijo Miller aun con los ojos cerrados.

—Mírame—Exigió Eva y él se puso más duro que nunca al escuchar esa petición. Ni ninguna mujer le había dado órdenes de ese tipo nunca. Pero al escucharlo de ella sintió el placer de obedecerle como si la vida dependiera de ello.

Comenzó a follarla duro hasta que Eva comenzó a gemir. Le puso la mano en la boca y ahogó sus gemidos en ella. La escena más caliente de todas ante sus vistas provocaron fuegos artificiales y sacudidas de pecho.

Cuando Eva no lo soportó más no tuvo más remedio que darle lo que más le gustaba.

—Córrete para mí, mi ángel.

Eva hizo lo que le pidió no sin antes pedirle lo mismo.

—Dámelo también, Miller. Por favor.

La abrazó tan fuerte que sus orgasmos se volvieron uno mismo. Llenándose cada uno de su aliento. Besándose como si fuese el último día de sus vidas y nunca se sintieron tan bien estando en el mismo infierno.



No había dicho ninguna palabra.

Tampoco la había buscado. Después de que hicieron el amor en la Biblioteca y que él se fuera sin decir una sola palabra. Eva entendió que no había marcha atrás.

Era el fin.

En cambio Miller no dejaba de pensar en lo que Berlín le había dicho. No iba a descansar hasta recuperarla. Y Eva nunca estaría a salvo si Berlín continuaba con vida.

No sabía si entrar al lugar. Pero de algo estaba segura. Nadie la follaba, le decía que la extrañaba y se iba sin decir nada más. Así que Eva lo buscó en infierno esa noche. Había pasado una semana en la que ni siquiera le podía ver a la cara.

Una semana donde no le miraba ir por los pasillos sin preguntarse si él estaba pensando en ella como ella en él. Los pensamientos tenían que acabar. Se lo preguntaría ahí mismo donde todo comenzó, si todo iba a terminar, sería bajo sus condiciones, el dónde y el cómo.

—¿Qué hace aquí, señorita? —Preguntó Flame, sacándole un buen susto.

Sabía que si Miller estaba ahí, estaba observándola por las cámaras.

—¿Acaso no soy bienvenida? —Masculló con orgullo—Es un lugar para todos.

—Me temo que no, Eva. Si Miller la ve la sacará.

Sabía que si Flame estaba ahí era porque Miller también. Además ¿En qué otro lugar estaría? Pensar que estaba con otra mujer la llenaba de celos y le dolía el alma.

—Sólo contéstame algo, Flame y me iré.

—No prometo nada.

Se mordió el labio inferior y miró una de las cámaras antes de ver a Flame.

—¿Miller ha estado con alguna mujer en estos días aquí?

Flame dudó por un segundo en responder. Pero sabía que si daba la respuesta incorrecta sería el fin de su trabajo y su vida. Además Eva le caía bien y le gustaba la forma en la que Miller hablaba de ella y se comportaba como un completo idiota obsesionado.

Algo que no se miraba en mucho tiempo.

—No.

Fue lo único que dijo y Eva se sintió aliviada. Al mismo tiempo en que corrió hacia el despacho de Miller y Flame ya no la pudo detener y más si ya se encontraba frente al despacho de Miller.

—Joder—Dijo Flame—Si entra ahí me matará. Me dijo que no la dejara pasar.

—Ha visto que he corrido hasta acá y has hecho bien en seguirme, sé que pudiste detenerme. Pero será nuestro secreto.

Flame levantó la comisura de su labio y desapareció por los pasillos para cuidar la entrada y alrededores.

Eva puso una mano en el pomo de la puerta y abrió la puerta sin saber lo que encontraría del otro lado. Ya podía sentir cómo la piel de la nuca se le erizaba y su sexo comenzaba a palpar como señal de alerta de deseo y peligro.

En cuanto tomó el valor y abrió la puerta, se detuvo al instante. Miller estaba de pie. Apoyado en su escritorio con las manos en los bolsillos, como si la esperara. Llevaba un traje perfecto, oscuro de tres piezas y el cabello

perfectamente peinado. Lo tenía un poco corto y su barba era exquisita. Su mirada estaba inyectada de recelo y eso también era mutuo.

La miró de pies a cabeza. Eva llevaba un vestido blanco ceñido y una chaqueta de cuero. Se había arreglado lo suficiente para él, arreglando su cabello largo y castaño y no llevaba maquillaje. Más sí los labios pintados de un color carne lo suficiente para ser tentados.

Miller la siguió recorriendo con la mirada hasta que regresó a su rostro. Y Eva cerró la puerta detrás de ella.

—No vengo por sexo—Le advirtió.

A Miller no le hizo gracia.

—Entonces no estarías usando ese vestido, Eva. Llevas la palabra fóllame en todo él.

«Idiota»

—Es un club—Se defendió—Además. Me gusta vestirme así, creo que de ahora

en adelante iré así al Salis ¿Tú qué crees?

Aquello ya no le hacía tanta gracia porque le creía.

—No tientes tu suerte, Eva Kerr. No me provoques.

—¿Celoso? —Caminó lentamente hacia él—Pensé que estabas decepcionado de mí.

—¿De qué mierda hablas?

—Tú, en la biblioteca, me follaste y te fuiste. Pensé que te había decepcionado.

Él la aniquiló con la mirada. Pero entre más se acercaba a él más se iba apagando

el fuego de sus ojos.

—Alguien pudo habernos visto o escuchado—Le explicó admirándola mientras se acercaba lentamente—Tú nunca me decepcionas, te prohíbo que vuelvas a decir algo así. ¿Has entendido?

Eva asintió.

—¿Y qué explicación tienes para los siguientes siete días? También

tenías miedo de que alguien nos mirara.

Se detuvo frente a él.

—Eva...

—Ahora estamos aquí, solos...¿También tienes miedo de que nos miren?

Miller gruñó y la tomó como suya, porque lo era. Y la pegó a él. Colocando sus manos en su cintura y tomándola del cuello para besarle la boca. Una semana. Una maldita semana sin sentirla. Sin que lo provocara. Era un record.

—Miller, dije que no venía a tener sexo contigo—Se apartó pero Miller la tenía prisionera entre sus brazos.

—Y te dije que no iba a funcionar—Le habló con voz ronca—Ahora te pondrás de rodillas y me la chuparás. Después haré que te corras acostada en mi escritorio.

Como buena obediente se colocó de rodillas y le dio rienda suelta a su placer y su entrega nuevamente por el dios del peligro.



—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Eva seguía en su escritorio, tumbada y sin ropa.

—Es pasado, Eva. No tiene caso hablar de eso.

—¿Tú me salvaste ese día? —Recordó sus palabras y el momento en que nunca había estado tan asustada. Era el hombre más guapo que había visto nunca y el último que miró esa noche.

—Lo intenté, pero tú... te quisiste salvar de una manera diferente. Te llevé al hospital. Me aseguré de Berlín por un momento y después cuando regresé tú no recordabas nada.

Le dolía. Podía sentir en sus palabras que le dolía que ella lo hubiese olvidado.

—¿Me buscaste? —Le preguntó.

—Lo intenté—Dijo él.

—Intentar no significa nada, Miller.

Se bajó del escritorio y buscó su ropa para vestirse, en cuanto hubo ocultado su desnudez volvió a ser la misma Eva Kerr de siempre. Tímida con ropa provocativa.

—Tú no me recordabas, Eva. Yo decidí que era lo mejor para los dos.

—Querrás decir para ti. Si tú me hubieses ayudado a recordar, todo hubiese sido diferente. Quizá tú y yo estuvieras juntos de otra manera.

—Lo estamos ahora, Eva. Estamos juntos. Pero al mismo tiempo no podemos. Te protegeré de todas maneras pero será bajo mis términos.

Se sintió ofendida. De nuevo estaba actuando como un imbécil.

—Me follas, huyes, me follas, huyes, no somos nada, me vuelves a follar y de nuevo valgo una mierda para ti. ¿Es a eso que quieres jugar?

En grandes zancadas llegó hasta ella. La tomó del cuello fuertemente que Eva comenzó a llorar por la falta de aire. Cuando estaba a punto de desmayarse por la presión que hacía en su cuello. La soltó. Comenzó a toser y el alma volvió al cuerpo de Miller.

—¡Joder, Eva! —Le gritó—No me provoques, joder. No me provoques. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué te haga daño? ¿Qué sea un hijo de puta contigo?

Miller podía ser todo eso, pero no con ella. Cuando quería ser un hijo de puta tirano perdía en el intento. Y cuando quería someterla también. A ella le gustaba cuando era rudo. Nunca la lastimaba y hacerla perder el conocimiento de esa forma era como una caricia para ella, comparada con las patadas y golpes que recibía de los clientes de Berlín, Miller no era nada de eso. Y ella lo sabía. No era brusco con ella, aunque quisiera y cuando lo era, lo era mientras le hacía el amor y así como ella dejaba la marca de sus dientes en él, él dejaba una huella imborrable en su corazón que no se quitaba aunque quisiera.

—No me harías daño. —Le habló ahogada mientras tocaba su cuello —Tú nunca me harías daño aunque quisieras. No me lastimarías, no eres como esos hombres, no eres como él.

—¡Cállate! No sabes nada, no sabes una mierda, Eva. Puedo entrar a tu apartamento, violarte y golpearte hasta que pierdas el conocimiento y hacerte despertar otra vez mientras te sigo violando. No sabes el infierno que puedo desatar, no sabes el tipo de hombre que soy.

Le rompía el alma que hablara de él de esa manera. Miller no violaría a nadie aunque se lo pidieran con ese físico que tenía. Era incapaz de lastimarla

y si lo que quería era asustarla, perdía su tiempo.

—Yo te quiero—Le dijo con lágrimas en los ojos—Te he querido desde esa noche. Desde que te acercaste a mí y pensabas que estaba perdida. Lo estaba. Pero conocerte me hizo feliz por un segundo. No tengo justificación para lo que hice... pero lo hice por ti.

Miller estaba descompuesto. Tenía los ojos inyectados de odio ante sus palabras. No se merecía ninguna de ellas. No se las bebería aunque su vida dependiera de ello. Si la dejaba entrar estaba perdido.

Pero ya lo estaba.

—¿Qué?

—Mi intento de suicidio no era para olvidar o huir—Las primeras lágrimas cayeron—Lo hice para salvarte. Porque si yo moría Berlín no te buscaría ni te culparía. Era para salvarte. Si vivía estarías perdido, no tenías intención de dejarme ir, ni yo a ti. Nunca quise dejarte, Miller.

—No sigas, Eva... por favor...

—Si él regresara lo mataría y si no puedo yo...

—Cállate.la.puta.boca—Tenía la mirada perdida. Escucharla que había querido dar su vida por él, sin que se lo mereciera le estaba rompiendo lo poco que le quedaba de alma.

Tomó su chaqueta que aún estaba en suelo y sin mirarlo se fue. No esperó a que él la siguiera. Sabía que no lo haría. Pero al menos le dijo la verdad.

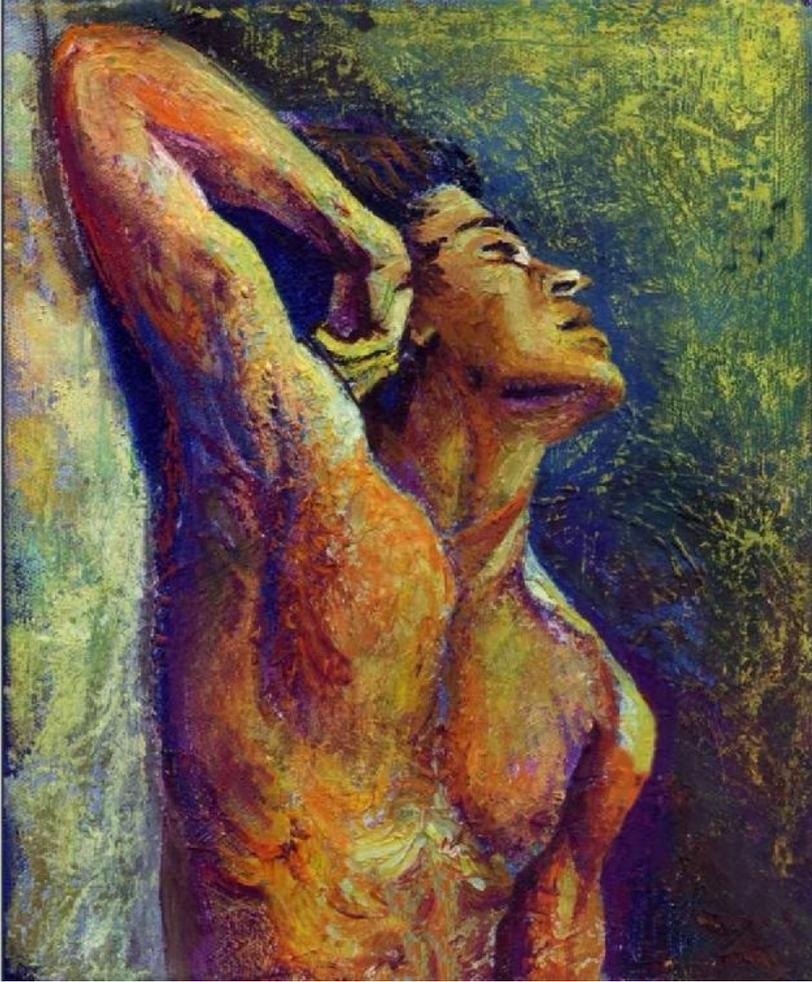
Lo quería y ahora debía olvidarlo.



EVA SE HIZO UN MOÑO DESARREGLADO EN EL CABELLO. Abrió las ventanas de su apartamento y se sentó sobre el banquillo. Frente a ella estaba un lienzo blanco, perfecto. Estaba en una larga camiseta blanca, la que era de Miller. Y usaba solamente sus bragas. Sin más dejó que su imaginación la guiara y los colores también.

Al final de varias horas, tenía otra de sus pinturas y ésta no era confusa, era perfecta en óleo. Lo había imaginado así, con el torso desnudo y sus ojos cerrados. Solo él en silencio.

Le tomaba todo un día, sin descanso lograr terminar. Algunas las dejaba adrede sin terminar. Solo un artista sabía si su trabajo estaba hecho, era un secreto y Eva sabía guardarlos bien.



Al día siguiente disfrutaba de su almuerzo con Megan. Se le veía alegre cuando se la encontró.

—¿Iremos de compras?

—¿Debemos? —Eva levantó una ceja.

—Sí ¿O qué te pondrás para la noche de Gala de Salis?

—¿La qué?

—De acuerdo, parece que no leíste todo el paquete de matrícula. Cada año hay una noche de gala. Ya sabes, fiesta vestido elegante. Es la oportunidad de conocer artistas famosos invitados. Hacerte de tu propia cartera de relaciones públicas, coquetear y destacar. Hay bebidas, comida y lo mejor es que está abierto para todo público que ame el arte. Es como la fiesta de bienvenida de la secundaria, pero mejor porque no tienes que tener una pareja, esa la consigues esa misma noche.

Aquello sonaba interesante. Pero lo que menos quería Eva era usar un elegante vestido y tener una vida social. La tenía, la poca que tenía le sobraba y bastaba pero Megan estaba tan entusiasmada que no pudo decirle lo contrario.

—Suenan genial, ya veo por qué estás tan emocionada.

Tras un par de horas se dispusieron a visitar las mejores tiendas de la ciudad. Fue momento en que Eva decidió tocar un poco de sus ahorros, pues se lo merecía. Luego de probarse más de diez vestidos Eva se estaba dando por vencida, ninguno era tan elegante, otros eran demasiados sensuales para la ocasión.

—Me estoy dando por vencida—Dijo Eva—Es por esta razón que no salgo de compras.

Megan quien se probaba el siguiente vestido. Al momento de colgarlo en la fila de vestidos que faltaba, encontró el perfecto para Eva.

—¿Qué tal éste? —Lo tendió frente a ella. Era un vestido al estilo Dolce, largo color rojo que traía incrustada algunas lentejuelas y cristales, acompañados de encaje. Era de manga larga, pero el escote en V de la espalda era lo mejor. La parte delantera se juega bien con el encaje para ocultar suficiente piel de quien lo vestía. En este caso, Eva.

No perdió ni dos minutos en probárselo y cuando las cortinas se

abrieron, no podía creer lo que miraba. A través del espejo podía ver lo elegante, lo hermosa que acostumbraba a vestir hacía ya algunos años. Se sintió por primera vez bien consigo misma, y no era el vestido solamente, sino la libertad de hacer algo tan sencillo y disfrutar de ello.

Al momento de levantar la mirada, por el espejo a lo lejos de la calle, miró a un hombre de traje muy conocido, cabello canoso que apuntaba en dirección hacia ella. Solamente podía ser un hombre, solo alguien en todo el mundo podía verla con esos ojos llenos de odio.

—Berlín...



—¿Estás bien?

Eva abrió los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —Preguntó con dificultad.

—Te has desmayado. Me has dado un susto enorme. ¿Se puede saber a quién viste para que te desmayaras de esa forma?

No había sido un sueño. Había visto a Berlín. Daba su vida por ello. Estaba segura que él la había estado mirando del otro lado de la calle. Pero no iba a decírselo a Megan. Ella ya sabía suficiente y por su seguridad era mejor de esa manera.

—No lo sé. Creo que estoy cansada.

Megan sabía que algo andaba mal.

—Dijiste algo como Berlín. ¿Quién es Berlín?

Se incorporó sobre el sofá. Aun llevaba puesto el elegante vestido y la dueña de la tienda estaba tan preocupada como Megan.

—Nadie, no es nada. Escuchaste mal.

—Bebe esto, cariño—Le dio un trago de whisky—Te ayudará.

Eva con pena tomó un sorbo y aclaró su mente. Debía recomponerse. Pero nadie lo podía hacer después de haber vivido lo que ella vivió. Aún estaba en trance pero debía salir de ahí en cuanto antes y regresar a su apartamento donde apenas y se sentía segura.

Se fueron a casa, Eva decidió comprarse el vestido y también compró

el de Megan. Quien se había decidido por un vestido negro un poco ajustado y largo con flores rojas en un costado. Era elegante y conservador como su propio estilo.

—Gracias por mi vestido—Agradeció Megan, iban caminando por la calle y Eva no dejaba de ver hacia todos lados.

Berlín había regresado o estaba volviéndose loca.

—No hay de qué.

—¿Estás segura que estás bien? Puedes quedarte en mi habitación y podemos arreglarnos juntas. No quiero que estés sola, te has desmayado, eso quiere decir que algo te perturba o estás débil.

No era mala idea. Si podía estar segura en algún lugar quizá sería en el campus.

Además la buena parte era que Megan no compartía habitación con nadie. Y algo le decía que era gracias a su tío quien no confiaba en nadie y respetaba la privacidad de Megan, claro. Ella también se lo había pedido.

—De acuerdo. —Aceptó Eva.

Luego de pasar por algo de ropa y cosas personales salieron del edificio donde vivía Eva. En cuanto llegaron a las habitaciones del campus todo estaba despejado. Eva tenía miedo de encontrarse con Miller. Pero gracias a la hora que era, no lo encontró.

—Tu habitación es increíble. Tiene el tamaño de mi apartamento—Eva se dejó caer en la cama de Megan.

—Deberías de vivir conmigo. Creo que estarías mejor. Además a mi tío no le importará incorporarte, estamos a pocas semanas de terminar.

—Sí, suena bien. Pero recuerda que no quiero deberle nada a tu tío y además no puedo pagarlo.

—Sandeces. Yo que tú aprovecharía cada momento y ocasión. Deberías de demostrarle de lo que se pierde. Continuar con tu vida y dejarlo que se quede en su mundo de colores de la amargura. Mi tío debe aprender que la vida no se detiene, que continúa y él no puede controlar eso de ti. A menos de que...

—¿De qué? —Eva tragó y esperó a que su amiga pronunciara las palabras prohibidas que ella se rehusaba a decir en voz alta.

—De que estés muy enamorada de él para que no puedas.

Eva bufó y miró hacia el techo de la habitación. Sabía que estaba enamorada de él desde hace mucho tiempo. Solo era cuestión de tiempo para armar las piezas. Pero no podía permitir que eso sucediera. Debía olvidarse del asunto. El maldito Miller Preston era ese asunto.

—No lo estoy. —Declinó.

—Entonces múdate conmigo. Piénsalo. Creo que sería divertido. Trabajas y estudias aquí, no le veo el problema. Hay espacio de sobra y por el dinero no te preocupes. Mi madre paga por esta habitación así que está pagada, vivas tú o no.

—Pensé que Miller...

—Oh no, mi madre tiene un orgullo enorme. No deja que mi tío pague por nuestras cosas o necesidades.

—Pues tu madre tiene más dignidad que yo.

—Tonterías, Eva—Tomó su billetera—Iré por algo de comer, tú ponte cómoda no me tardo.

—De acuerdo y gracias, Megan.

Encogió sus hombros y salió de su habitación.

En cuanto la puerta se cerró sintió un miedo inminente. Sabía que si se había desmayado al ver a Berlín era porque no lo estaba imaginando. Comenzó a atar cabos sueltos. El viaje de Miller.

Miller comportándose como un idiota.

Miller y sus evasivas.

Y ahora Berlín. Todo encajaba en una sola cosa. Estaba buscando la perfecta excusa para protegerla y más después de lo que le había dicho. No debía desmayarse como una damisela. Debía ser fuerte, cruzar la calle y matar ahí mismo a Berlín. Se juró que si lo volvía a ver no lo pensaría dos veces y lo mataría a golpes si fuese posible con cualquier cosa que encontrara a mano.

Ahora estaba demasiado débil para mantenerse despierta. El corazón comenzó a dolerle y a extrañar el tacto de aquellas manos grandes y fuertes. Aquellos besos de los labios más suaves que haya sentido nunca y que la besaban con pasión. Sus lágrimas salieron a hacerle compañía y con el recuerdo de aquel rostro duro y hermoso, cerró sus ojos.

Megan entraba en la cafetería del campus que aún estaba abierta cuando notó quien estaba sentado en una de las mesas del fondo, tomando un café y leyendo un libro aburrido.

—Hola—Le dijo y él la miró con ojos suaves. Siempre tenía una forma de verle cuando estaban solos y es que la quería como a su propia hija, aunque a veces fuese cara dura para cuidar las apariencias.

—Hola—Le dijo y tomó un sorbo de lo que sea que estaba bebiendo.

—Mamá manda saludes.

—Ya veo.

Megan puso los ojos en blanco por el papel que jugaba siempre él. Aunque ya estaba acostumbrada a que ésa también era su personalidad de culo.

—Y Eva también—Cuando dijo eso, Miller se tensó—Estoy al tanto de todo. Bueno casi todo en lo que me respecta creo que es lo más importante.

Miller le dedicó una mirada que no mostraba sorpresa. Colocó sus manos en el mentón de su rostro y continuaba escuchando a su sobrina.

—¿Y eso es? —Le instó a que continuara.

—Que eres un idiota y ella también.

—¿Y se puede saber por qué soy un idiota, mi pequeña sabelotodo?

Megan se sentó frente a él y continuó:

—Porque claramente ella también te gusta. No conozco a Eva desde hace muchos años, pero sé que no ha habido otro chico en sus pensamientos. Habla de ti como si fueses un dios.

—Lo soy—La interrumpió—Ella lo sabe.

Megan puso cara de asombro y asco. Era su tío y su mejor amiga. Aunque no aprobaba del todo aquello. No estaba molesta. Ambos se merecían ser felices.

—Ella está en mi habitación—Miller notó la cara de preocupación y se alarmó.

—¿Está bien? ¿Ha sucedido algo?

La forma en cómo le preguntó lo entendió todo. Se preocupaba por ella. No solamente era atracción física. Él realmente le importaba tanto o más como ella y su madre. Megan sonrió para sus adentros.

—Se ha desmayado mientras estábamos en la boutique.

—¿Qué? —Su cara era de vivo fuego, así como el que miró en los ojos de Eva antes de desmayarse. —Iré ahora mismo.

Megan lo detuvo.

—Espera. No sé lo que pase. No sé si ella te haya hablado de su pasado. No lo sé bien con certeza y no sé si estoy cometiendo un error al decírtelo. Pero Eva pensó que miró a alguien. Pronunció algo, un nombre o apodo antes de perder el conocimiento, algo como...

—Berlín—Susurró Miller por lo bajo, pero Megan lo escuchó todo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién es Berlín?

—Megan—Tomó su mano y la apretó—¿Confías en mí?

No entendía la pregunta pero contestó de todas maneras.

—Por supuesto, tío.

—Entonces no hagas más preguntas. Ni a mí, ni a Eva. Y si algo así vuelve a ocurrir solamente búscame o llámame ¿Has entendido?

—Pero tío...

—Megan, ¿Has entendido?

Al ver su rostro y notar lo desesperado que estaba no le quedó de otra que decirle que sí.

—Sí, señor.

—Bien, ahora quiero que se concentren en la gala y disfruten de la noche.

Le revolvió los rizos y se levantó de la silla para irse. Ella odiaba que hiciera eso.



LA NOCHE DE GALA EN SALIS.

Eva hacía su entrada en el salón de artes más grande de Cambridge junto a su mejor amiga. Mozart sonaba en el fondo y todas las personas vestían elegante mientras disfrutaban de las diferentes obras de arte por todo el lugar.

En cuanto a Miller, vestía de esmoquin hablaba con un par de personas cuando notó que toda la atención estaba en un lugar, más que lugar una persona. Eva acaba de hacer su entrada. Se miraba hermosa.

El color caramelo de su piel suave resaltaba en el vestido rojo Dolce que llevaba. Su largo cabello caía como cascada y sus labios grandes y gruesos jugaban un papel muy sensual. Miller se tuvo que recomponer por lo que estaba viendo.

No podía acercarse a ella de inmediato. Quería que ella lo buscara con la mirada primero. Y entre toda la multitud sus ojos se encontraron. Fuegos artificiales a su alrededor y también el vivo deseo por correr a los brazos del otro y jugar.

Eva le sonrió, y Miller le dedicó una mirada que solamente ella podía descifrar. Le había dicho que le quería, le había entregado lo poco que le quedaba y él la había rechazado. Otra mujer en su lugar le hubiese dedicado una

mirada de odio, pero no Eva. Y Miller se odió por eso.

La cena fue servida, el brindis fue espectacular y la banda que tocaba los mejores clásicos contemporáneos seguía dándole vibra a la noche. Pero Eva estaba cansada. Había conocido a pocas personas. Megan parecía que conocía más personas en el lugar. Hasta que se levantó y decidió caminar por los jardines del gran castillo y salón.

—¿Bailas conmigo? —Esa voz. Esa sensación en la nuca. No se trataba de otro más que de él.

—Alguien podría vernos—Rechazó Eva.

—Es una noche de gala, por supuesto que tienen que vernos—Insistió rozando su mano. Eva se levantó y se paró frente a él. Encontrando algo, pero no miró nada más que sinceridad en sus palabras. Un baile.

Caminaron hasta la pista. Miller la tomó de la cintura y ella de los hombros. Miller le colocó ambas manos en su cuello y le hizo un guiño. Comenzaron a moverse al son de la música clásica.

—Estás hermosa, Eva.

Ella sonrió para sus adentros y le devolvió el elogio.

—Gracias, usted también señor Preston.

Él lo tomó como sarcasmo en cuanto su apellido.

—Gracias, señorita Kerr.

Continuaron bailando. Hasta que Eva notó que tenían compañía.

—Alguien nos observa y creo que no le gusta lo que ve.

Miller con disimulo miró hacia donde Eva miraba. Nada más y nada menos que Sophia Winter. Tenía la mirada fría viéndolos bailar.

—Ignórala—Le ordenó Miller—El curso acabará pronto y aunque su padre tenga mucho dinero, no la aceptaré de nuevo, ha creado muchos problemas este año.

—¿Lo dices por mí o por ti? —Le preguntó.

—Pensé que seguía siendo tu profesor.

Ella maldijo por lo bajo.

—¿Ha pasado algo entre ustedes dos?

—Eva...

—Responde Miller. Ella me ha acorralado en el tocador de mujeres. Me ha declarado la guerra, está obsesionado contigo.

Miller la miró a la cara. No estaba mintiendo en absoluto, y tampoco estaba asustada.

—Hablaré con ella, Eva.

—No quiero que hables con ella. Eso solo demostrará que le tengo miedo y que necesito que me defiendas. No necesito que me defiendas, sé lidiar con mujeres locas como ella.

Y no le cabía la menor duda. Escucharla hablar así lo único que hacía era excitarlo. Y ella lo sintió.

—No te pases, Miller—Levantó la ceja al sentir su erección en el vientre.

—Escucharte hablar así, mi ángel hace que mi cuerpo reaccione de cierta manera.

—¿Ah, sí? —Ronroneó ella—No deberías. Tú y yo no somos nada. Y no habrá nada más que una relación profesional aquí. Lo dejaste claro.

—No sé de lo que hablas, Eva. Será mejor que te calles la boca sino quieres que te bese aquí mismo.

—Oh, no lo harías Miller Preston.

—Oh, créeme, no sabes de lo que soy capaz.

Sintieron la presencia del profesor Aubrey quien los interrumpió.

—Lamento interrumpir, señor Preston—Miró a Eva pero no la reconoció como alumna—El alcalde quisiera hablar con usted.

Miller maldijo por su presencia. Pero conservar las apariencias en Cambridge como un simple director era fundamental para él. Cuidaba de su imperio, además de la misma Eva.

—Iré a tomar aire fresco—Le dijo Eva.

Miller tomó su mano y la besó.

—No me tardo.

Ese simple beso la hizo florecer. Como una flor en primavera. Podía ser alguien especial y al segundo un completo neandertal. De cualquier manera amaba a ambos, pero no aquel que se rechazaba a ser feliz.

La noche estaba fría, pero no importaba. Nunca se había sentido tan bien, como una princesa.

Aunque extrañaba no haber podido hablar ni una sola vez con Miller. Le había visto andar con muchas mujeres, les sonreía y mostraba algunas de sus piezas. En cambio ella, desde lejos lo observaba.

Tenía sus gafas puestas y también metía de vez en cuando las manos en sus bolsillos. Siempre la buscaba con la mirada, pero ella hacía cuenta y caso que no lo notaba. Le gustaba ese juego. Solo quería que la jodida gala terminara para ir hacia ella y quitarle ese ridículo vestido elegante que llevaba puesto.

Se sentó en un banquillo y disfrutó de la noche estrellada. Cuando sintió pasos, muchos de ellos que se acercaban. No se asustó, pues pensó que no era la única que saldría por un poco de aire fresco.

Mientras estaba ahí recordó las palabras de Miller. Su discurso había sido perfecto. Nunca se había sentido tan orgullosa de alguien. Miller tenía la manera perfecta y dolorosa de combinar la pérdida con el arte y sus espectadores sintieron lo que él.

Hasta ella.

Sintió que el corazón se le aceleraba y en cuanto quiso ponerse de pie, su cabeza fue cubierta por una tela negra. Eva comenzó a gritar y patalear pero eran muchas manos, a lo cual no podía hacer demasiado para defenderse.

—¡Noooo! —Luchaba para zafarse, primero la capa de su cabeza para poder verle las caras.

—¡No se atrevan a ponerme una mano encima!

Sintió dos pares de manos que comenzaban a tocarla por todos lados. Escuchó el crujido del vestido romperse y temió por su vida. Se había jurado que nadie la tocaría de nuevo sin su consentimiento y eso fue lo único que necesitó para seguir luchando por su vida. En cuanto comenzaron a arrastrarla por el césped ella se quitó la capucha que tenía en la cabeza. Les miró la cara. Eran dos hombres que vestían de esmoquin. Claramente infiltrados o bastante enfermos para hacer algo así, o ambos.

—¡Maldita hija de puta! —Uno de ellos la abofeteó y Eva gritó de dolor. En cuanto su mano llegó a sus zapatos se quitó uno y comenzó a golpearles la cara con la punta del tacón de aguja. Uno de ellos cayó al suelo y el otro se quejaba del dolor, pero había cometido el error de haberla soltado.

Era la oportunidad de echarse a correr. Así que lo hizo. Corrió lejos hasta llegar donde estaban los otros invitados hasta que chocó con un cuerpo.

—Eva...

Eva miró a Flame y lo abrazó en consuelo.

—¿Pero qué mierda...

—Unos hombres...

Flame sacó su pistola y corrió hacia el lugar donde venía Eva. A lo lejos Miller la miró y se dio cuenta de cómo lucía. Era como si hubiese pasado un tornado cerca de ella. Corrió hasta donde estaba y rápidamente se cercioró de que no estuviese lastimada.

—Miller—Lo abrazó.

Miller la miró de pies a cabeza pensando lo peor.

—Unos hombres... Flame fue tras ellos...

Entonces Miller con la sangre hirviendo corrió hacia donde Flame estaba. Sin levantar sospechas Eva los siguió. Cuando llegaron a la escena ya ambos hombres estaban de rodillas con las manos en la cabeza mientras Flame les apuntaba con un arma.

Eva se quedó a una distancia favorable. La escena que presenciaba era una pesadilla. Temía por la vida de Miller. Sabrá Dios quienes eran esos hombres. Pero Miller sabía de lo que se trataba.

—Flame—Le ordenó sin verlo—Asegúrate de que nadie venga a esta zona.

—Por supuesto—Flame habló por el auricular e hizo lo que Miller le pidió. Ordenando a los de seguridad que cuidaran el perímetro donde se encontraban.

Miller sacó su arma. Ni siquiera Eva sabía que llevaba una con él.

Se acercó a uno de ellos y lo pateó en la cara con una patada. Al otro lo golpeó en el estómago.

Mientras los hombres se quejaban del dolor Eva no quitaba la mirada del rostro de Miller. Era como si algo lo hubiese poseído. Tenía la mirada perdida y parecía que no respiraba. Prefirió guardar silencio y observar.

—¿Quién los mandó?—Preguntó. Pero ellos no dijeron nada.

Esta vez Flame los golpeó de nuevo y amarró sus brazos detrás de su

espalda con cintas plásticas. Miller seguía con un solo pensamiento en su cabeza. Matarlos ahí mismo.

—Me hubiese gustado divertirme con ustedes—Dijo Miller y observó a Eva por un segundo—Pero la dama me espera. Así que, si no hablarán...

Les apuntó con el arma y uno de ellos le siseó algo en alemán a lo que Miller entendió a la perfección. Eva no pudo entender lo que le dijo, pero entendió que se trataba de una amenaza y mensaje para él.

—Miller—Lo llamó pero él tenía la mirada perdida en la punta de su arma.

—Ahora no, ángel.

No lo pensó dos veces para tirar del gatillo en la cabeza de ambos.

Guardó su arma detrás de su cintura y se dirigió a Eva quien estaba en trance todavía por lo que había visto.

—Los... mataste.

—Eva—Le habló pero ella seguía viendo los cuerpos tirados en el césped—¡EVA! —Le gritó esta vez y ella parpadeó.

Le tomó la mano y la sacó de ahí, en cuanto estaban en la camioneta le sirvió un trago de champán para que se relajara.

—No quiero.

—Bébelo, lo necesitas—Lo tomó a regañadientes y lo tomó poco a poco hasta que ya no quedaba nada en la copa. No conocía al hombre que tenía al lado suyo. Estaba segura que no era un asesino, pero después de lo que miró no sabía ni qué pensar.

—Miller—No sabía si echarse a correr o llorar. Ninguna estaba permitida y tampoco estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados. No era una idiota.

—Los envió Berlín ¿Verdad? —Dejó la pregunta en el aire. Miller miraba por la ventana. Pero la tenía sujeta de una mano si se le ocurría correr fuera de él. No era permitido tampoco.

—¡Háblame Miller! Me voy a volver loca.

—Aquí el que se va a volver loco soy yo. Déjame respirar por un maldito segundo. Estuve a punto de perderte ahí, pero, me he encargado de ellos.

«Oh, Miller. Sigo aquí.»

Eva antes de echarse a llorar solo pudo hacer una cosa. Se lanzó hacia él y ahorrajadas en su regazo lo abrazó como si no existiera un mañana. A Miller lo tomó por sorpresa que ella reaccionara de esa manera tan cariñosa con él.

—Soy un monstruo ¿Cómo puedes quererme?

Apenas y sonrió con el dolor que sentía en el pecho ante sus palabras.

—Te quiero porque eres más que eso, Miller Preston.

Rápidamente sintió su erección debajo de ella y fue señal de que ambos se morían por devorarse el uno con el otro.

—No aquí—Le tomó la cara y la besó—Te haré mía donde te lo mereces.

—¿Dónde?

—En mi cama.



La depositó en su cama. Estaba un poco fría y era cuestión de minutos para que no fuese eso un problema en absoluto. Las ganas que tenía de volver a sentirlo dentro eran inimaginables. Y lo odiaba por ello.

—Las mentiras roban el alma, Eva. —Susurró en sus pechos desnudos. No le había costado desvestirla, y ahora él iba por el mismo camino— Pero tú, Eva no necesitas hacer demasiado para hacer que me pierda en ti.

Tenía la mirada apagada. Como aquella flama débil de un color azul intenso. No tenía la mirada oscura. Había estado a punto de perderla, y lo que aquel hombre le había dicho era lo único que necesitaba para darse cuenta que si la perdía su vida no sería la misma.

No otra vez.

«Ella no te pertenece» le masculló en alemán. Si pensaba que le pertenecía a Berlín estaban locos de la cabeza. Iba a acabar con cada uno de ellos, a sus perros y a él mismo.

—Te quiero, Miller.

Él no respondió en respuesta. Sentía su corazón que iba a saltarle del pecho. Para Eva no fue importante que no lo dijera en voz alta. Sabía que si estaba ahí y que si la miraba de esa forma era porque el sentimiento era mutuo, todo era cuestión de tiempo para que sus oídos pudieran escucharlo y su boca moverse ante el sonido de esas dos palabras.

El te quiero.

Saboreó sus pechos con delicadeza, como si se tratara de una chica virgen. Nunca había sido tan delicado con ella hasta ahora.

—No tienes que fingir, Miller. Está bien. Puedes tomarme como siempre.

Le colocó la mano en la boca para que dejara de hablar.

—No me conformaría con menos que con amarte suavemente, mi ángel.

Ella negó con la cabeza.

—No me dejes, Eva —dijo con firmeza—. Nunca malditamente me dejes.

Se paralizó ante sus palabras. Nunca antes se había imaginado que él le dijera esas palabras. ¿Era acerca de lo que le había dicho aquel hombre? ¿O en verdad la quería tanto como ella a él?

—No lo haré, Miller.

Sus ojos se desplazaron sobre cada centímetro de su rostro. Estando ahí envuelta en sus brazos, verlo mirarle con tal intensidad, no sabía si debería sentirse amada o aterrada. Es un poco de ambos.

Presionando su boca en la de ella la besó con mucha fuerza.

Metió la lengua profundamente en su garganta como si estuviera tratando de reclamar cada centímetro de ella.

Necesitaba escuchar aquellas palabras de nuevo saliendo de su exquisita boca. Entre más lo decía en voz alta. Más se le quedaba tatuada en su alma, el alma que pensaba que no tenía y que era ceniza.

—Dímelo otra vez —Le rogó viéndola a los ojos—. Dime que me amas, Eva. Que nunca me vas a dejar.

—Te amo. Nunca te dejaré.

Su pene estaba goteando en sus muslos. Se moría por tenerla dentro. Y estaba algo desesperada. Podía sentir cada uno de sus latidos. Cada uno de sus movimientos en falsos por reprimir las ganas de follarla fuertemente.

Hasta que su lengua entró al mismo tiempo que su pene dentro de ella. Deseaba haber sido el primero, el único y el último. Deseaba borrar cada marca de semen, cada falsa caricia por tener a cambio su cuerpo. Deseaba borrar cada

sudor de cada hombre que la violó.

Deseaba poder limpiar su alma. La de él no era tan limpia, pero imaginarse que alguien la había tratado y usado como a una sucia puta lo enfurecía.

—Eres mía, Eva, —Susurró entrando y saliendo más rápido que ella.

—¡Miller! —Jadeaba sintiendo el placer que le daba. La estaba amando por primera vez. Adorándola como debió ser desde un inicio. Se odiaba por el hecho de que la había hecho suya en circunstancias que ahora ni por cerca se le pasaba por la cabeza.

—Joder, Eva lo quiero todo. Dámelo todo.

Eva salió de él, tomándolo por sorpresa. Y debajo de su cuerpo se dio la vuelta. Le gustaba el sexo vainilla pero más le gustaba que la tomara fuerte como solo él lo sabía hacer y lo haría. Observando aquella espalda curvada, aquel trasero en pompa para él. Gruñó y la tomó de la cadera para volver a enterrarse dentro de ella. Eva gritó de placer.

—¡Oh, sí!

—¿Te gusta, así? —Le propinó una nalgada que hizo eco en toda su habitación y Eva brincó en respuesta.

—Sí, por favor—Le dijo como buena sumisa y amante—Lo quiero todo, Miller. Te quiero a ti.

—Me tienes, mi ángel—Dijo con voz suave y seguía empujando dentro de ella. Esta vez despacio. Besando su espalda. Acariciándola y dándole lo que le gustaba en una perfecta combinación.

Cuando sintió que Eva se apretaba por dentro se dio cuenta que estaba cerca de hacerla llegar. Entonces sacó su pene dentro de ella y llevó su humedad hacia su ano.

Eva se tensó.

—Quiero borrarlo todo, Eva. No me lo niegues por favor.

Un vuelco hizo su corazón cuando entendió lo que borrar significaba. Se relajó y esperó que él hiciera lo suyo. Estaba lista, empapada y deseosa por sentirlo ahí también. En lo prohibido.

Cuando Miller dejaba que su carne se acostumbrara a su tamaño, se dejó llevar hasta que se enterró toda de raíz y espero su propio placer.

—Tócate—Le ordenó y su mano viajó hasta su clítoris. En cuanto comenzó a sentir el más grande de los placeres Miller la tomó nuevamente de la cintura y de uno de sus brazos para entrar y salir de ella.

—¡Miller, oh! —Chilló en respuesta.

—¡Joder, Eva! —El sonido que provocaba su culo en su cadera era la mejor sinfonía de todas. Eva no lo soportó más y se corrió esta vez con más intensidad y Miller no se detuvo.

Continuó saliendo y entrando de ella hasta que no hubo ninguna huella por borrar y explotó dentro.



ESA MAÑANA EVA DESPERTÓ SOLA, desnuda y en la cama de Miller.

Escuchó la tonadilla de su móvil y sintió el pulso acelerársele. Como si lo pudiera sentir, como si se tratara de una mala broma del destino. Tomó el móvil con una mano temblorosa y abrió la bandeja de mensajes.

Mi pequeña putita está en problemas.

¿Creíste que nunca te encontraría?

El pecho le dolió como si una bala lo atravesara, corrió hasta el cuarto de baño y vomitó hasta que el estómago le comenzó a doler. Se vistió y salió de la habitación sin levantar sospecha.

En cuanto puso un pie fuera, Flame esperaba por ella.

—Señorita—La saludó, notándola nerviosa—¿Se encuentra bien?

—¿Dónde está Miller?

—Salió pero no tardará en regresar ¿Quiere que lo llame y le diga que despertó?

—No hace falta. Me tengo que ir.

Flame le cortó el paso.

—No puedo dejar que se vaya, Miller me dijo que no...

—A ver, Flame—Lo cortó—Vamos a entendernos. Lo que pasó anoche me tiene muy mal, necesito salir a tomar un poco de aire, además tengo un trabajo que cumplir que aunque Miller sea prácticamente mi jefe, no da razón para hacer lo que quiera. Vas a dejar que me vaya y no le dirás a Miller, seguramente me lo encuentre en el campus. ¿Entendiste?

—Sí, señorita. Pero entonces la llevaré yo.

No tenía tregua. Era eso o nada.

—Bien.



Tenía miedo de ir a su apartamento y cambiarse de ropa. La camisa que llevaba, era más grande que ella y era de Miller, era cómoda, pero al mismo tiempo la llenaba de tristeza y vacío porque en cualquier momento todo se descontrolaría.

No podía decirle a Miller que Berlín ya la había encontrado. Todo era cuestión de tiempo para que se pusiera frente a ella y la matara ahí mismo. Pero no lo sabía.

En cuanto se duchó y se fue al campus custodiada por Flame, no dijo nada en todo el camino. No dejaba de pensar en aquel mensaje que había recibido de él. Pero lo que no sabía era que Miller había pinchado su móvil, y todas las llamadas como mensajes las recibiría él también y su gente de seguridad. En cuanto lo miró no dudó en llamarla.

—Hola—Respondió fingiendo estar bien.

—¿Has dormido bien? —Le preguntó Miller—Espero aún sigas en la cama.

Él sabía que no estaba ahí, que se movía en su camioneta y aunque eso lo enfadaba no podía tenerla prisionera tampoco.

—Sí, y no, no estoy en tu casa. Tuve que cambiarme de ropa y ahora mismo voy al trabajo.

Miller no dijo nada. Ella esperaba una represalia pero aunque se la merecía no se la daría. No ahí mismo.

—No quiero que te apartes de mí.

—¿Qué significa eso, Miller? —Se removió incómoda.

—Lo que has oído, Eva. ¿Quieres que me explique? —Propuso.

Miller estaba en su despacho. Planeando el plan perfecto para atrapar a Berlín junto a sus hombres. Y aunque estaba calmado no dejaba de pensar en lo que Eva lo había visto hacer la noche anterior. Por eso se había escapado esa mañana, lejos de ella. No podía verla a la cara. No quería ser ese hombre para ella, no quería que ella viese el hombre que realmente era.

Pero lo haría de nuevo una y otra vez si alguien tuviese la idea siquiera de alejarla de él.

—Eva—Pronunció su nombre con voz ronca—Te he hecho una pregunta.

Ella tragó.

—Miller, no hace falta. Yo tampoco quiero apartarme de ti—sintió su voz quebrarse y eso rompió a Miller.

—¿Qué está mal, Eva?

—Nada.

—No te atrevas a mentirme. —Inquirió—¿Es sobre lo que pasó anoche? ¿Quieres que hablemos sobre ello?

—No, prefiero no hacerlo.

—De acuerdo. ¿Entonces qué es?

Eva pensó en decirle sobre el mensaje, pero eso haría que se volviera loco y la encerrara hasta dar con Berlín. Aunque moría de miedo, Eva ya no le temía a Berlín ni lo que pudiera hacer con ella. Sino con él.

—Nada, no me puedes culpar por estar un poco sorprendida. Es por eso que quiero distraerme en el trabajo. Además, quedé con Megan.

—Está bien. Flame estará contigo, sin discusión.

Y así fue. Flame se quedó con ella a una distancia favorable para no asustar a la gente que la rodeaba. Se distrajo lo poco que pudo en la biblioteca. Tomó un café con Megan y Travis, algo que ni a Flame le gustó pero no tenía de otra.

—¿Quién es ese hombre? —Preguntó Travis—Da miedo.

—Es uno de los que cuida el campus—Dijo Megan. —¿No te habías dado cuenta?

Enseguida cambiaron al tema a otra cosa. Parece que nadie notó lo que había pasado la noche anterior en el Gala, estaba ahí frente a sus amigos y no sabían que el hombre al que quería había matado a dos tipos frente a ella a sangre fría luego de que intentaran secuestrarla.

En cuanto terminó la hora del receso los tres tomaron caminos diferentes. Ahora Eva no dejaba de ver hacia todos lados y Flame lo notó.

—¿Está todo bien? —Se puso frente a ella y estudió su rostro. Ella no dejaba de ver hacia todos lados. Estaban aún en el jardín del campus, cerca de los estudios.

Cuando Eva giró la mirada a lo lejos fue cuando lo miró.

Sus ojos se encontraron como dos choques violentos. Berlín le sonrió y ella dejó de respirar por un momento hasta que su cuerpo se lo pidió. Flame captó lo que ella miraba, pero cuando se volteó, Berlín había desaparecido entre los arbustos.

—Él está ahí, Flame—siseó sin quitar la mirada del árbol a lo lejos—
Está ahí, ha venido por mí.

Flame sacó su arma y miró hacia atrás, no había nadie. ¿Acaso se estaba volviendo loca?

En vez de ello, sacó su móvil y le habló a Miller.

—Está sucediendo—Le dijo y Miller ya sabía a lo que se refería.

—Tráela a casa.



Al pisar la mansión se sintió cohibida ante toda la situación. Sentía que se estaba volviendo loca. La habían atacado y ahora miraba al hombre que más daño le había hecho por doquier.

—Eva—Miller se acercó a ella y le besó la frente—¿Qué tal tu día?

—Bien—Le correspondió abrazándolo—¿El tuyo?

—Lo mismo de siempre. Ven.

Caminaron hasta su oficina. El aroma que desprendía Miller le hacía olvidar todo. Llevaba un traje perfecto y caro de tres piezas. Para haber sido un

día aburrido, se la pasaba bien vestido todo el tiempo y eso le gustaba.

Llegaron al despacho de Miller. Nunca había estado ahí antes y era un despacho dos veces más grande que el que tenía en el Salis.

Después de echarle un vistazo a todo el lugar y admirar desde los muebles, libros, pinturas y colores Miller le habló. Sentándose ambos uno frente al otro como la primera vez que estuvieron solos en una sola habitación.

—No puedo desearte como lo hago, Eva.

Ella frunció el cejo.

—¿Disculpa?

—Me has visto hacer lo que ni en mil años quería que vieras. —No estaba avergonzado, pero estaba cerca—No quiero exponerte al peligro...

—¿Estás terminando conmigo? —Casi susurró la pregunta, porque no sabía ni lo que eran. No era su novia oficial, no solamente se escondían de Berlín, también del mundo entero.

—Eva.

—Estás terminando conmigo—Esta vez no fue una pregunta. Quiso levantarse de la silla pero Miller no se lo permitió. Se colocó de rodillas frente a ella y se aferró a sus piernas. Llevaba vaqueros, pero era como si no llevase nada, se sintió desnuda, excitada y confundida todo al mismo tiempo.

Mirar a Miller de rodillas frente a ella impidiéndole que no se fuera era una escena que jamás esperó ver.

—No estoy terminando nada contigo, Eva—se puso de pie. Le acarició la mejilla y ella cerró sus ojos—¿Por qué tengo la impresión de que no te encuentras bien?

Quería que confiara en él.

Quería que le dijese lo que miró y el mensaje que recibió.

—Yo...me pareció ver a Berlín entre los árboles del campus—Al menos le decía una de dos.

Miller sabía que Berlín estaba a miles de kilómetros. Lo sabía porque lo tenía vigilado. Así que quien haya visto Eva era producto de su imaginación, consecuencia de su ataque.

—No pronunciamos ese nombre en esta casa—Le ordenó.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora. ¿He quedado claro? —Ella asintió—Necesito que lo digas.

—Sí, Miller. He entendido.

—Bien. Ahora voy a besarte—Le dio un beso casto, un poco largo de lo que dura uno. Y sin despegarse de su rostro le dijo—: Lo que viste no fue real, mi ángel.

Ella esperó que se explicara. Pues no entendía nada. No era la primera vez que lo miraba.

—Pero si vuelve a ocurrir, quiero que cierres los ojos, cuentes hasta cinco y pienses en mí—Ella cerró los ojos escuchándolo—Quiero que recuerdes mis besos, la forma en cómo te toco y te hago mía. Quiero que recuerdes el olor a pintura, el mundo donde ambos pertenecemos, el placer.

Ella abrió los ojos y admiró el color y forma de sus ojos. Estaba tranquilo, lleno de deseo a través de ellos, y todo era para y por ella.

—¿Qué hay de ti? —Le dijo tocando su rostro—¿Qué hay de tus pensamientos?

En vez de responder. La tomó de sus manos y la hizo que se levantara de su silla. La llevó a una habitación dentro de su despacho, su estudio de pintura. Había un gigante sofá antiguo color rojo, muchos lienzos, papel protector en el suelo y una mesa llena de colores y brochas.

—Desnúdate—Le ordenó sin más.

Más que una orden, era un placer obedecer ese tipo de cosas viniendo de él. Así que se quitó la ropa. Mientras observaba a Miller hacer lo mismo.

Él siempre pintaba en clase sin camisa. Era una de esas, pero privada. Pero cuando miró que también se quitaba su pantalón y calzoncillos se le hizo agua la boca. Tenía una gran erección y estudiar cada parte y tatuaje de su cuerpo era el más grande de los placeres.

—Acuéstate—Prosiguió—Toma la pose que quieras, pero por nada del mundo dejes de verme a los ojos.

—Sí, señor Preston—Jugó ella y eso lo puso a mil. Jugar de esa forma como su alumna y profesor en una sesión ambos desnudos quién sabe cómo acabaría.

Tragó la saliva que se había formado en su boca. Miller se puso manos a la obra tomando una paleta con diferentes pinturas y un pincel. Pero

antes se fue al reproductor de música y las paredes tomaron vida al escucharse las baladas de Chopin, sus favoritas.

En cuanto a Eva. Se acostó sobre el sofá en línea recta, de lado con ambos brazos frente a ella cubriendo un poco su rostro y rozando sus labios. La curva montañesa que formaban sus caderas fue donde comenzó Miller a dibujar.

Hizo lo que le dijo. No dejó de verlo en ningún momento.

Cuando hubo terminado la pintura, la admiró por última vez antes de llegar a ella. Ya el pene le goteaba, necesitaba sentirla, tocarla, saborearla.

Quería complacerle. Quería saber que era capaz de descubrir el interior de Eva Kerr sin hacer una sola pregunta, quería perderse en ella.

—Te necesito, Eva —Le dijo tomando su pene con una mano. Le había dicho que no podía deseirla como lo hacía. —Te voy a necesitar siempre.

Le cogió la cara con las manos, presionando con fuerza sus labios contra los de ella. Llevó la mano a su sexo y buscó el punto exacto.

—Necesito esto —susurró contra sus labios—. Dámelo.

Bajó hasta donde estaba su mano y le lamió el clítoris, perdiéndose en su sexo una vez más mientras Eva se erguía para recibirlo.

—Sabes tan bien —murmuró junto a su boca—. Quiero tenerte abierta y lamerte hasta que me exijas que te folle.

—Quiero que me folles ya.

Él se rio en su sexo por su deseo. Pero quería jugar un poco más. Después de volverla loca, notó cuando Eva tomó su pene y se levantó, haciendo que se sentara en el sofá.

Se tensó cuando rodeó el pene con los dedos y colocó su prominente glánde entre los lubricados pliegues de su hendidura. Ni cuenta se había dado cuando ella había tomado el mando, sentándose ahorrajadas sobre él.

—Dios santo, Eva —exclamó, jadeante, cuando por fin se dejó caer sobre él.

Ambos cerraron los ojos por un segundo para disfrutarlo, pero eran tan celosos que no podían dejar de verse en ningún momento. Miller estaba lleno de pintura y ahora ella también. Deseaba poder pintar ese momento. Detenerlo, pero lo guardaba en su memoria y lo dibujaría luego.

Miller, con la respiración jadeante, soltó una palabrota y la tomó por la cadera con la mano libre, y luego de la cintura para acostarla sobre su espalda sobre el sofá. Ahora él tenía el mando.

Se abrió para él, para recibirlo. Estaban sudorosos y el olor a sexo se mezclaba con el olor a pintura fresca. Era sensacional.

Marcó un nuevo ritmo, tomándola de las piernas en sus hombros y comenzó a entrar y salir de ella, esta vez duro. Como a ambos les gustaba y nunca dejaron de verse a los ojos.

—¡Eva, joder! —gruñó al estallar dentro de ella y Eva lo siguió al mismo tiempo—¡Miller!

Amaba que gritara su nombre.



—A ESTO ME REFERÍA...

La frase quedó flotando en el aire y Eva trató de adivinar y recordar sus palabras.

—¿Y...?

—Es así como quiero recordarte cuando las llamas llegan a mi vida. Es así como quiero que me recuerdes.

—Estás cortando conmigo de nuevo.

Se separó de él con cuidado. Sintió que lo extrañaba y deseaba de nuevo ante su abandono, pero no había nada más que decir.

Primero le había hecho sentir como que estaba loca, después la pintaba como a su musa y ahora terminaba—de nuevo—con ella.

—¡Maldita sea! —dijo bruscamente—. Te deseo otra vez. Pero tengo que irme.

No necesitó preguntar adónde iba. Se había hecho de noche y moría de hambre. Estaba loco si pensaba que se quedaría en su casa de nuevo.

—¿Me llevas a mi casa?

Miller frunció el cejo.

—Eva no quiero que te vayas.

—Has terminado conmigo o lo que sea que hagas, lo entendí Miller. Pero es peor que me quede aquí. Si todo es parte de mi imaginación me gustaría estarlo imaginando desde la comodidad de mi casa. Me llevas o me iré yo, no me importa.

Todo el momento se había estropeado.

—¿A ti quién demonios te ha dicho que he terminado contigo?

La bestia salía de su escondite. Mientras Eva se vestía lo ignoraba, no pensaba responderle.

—Estoy hablando contigo, Eva.

—Y yo he terminado de hablar contigo. No sé qué entiendes por terminar, pero es lo que estás haciendo. Acabas de follarme como que si te estuvieras despidiendo, y luego me dices que te acuerde de esa forma. Por no recordar que me dijiste que no me puedes desear como lo haces. Dime si lo estoy imaginando pero siento que escondes algo y quieres alejarme. Te lo haré más fácil. Lo termino todo ahora.

Estaban entre guerra de miradas. Él desnudo y ella completamente vestida.

Se había explicado como el culo, y ella no había entendido nada. Pero tampoco podía explicarle por qué actuaba así.

—No puedes dejarme—Casi y era un ruego—Ni siquiera te atrevas a hacerlo, Eva.

—Claro que puedo, y no quiero. Te quiero ¿recuerdas? Es una lástima que tú a mí no. Que pienses que no puedes hacerlo, pero no me quedaré a esperarte, Miller. Es lo que es.

—Lo que es... ¡Joder! ¿Por qué siempre arruinan todo con esa mierda romántica? ¿Acaso no podemos estar juntos? ¿Follar y estar juntos, sin esperar esa mierda?

Eso le rompió el corazón.

Se acercó a él y le dio un beso en su mejilla. Miller confundido no dijo nada y Eva habló:

—Porque eres increíble y mereces que te quiera.

Esperó que dijera algo, pero no lo hizo.

—Adiós, Miller.



No esperó que él la llevara. Se escabulló de la mansión y se fue directo a su apartamento. Cocinó algo de comida y ahora estaba en su cama, comiendo y navegando un poco en su laptop.

Las noticias llamaron su atención. Nunca antes lo había hecho, pero Miller estaba en el titular muchas veces, como artista y como hombre de negocios. Acaba de follar con ese hombre y la había dibujado. Ni siquiera había tenido la oportunidad de ver el trabajo final.

Tenía ganas de estar ahí, observarle por última vez. Si todo había acabado, quería verle jugar, más no jugar con él, aunque quería, no debía.

Tenía la carta que había escrito para él desde que llegó al apartamento y quería dársela. No iba a esperar hasta llegar a su clase, pues no sabía si iba a tener el valor de hacerlo.

Se cambió de ropa, una con la cual la dejarían entrar, tomó la carta, sus llaves y se fue.

Al llegar a Inferno notó las cámaras, los autos y todas las bellas mujeres. Hasta que miró a Miller, sonriendo con muchas de ellas y hablando con otros hombres. ¿Socios? No lo sabía.

Esperaba que no terminara arriba en una orgía de celebración, solo con el simple hecho de imaginárselo, le dio asco.

Subió las escaleras y caminó por todo el pasillo. Toda la gente estaba celebrando abajo y por ningún lado miró a Flame o Miller seguirla. Fue cuando corrió hasta su despacho, de milagro estaba abierto.

Entró y respiró hondo.

Todavía olía a él. Se le ocurrieron muchas cosas. Esperarlo ahí y darle la carta ella misma. Pero no tendría el valor de despedirse, así que rápidamente puso la carta sobre el escritorio y salió de ahí sin ser vista, lo miró por última vez y esta vez sus miradas se encontraron. Ella le sonrió y él desvió la mirada.

Cuando llegó de nuevo a su apartamento, se lanzó a la cama, pensó en

llorar, pero no valía siquiera la pena y se quedó dormida.

Al día siguiente una llamada telefónica la despertó.

Se trataba de su padre. Había tenido un accidente y estaba en estado crítico. Su mundo se vino abajo tras escuchar la noticia, por lo que sacó la tarjeta de crédito de donde estaba guardada e hizo una pequeña maleta rápidamente para salir de ahí y llegar al aeropuerto. Compró un ticket directo a Los Ángeles y sin mirar atrás dejó su nueva vida.

Al menos por ahora.

En la ciudad de Cambridge,
Inferno, Club.



MILLER ESTABA SENTADO EN LA SILLA FRENTE a su escritorio. Era de madrugada, la fachada de la celebración había salido bien. Ahora Berlín había bajado la guardia mientras Miller atacaba uno de sus negocios en Australia. Jamás sospecharía que sería él. Nadie se salía con la suya y menos él. Atacaría todo y por último se lo serviría en bandeja de plata.

Notó el sobre blanco con su nombre sobre él y supo de quién era. La podía sentir. Ella había estado ahí.

Abrió la carta y la leyó.

Querido Miller,

Cuando leas esto quizá muchas cosas pasen por tu cabeza, pero seré lo más breve y sin afán de lastimarte. Pero conocerte ha sido mi bendición. Nunca he sido una mujer religiosa y creo que tú tampoco. La vida nos hace así. Pero quiero que sepas que aún hay esperanza para nosotros.

Nos encontramos.

Me ayudaste a salir de un lugar roto. Me diste el confort que ni siquiera yo había encontrado. Pero enamorarme de ti fue un error, mi error.

Siempre te pondré en la cima de todo. Te aclamaré orgullosa y abiertamente y cuando los tiempos se hagan duros, me aseguraré de contar hasta cinco y pensar en ti.

No quiero hacerte daño. Porque aunque me rompiste el corazón cuando te dije que te quería y tú te enfadaste, te sigo queriendo.

Espero algún día desenamorarme de ti y recuerda, las mentiras no van con tu alma, para mentir todos tienen razones y la más común es el miedo... yo no te tengo miedo y gritar tu nombre me devolvió la vida aunque me quitaras parte de ella. Cada día sin soledad me debilitaba. No me enorgullecía de mi soledad, pero dependía de ella. Hasta que llegaste tú.

Siempre tuya, tu ángel.

Eva.



EL OLOR FAMILIAR A TABACO LLENABA TODA LA mansión Kerr. Había olvidado la última vez que estuvo ahí. Los mismos muebles caros, pero

nada le resultaba familiar.

Se fue hasta la habitación principal y sacó una pequeña maleta para llevarle algo de ropa a su padre cuando despertara.

Accidente automovilístico.

O eso es lo que le había dicho el asistente de su padre. Que había perdido el control del auto. Se rehusaba a usar chófer algunas veces y ésta era una terrible consecuencia de ello.

Su padre no tenía sirvientes, al menos no para ocuparse por cosas como llevarle ropa al hospital.

Se metió al garaje y buscó una de las llaves de los siete autos diferentes que habían ahí. Tomó las llaves del viejo VMW que ella solía conducir antes de que confiara en el hombre equivocado y mejor amigo de su padre.

Al llegar al hospital se encontró con el médico.

—¿Es usted la hija del señor Kerr? —Le preguntó con tono preocupado.

—Sí. He venido en cuanto pude.

—Bien—Le puso la mano en el hombro—Pase por acá, el señor Kerr no deja de preguntar por usted. Ha despertado.

Estaba nerviosa. Hacía más de un año que no miraba a su padre. No sabía si iba a tener el valor suficiente para estar ahí. Lo que sí sabía era que ahora era más fuerte y podía escupirle la verdad en la cara.

—Está estable. Ha perdido el control de su auto y lo han traído a tiempo. La lluvia ha sido bastante violenta en estos días por acá.

La explicación de él no importaba. Lo único que importaba era que estaba bien y vivo. Eva se acercó a la cama de su padre y lo miró, tenía los ojos azules más intensos que nunca. Su piel era más blanca que la de ella y su cabello un poco rubio. Ninguna facción había heredado de él, ella era igual que su madre. De tés canela, cabello negro y ojos marrones que a veces, eran claros.

—Eva—Dijo con dificultad—Estás aquí.

—Hola—Le tendió la maleta en una silla—Te he traído un poco de ropa. El médico dice que estarás bien.

—Lo único que me importa es que estás aquí. No sabía que, al sufrir un accidente vendrías, de haberlo sabido me hubiese estrellado hace mucho tiempo.

Se suponía que era chiste. Pero solo para él. A ella no le hacía nada de gracia.

—No digas tonterías.

Una enfermera entró. Casi era hora del desayuno. Eva no había dormido nada, ni en el avión ni cuando llegó a casa. Los ojos le pesaban, estaba de mal humor y quería matar por una ducha y cambiarse de ropa. Todo eso tenía que esperar. Le daba miedo cerrar los ojos ahí, en la ciudad donde todo comenzó.

Le sirvió el desayuno sobre la cama y él con mucha dificultad se sentó para poder disfrutarla. La enfermera le ofreció a ella, pero declinó en respuesta. Lo único que quería era irse de ahí.

—Lamento mucho que hayas tenido que venir hasta aquí.

Ella se levantó de su silla y caminó hasta la ventana, cualquier cosa le haría bien menos ver a su padre a la cara, todo había sido tan rápido que no sabía lo difícil que iba a ser tener que hacerlo.

—Bueno, soy tu hija. La única persona que tienes en el mundo.

—Hace un año que no te miraba, estás hermosa. Aunque un poco delgada ¿Estás comiendo bien?

—Mi alimentación es lo que menos te tiene que preocupar, papá.

Él dejó de comer.

—¿Y qué es, Eva?

Guardó un segundo de silencio para verlo a la cara nuevamente.

—Mi madre. ¿Dónde está?

—Muerta—Lo dijo como si no doliera.

—Ella no está muerta. No hay acta de defunción. No hubo un velorio o entierro. No me digas que está muerta. ¿Dime qué hiciste con ella? ¿Dime dónde está?

—Eva...

—¡Deja de actuar! —Alzó la voz—Solo estamos tú y yo. Dime dónde está mi madre.

En vez de responder a su pregunta y exigencia, le hizo otra, una que Eva estaba esperando que hiciera ahora que estaba preparada para decirle la verdad. Haber conocido a Miller le había hecho un efecto extraño. Era como si él le diera la fuerza que había perdido gracias a Berlín.

—Tenías un amigo—comenzó a hablar y la habitación se volvió negra ante la confesión que iba a hacerle—Confíé en tu amigo y fue mi error, no te culpo por lo que me hizo, te culpo por haberme arrojado a confiar en él.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué amigo? Cuando huiste de casa te encontré tiempo después en la cama de un hospital con las muñecas abiertas.

Tiempo atrás



—POR FAVOR, LLÉVAME CONTIGO—Le rogó a Berlín quien acababa de tomar unas copas con su padre—No quiero vivir más aquí, dame trabajo en una de tus empresas. ¿Eres empresario como mi padre no?

Él solo veía carne fresca frente a él, y estaba servida en bandeja de plata.

—Mi padre no me deja en paz. Si trabajo podré contratar a un investigador privado para que me ayude a buscar a mi madre.

—Yo puedo hacer eso por ti—Le propuso.

—¿De verdad? —El rostro de Eva se iluminó.

—Sí. Pero tendrá un precio bastante alto.

—Trabajaré lo que haga falta. Estudié lo suficiente, puedo hacer lo que sea y seguir estudiando si hace falta. Solo quiero un trabajo e irme de aquí.

Irse de ahí.

Las únicas palabras que escuchó Berlín cuando una inocente Eva le pidió ayuda. Era el mejor amigo de su padre. La había visto crecer e incluso

había conocido a su madre. Nunca le tuvo miedo y nunca la miró con otros ojos que como la hija de su mejor amigo. Casi y como un tío. Y Eva lo admiraba.

Pero no sabía que se había metido en la boca del lobo.

Y ese era su fin.

En el presente



FALLON KERR, EL PADRE DE EVA no podía creer lo que escuchaba.

—¿Berlín? ¿Te fuiste con Berlín?

Las lágrimas de Eva no eran de dolor, eran de puro odio. Su padre no podía creer lo que escuchaba si ella se había con Berlín entonces ya se podía imaginar a qué y a dónde.

—¿Dime que no hiciste lo que estoy pensando?

—Suficiente por hoy—Se limpió las lágrimas de su rostro—Como te dije, no te culpo por lo que me hizo, sino por arrojarme a ello. Si hubieses sido un poco como un padre quizá me habría quedado. Pero te empeñabas a que yo fuese una persona que no era. Querías una princesa inútil y yo no soy nada de eso, soy como mamá.

El rostro de Fallon dolió.

—¿Cómo has salido de ahí?

—Me escapé y hui. Me imagino que sigues en contacto.

—No, Eva. Algo me decía que él tenía que ver con que te fueras, así

que no. Pero ahora que sé todo pienso buscarlo y matarlo.

—No se moleste, señor Kerr—Un hombre detrás de Eva habló. Sintió un escalofrío al sentirlo detrás de ella—De eso me encargo yo.

—¿Miller? —Se dio la vuelta y lo miró. Estaba frente a ella. Se preguntaba si había leído la carta. Había sido una despedida así que no entendía qué estaba haciendo ahí.

—Te conozco, tú estabas aquí cuando Eva...

Las piezas de nuevo se armaban. Miller no mentía cuando dijo que la había salvado. Fallon reconoció a Miller enseguida, había sido el hombre que había llevado a Eva al hospital luego de su intento de suicidio. Y lo había visto el día siguiente, pero Eva no lo recordaba, le pidió que no le dijera nunca, por nada del mundo que él había estado ahí y había cumplido.

—¿Qué haces aquí, Miller?

Él no respondió. En cambio la tomó del rostro y le dio un beso casto en la frente reclamándola como suya. Después, caminó hasta donde estaba el padre de Eva y le tendió la mano.

—Miller Preston—Se presentó—Soy el novio de Eva.

«¿Novio?»

—Fallon Kerr—Sostuvo su mano fuerte—Su padre. No sabía que Eva tenía novio.

—Lo tiene—Expresó con arrogancia y regresó con Eva—Ahora si nos disculpas, creo que Eva tiene que descansar, he hablado con el médico y dice que mañana te darán de alta. Me encargaré de ello.

—Espera un momento, Miller—Fallon Kerr era un hombre celoso y en esos momentos celaba mucho a su hija y más después de haberle lanzado aquella bomba de confesión—Te atreves a tutearme y a llevarte a mi hija en medio de una conversación importante ¿Quién te crees que eres?

Uno era poderoso desde que nació y el otro había heredado algo que no debía heredar. Pero no había vuelta atrás.

—Soy el único hombre que ha mantenido a salvo a Eva desde ese día. Soy el hombre que ella necesita a su lado y el único. Soy su luz y ella mi razón de ser...y el que matará a cualquiera que quiera apartarme de ella. Ese soy yo.

Se hizo un enorme silencio.

—Vete, Miller—Eva habló—No vengas aquí a hablarle así a mi padre ni a mí. La carta lo decía todo. ¿Las has leído?

Miller se sacó la carta de la chaqueta.

—¿A esta carta te refieres? Es por eso que he venido. No voy a hablarlo delante de mi suegro.

Aquello no le hacía gracia.

—Vete, por favor.

Miller la fulminó con la mirada. Se guardó la carta de nuevo. Si alguien lo iba a lamentar era él por aparecerse así. Pero se había equivocado, Eva no quería verlo. Al menos no ahora.



MILLER ENTRABA EN EL VIEJO CLUB AL CUAL había pertenecido alguna vez. Ahora los dueños eran otros y desde luego, no se hacía lo mismo de antes. Una silueta detrás de él llamó su atención.

—Miller. No puedo creer que también estés acá. Espero no me estés siguiendo.

—¿Qué te hace tan especial, Berlín? Pensé que el mensaje había sido claro.

El puño llegó a su mesa. Varios hombres a su alrededor sacaron sus armas y apuntaron hacia él, Berlín.

Él miró a su alrededor, si ellos disparaban no quedaría nada.

—Veo que no estás solo.

—Nunca lo estoy—Dijo Miller sin inmutarse—Y no has sido invitado que yo sepa.

Berlín hizo algo mejor. Se sentó frente a él y le robó el trago que estaba disfrutando Miller.

No lo aprobó.

—¿Cuánto quieres por ella? —La pregunta quedó unos segundos en el aire antes de que Berlín respondiera.

—Que te parece esto—Se levantó de la mesa y se acercó a él—Tu vida por la de ella.

Salió con maestría del lugar sin mirar atrás. No había ninguna duda que Eva estaba con Miller. No iba a negárselo ahora y le había declarado la guerra poniéndole un precio. Uno bastante alto, pero si tenía que protegerla de él, iba a hacer cualquier cosa para que eso sucediera.



Eva estaba en su vieja habitación cuando escuchó el timbre de la puerta principal. No sabía si su padre estaba esperando visitas. Desde el primer plano era mala idea quedarse en esa casa, pero no contaba con dinero para irse a un hotel y se rehusaba a usar el dinero que su padre le daba, una conclusión estúpida si lo miraba desde otro punto de vista.

En cuanto abrió la puerta miró a Miller de pie, en su traje esta vez de dos piezas y sin corbata. Temprano en la mañana llevaba uno de tres.

—¿Qué haces en esta casa? —Le preguntó Miller.

—¿Qué haces tú aquí?

—Viviendo por ti, no encuentro otra cosa más placentera que eso, Eva. Aunque si lo piensas...

—Miller—Lo calló porque sabía hasta donde iba a llegar.

—¿Podemos hablar? —Le propuso.

Fue la primera en darle la espalda para que entrara, Flame estaba a lo

lejos vigilando los alrededores. Al menos por fin tenía a alguien que cuidara la casa. Se dirigió hasta la sala principal y luego al mini bar para servirle un trago. Eva llevaba una bata de dormir, el cabello húmedo, olía delicioso pero diferente, también había algo diferente en su mirada.

Le dio el trago a Miller y cuando sus dedos se rozaron ambos se miraron con deseo. Lo que hizo Eva lo sorprendió. Se echó a llorar y lo abrazó fuerte.

—Eva—La confortaba—Estoy aquí. Deja de llorar.

—Tienes que ayudarme a encontrar a mi madre, Miller. No te pediría algo como esto, pero mi padre dice que está muerta, yo no lo creo. Me rehúso a creer que está muerta. Por favor... ayúdame a encontrarla.

—Lo haré—Fue lo único que le dijo. Sabía lo que era perder un padre. Él había perdido a todos los suyos.

Se sentaron en el sofá y Eva se quedó dormida en su regazo por un segundo cuando escuchó la voz de Miller hablando sobre su pasado.

—Estuve casado.

Desde su niñez, su vida con su esposa, y la herencia. Se lo contó todo, hasta el día del accidente y cómo cambió su vida después de perder a su hijo Silas.

—¿Por eso llamaste así a Salis? ¿Por tu hijo?

—Sí. Pero es parte de mi vida que no está en ningún lugar. Yo mismo me encargué de ello. Pero quiero contártelo todo, Eva. Quiero que lo sepas todo.

Eva se levantó de su regazo y lo miró a la cara. Su mirada era sincera, llena de dolor y odio al mismo tiempo. Casi igual a la de ella. Eran dos alma rotas que, de alguna manera pudieron sanar sus heridas cuando se conocieron. Ahora tenían un enemigo en común y tenían que tener un plan perfecto para ello.

—Berlín no quiere dejarte ir.

—¿Y si le ofreces dinero?

—Lo hice y no es negociable.

Miró algo en sus ojos y sabía que sí. Había un precio.

—¿Qué te pidió?

—Eva...

—¿Qué te pidió, Miller? Y recuerda lo de mentir.

Él le agarró la cara y esta vez le besó los labios.

—Mi vida por la tuya.

—Eso no lo voy a permitir—el corazón se le iba a salir del pecho solo con pensarlo. No iba a perderlo para que ella estuviese a salvo. De ninguna manera. —Te quiero, Miller. No me importa que tú a mí no me quieras. Pero le has dicho a mi padre que soy tu novia, algo debe significar eso y es que los novios no dan su vida así por así por sus novias y menos a una que no quieren.

Lo estaba provocando. Y él lo sabía. Que dijera esas cosas le dolían. Porque no era así. No poder decírselo lo mataba.

—¿Vas a dejarme de nuevo? —Le preguntó Miller con un hilo de voz —Porque no lo voy a permitir. Vine hasta aquí después de leer tu carta. Me has destrozado el corazón.

—Pensé que no tenías uno.

—Coincido. Pero eres más lista que yo y sabes dónde hacer sentir y yo siento mucho, demasiado por ti, Eva.

—Se llama querer, Miller. Se llama amar también.

—¿Tú me amas? —Ahora era ella la que no se esperaba esa pregunta. Pero mantuvo su rostro a la altura del de él. Aunque fuese rechazada de nuevo, hablaría con el corazón en su mano.

—Sí. Te amo, te amo Miller Preston, aunque tú no me ames a mí te seguiré amando hasta que deje de respirar. Es algo retorcido, lo sé pero todo es culpa tuya. Hazme un favor, Miller, por favor no intentes salvarme.

El corazón de Miller saltó fuera de su pecho. Se sintió conmovido y vivo por primera vez.

—¿Y tú me harías un favor, Eva?

—¿El qué?

—Nunca dejes de amarme.

Cerró sus ojos y negó.

—Nunca.

Y así hicieron el amor, esta vez diferente, como dos personas que se aman y sus cuerpos hablando por ellos.



Al día siguiente Fallon regresó a su casa a su rutina. Y Eva sin despedirse regresó con Miller a Cambridge, pero para despedirse porque debía ir de viaje. Eva no quiso preguntar, pero se imaginaba de qué se trataba.

Eva mientras estaba en su rutina de trabajo en la biblioteca tuvo una visita inesperada.

—Así que es cierto, también trabajas aquí. Quería comprobarlo por mí misma.

—Sophia.

—Miller me lo comentó pero no podía creerlo. Nos reímos mucho de ti ese día.

Eva sabía muy bien ese juego de perras queriendo marcar territorio. Lo que ella y Miller tenían no podía destruirlo nadie, ni siquiera Berlín, peor ella.

—Déjalo ¿No te dijo lo que hacíamos? ¿Sabes lo que le gusta? Antes de ir a buscarte estuvo conmigo. No soy celosa, con quien duerme por las noches es conmigo, no me importa que se divierta un poco contigo, eres desechable, me lo dijo.

Con palabras como esas no se podía competir. ¿Cómo era que Sophia sabía que la había ido a buscar?

—Y la carta, por dios, eres patética.

—¿Leíste la carta?

—La leímos y nos reímos, pero—Se pasó la larga cabellera de un hombro a otro—Ya sabes, no eres la primera.

—Será mejor que te vayas de aquí Sophia antes de que estos libros aplasten su cabeza hueca.

—Sé quién eras—La provocó—Es por eso que eres desechable.

Se dio la vuelta y se fue. Recordar lo que había sido y recordar la clase de hombre que era Miller la hizo sentir más pequeña que una hormiga. Había estado casado con una mujer decente en el pasado. Y ahora ella, era una ex prostituta, había sido maltratada, violada y raptada. ¿A quién quería engañar? Su cerebro le estaba dando una mala jugada y ahora no estaba segura de quien era, y quien quería ser para Miller.

Sophia había entrado esa misma noche a leer la carta primero que Miller, es por eso que sabía sobre ello. La dejó en su lugar y se escondió en el baño, fue cuando escuchó la llamada de uno de sus hombres de seguridad y le avisaron sobre el accidente del padre de Eva. Por eso, también sabía lo del viaje y que iría a buscarla. Pero Eva no lo sabía. Ella solo había atado cabos, esta vez estaban demasiados sueltos para colocarlos en el lugar que eran.

—¿Estás bien? —Le preguntó Megan. Terminaban de almorzar, pero Eva no había tocado su comida.

—Sí, solo estoy cansada.

—¿Tu padre está mejor? Has regresado muy pronto del viaje.

—Sí, no fue nada grave. Por eso estoy antes en casa. Terminaremos el curso pronto, no tengo que perder el tiempo con él.

—Eso suena muy frío.

—Pues ya ves.

En cambio Miller su viaje era hasta Rusia donde un viejo amigo de la inteligencia rusa le iba a ayudar a encontrar a Berlín. Siempre que se le ponía delante desaparecía una vez cruzaba la puerta.

—No será fácil—Le dijo en ruso—Tienes que dejar a esa chica.

—Eso no es una opción.

—Es para dar con él más rápido.

—¿Estás sugiriendo que mi mujer te sirva de sebo?

—No, estoy sugiriendo que Berlín crea que bajaste la guardia y que salga de su escondite para ir tras ella. No dejaremos que se acerque. Primero haremos nosotros el trabajo. Después te lo entregaré para que hagas con él lo que se te pegue la puta gana.

Miller estaba de regreso. Eva estaba una de sus clases. Había venido la noche anterior. Lo supo porque su móvil estaba conectado cuando lo llamó pero no respondió. De igual manera estaba acostumbrada a ello. Le tomó por sorpresa que lo mirara entrar en su despacho por la mañana. Y al mismo tiempo se llenó de ira después de recordar las palabras de Sophia. Ahora tenía sentido. Miller estaba mejor sin ella.

Miller estaba con alguien más.

Miller la había engañado.

Debía olvidarse de Miller. Y protegerlo al mismo tiempo.

Al final de la clase, Escuchar su voz no le hizo nada bien y menos en ese tono.

—Señorita Kerr, la quiero en mi despacho en unos minutos.

—Tengo que trabajar, señor Preston.

Que le llevase la contraria frente a todos hizo que se enfadara. Miller esperó que todos salieran del salón para acercarse a ella. La tomó del brazo fuerte y la hizo que lo viera.

—Cuando te hablo me miras a la puta cara y cuando te doy una orden la obedeces ¿Entendiste?

No estaba molesta. Tampoco furiosa. Parecía una chica en trance más bien. Lo notó en su mirada apagada.

—¿Quién eres para darme órdenes? ¿Mi novio? Sophia dice lo contrario. ¿Adónde fuiste, Miller? ¿Por qué no me cogiste el móvil?

Eran demasiadas preguntas. Él iba a terminar con ella comportándose como un idiota. Pero ella ya había terminado con él mucho antes de que volviera.

—¿Qué demonios te dijo Sophia esta vez para que estés así?

—Nada que no sea cierto.

—¿De qué estás hablando?

Las lágrimas no pudieron más. Estaba cansada. No había dormido nada. Tampoco comido. Todo sucedía demasiado rápido. Y las ganas de vivir se habían esfumado.

—Era una puta, Miller.

—Eva...

—Yo no puedo continuar con esto. Yo soy una asesina. Maté a un hombre cuando escapé de Berlín. Era una puta. Me hicieron cosas que no puedes imaginar. Y eso es parte de mí cada vez que me voy a la cama. ¿Tienes idea de lo que soy? Estoy cansada de llevar una máscara. Ese lado horrible que aún no conoces.

—Basta. Si quieres terminar conmigo, hazlo con dignidad y vete. No te detendré.

Eso era nuevo.

La dejó sin habla. Taladrándole más el corazón. Se lo estaba haciendo fácil y Miller lo sabía. Solamente que, era parte de un plan para salvarla y ella se estaba echando a morir. Quería que acabara todo y decirle que nada de lo que decía le importaba.

—Adiós para siempre, señor Preston.

Esa noche Eva dormía en su viejo departamento. No había derramado una sola lágrima. Al escuchar las palabras secas de Miller, tuvo razón Sophia. Ella era desechable. El numerito con su padre no había sido otra cosa más que eso. Un juego más.



DOS DÍAS DESPUÉS EVA RECIBIÓ UN LLAMADO de la junta directiva. No estaba segura de qué se trataba, pero si era la expulsión definitiva, tampoco le importaba. Al menos que se tratara de otra cosa.

—Buenas tardes, señorita Kerr—Se dirigió a ella el profesor Aubrey, el vicerrector del campus.

La escudriñaba junto a los otros cinco profesores más. Había una silla vacía en una posición de mando, ya sabía quién la ocuparía cuando la puerta del salón de juntas se abrió y un Miller entraba con la mirada más fría que nunca.

—Señor Preston—Todos se pusieron de pie y esperaron que Miller tomara su lugar. Ahora sí nada tenía sentido y las manos le comenzaron a sudar. Seguramente Miller sabía de lo que se trataba, pero Eva estaba perdida.

—Espero y sea algo importante—Dijo Miller—Mi tiempo es bastante valioso.

—Seguramente, señor. Pero el motivo de esta junta es bastante importante y un tema muy delicado.

Miró a Eva y frunció el cejo.

—¿Qué hace ella aquí?

—Es su alumna—El profesor Aubrey la señaló—La señorita Eva Kerr, me temo que está en su curso de artes ¿O acaso no la conoce, señor Preston?

—Desde luego que sí, pero no entiendo qué hace ella aquí. La señorita Kerr debería estar en su trabajo ahora mismo.

—¿Así que sabe que también trabaja aquí?

«Mierda» pensó Miller.

—Es mi deber conocer a todos mis empleados.

—¿Y su deber también es mantener una relación más que laboral y profesional con ellos?

Se hizo silencio.

Ahora ambos sabían por qué estaban ahí.

—¿Disculpe?—Miller levantó un poco la voz—¿Sabe usted la gravedad de sus palabras, profesor Aubrey?

Eva se mantenía en silencio. Con la mirada fija en sus manos como una sumisa en problemas.

Para Miller mirarla de esa manera lo hizo arder en fuego. Odiaba verla de esa forma tan débil y permisiva. Debía defender su posición y negarlo todo así fuese una hija de puta como él.

—Lo sé y por eso traeré a alguien más.

La puerta se abrió de nuevo y Sophia Winter hizo presencia. Miller maldijo por lo bajo y Eva también.

—Señorita Winter. Gracias por venir.

—Señores—Expresó al momento de sentarse cerca de Eva.

El interrogatorio continuó cuando el profesor Aubrey se dirigió a Sophia e hizo la siguiente pregunta:

—Voy a ser directo con usted. ¿Sostiene que el señor Preston y la señorita Kerr tienen una relación amorosa?

Sophia los miró a ambos con recelo y respondió:

—Sí yo misma los he visto más de una vez.

Miller gruñó. Casi y se echó a reír pero se contuvo. En cambio Eva quería morir ahí mismo. No sabía qué decir ni qué hacer. No quería meter la pata

tampoco así que se quedó callada.

—¿Qué tiene que decir, señorita Kerr?

Eva miró por un segundo a Miller y él supo que tenía que hacer algo. No podían acorralarla de esa manera. De todas formas, todo lo había comenzado él.

—No voy a permitir que continúen con esto—Miller se levantó de su silla y los fulminó a todos con la mirada—Que no se les olvide que soy el propietario de esta institución y bajo ninguna circunstancia voy a permitir que acorralen a una alumna o a mí de esa manera.

—Señor Preston, que sea usted el propietario no le da derecho a cruzarse las normas. Ya suficiente escándalo son los desnudos en su clase.

—Se llama arte.

—Arte. Bien. Pero somos una junta. Y si esto se denuncia podrían hasta cerrar la institución si llegan más al fondo de todo esto.

Miller se paró frente a él y cruzó sus brazos.

—¿Está seguro?

Hubo silencio. Y el profesor Aubrey se puso nervioso.

—Explíqueme entonces qué es este email que la señorita Kerr le envió hace unos meses.

Le arrojó el email impreso que Eva le había enviado por equivocación. Miller lo tomó y se dio cuenta que también estaba la copia de respuesta. Desde luego que se monitoreaban todos los correos de entrada y salida y él no contaba con eso.

—Eso fue un error—Eva por fin habló—El señor Preston no tiene nada que ver, era un email para una amiga.

Se volteó hacia ella para escuchar su vaga explicación.

—¿Está segura de eso, señorita Kerr? Porque aquí puede decir la verdad. Recibimos una queja sobre el señor Preston el otro día. Quiso obligarla a desnudarse en clase ¿Lo va a negar también? porque hay muchos testigos de cuánto la afectó.

—¿Quién ha denunciado eso? —Eva preguntó.

—El señor Travis Harper.

Miller volvió a gruñir por lo bajo. Enfadado por ello. Eran muchos contra él solo. Pero le importaba una mierda.

Eva miró a Miller y después habló:

—El señor Preston no me ha obligado—Comenzó a decir con hilo de voz—Soy yo la que comenzó todo esto.

Todos, incluyendo Miller no podía creer lo que estaba escuchando. La junta directiva comenzó a murmurar un par de cosas y después se hizo el silencio de nuevo.

—El email claramente dice que me atrae de maneras poco profesionales como mi profesor. Pero mi intención nunca fue causar un daño a él o esta institución, simplemente sucedió.

—Señorita Kerr...—Miller arrastró las palabras—¿Qué está usted haciendo?

—Ahora—Eva miró a Sophia—Las intenciones de Sophia siempre han sido destruir todo a su paso.

—¿Qué?—Dijo ella asustada.

—¿Les dijo qué hace aquí? ¿Les mostró alguna prueba de que el señor Preston y yo tenemos un romance?

—No, pero...

—Porque no las tiene, pero yo sí las tengo de que ella es una acosadora. Pregúntenle qué hace después de clase. O revisen el GPS de su coche. Ella es quien ha estado acosando al señor Preston y a mí y si él no quiere involucrarse exponiéndola, lo haré yo. Me he mantenido al margen, tuve un error con ese email, pero ha sido todo. En cambio ella...

—¡Eres una perra! —Gritó Sophia—¿Te crees muy lista? Eres la mojigata nueva y ahora todos te ven ¡Incluyéndolo a él! —Señaló a Miller— ¿Qué tienes tú que no tenga yo? He estado en sus clases durante dos años y nunca me ha visto cómo te mira a ti. ¡Eres una perra! ¿¡Dime cómo lo haces!?

En cuanto se acercó a Eva para golpearla en la cara, su mano fue detenida por Miller en el aire.

—Es suficiente.

«Caíste» Dijo Eva en su interior.

Era cuestión de segundos para que explotara. Personas como ellas nunca toman bien un rechazo, y la provocación de Eva bastaba para que estallara de esa manera.

—Hemos visto las grabaciones de los pasillos—Dijo otro de la junta —Siempre estaba detrás del señor Preston. No era la señorita Kerr, era usted. Y el señor Harper no solamente denunció al señor Preston, también a usted por sus desnudos frecuentes dentro de la clase. —Continuó—También hay una grabación donde se le ve dirigiéndose a la señorita Kerr de forma amenazante y eso Sophia, es bastante grave, más las acusaciones falsas contra el director.

—Sin más que añadir—El señor Aubrey se dirigió a Miller—Dejaré que usted tome una decisión sobre la señorita Kerr y la señorita Winter. La escala está muy cerca. Lo que suceda después, ya no es jurisdicción de esta institución.

Eva fue la primera en salir del despacho. Casi corrió lejos de ahí y sin mirar atrás. No podía creer que lo había salvado. Pero si alguien era culpable era solamente ella.

Había sido ella la de las promesas. No él.



Era una chica con el corazón roto. Hecho pedazos. Todavía se encontraba en trance y se rehusaba a llorar, aunque su alma se lo pidiese a gritos. No le encontraba sentido a nada y aquella valentía había quedado en un cajón.

Miller había roto con ella. Sophia había destruido la poca confianza que le tenía y ahora su carrera pendía de un hilo. Por no decir que su padre estaba a miles de kilómetros y que su raptor estaba cada vez más cerca.

Mientras caminaba lejos de los pasillos, Eva estaba dispuesta a ir a casa. Cruzaba la calle lejos cuando se escuchó un auto derrapar a los lejos. Se dirigía hacia ella a quema ropa.

Travis que estaba observando todo aquello.

—¡Eva! ¡Cuidado! — Corrió lo más rápido que pudo y su cuerpo se estrelló con el de Eva llevándola fuera de la carretera e impactando sobre el pavimento caliente.

No pudo abrir sus ojos nuevamente, y tampoco quería hacerlo.

Eva estaba en la enfermería del campus. Abrió sus ojos y picaron al sentir la luz blanca que había sobre ella. Le dolía todo el cuerpo y sentía punzadas en cada parte de él. Al intentar mover su mano, sintió que había otra sobre ella.

Era fría y rasposa. Sintió un escalofrío que invadió todo su cuerpo y se tensó cuando miró a quién pertenecía.

—Puedo matarla si me lo pides, putita.

—¿Qué? —Dijo Eva al ver a Berlín al lado de ella. No sabía si estaba soñando o si todo lo que veía era real.

—A la perra que quiso hacerte daño.

—¿Sophia?

—Solo yo puedo hacerte daño ¿Lo sabes, verdad?

—¡Eva!

—¡Eva, despierta!

Abrió sus ojos. Esta vez de verdad y Miller estaba frente a ella. También Megan, pero nada sobre Travis. Seguramente Miller lo había sacado de ahí.

—¿Está Travis bien? —Fue lo único que preguntó.

La mandíbula de Miller se tensó por su pregunta. Nunca antes había sentido esa clase de celos. Pero los que sintió en ese momento le daban ganas de cometer una locura. Como llevársela de ahí para siempre.

—Sí, él está bien—Respondió Megan.

—Pequeña, déjanos solos—Le pidió Miller a su sobrina.

—De acuerdo—Miró a Eva como si ella estaba de acuerdo con ello, y la verdad es que no. No tenía intenciones de verlo y menos ahora que Sophia había intentado matarla. Berlín se lo había dicho, aunque no estaba segura si podía confiar en sus sueños. Se estaba volviendo cada día más loca.

—¿Se puede saber por qué corraste hacia el auto? —Las palabras de acuso que salieron de su boca ofendieron a Eva.

Ella lo miró con ojos de odio.

—Vete a la mierda, Miller. ¿Ahora crees que estoy loca para saltar frente a un coche? No puedo creerlo.

Se acercó a ella e intentó besarla. Pero ella se resistió.

—Que esté enamorada de ti no te da derecho a tomarme cuando quieras. Hemos terminado ¿Lo recuerdas?

—Eva...

—No, Miller. Ha pasado una semana. Una maldita semana que no sé nada de ti. Permíteme que te olvide.

—No voy a permitirlo.

—Ah, no. ¿Por qué? ¿Porque siempre obtienes lo que quieres? ¿O por qué piensas que siempre estaré aquí? No, Miller. No te equivoques conmigo.

La tomó del rostro e hizo que lo viera. Estaba eufórico escuchando cada palabra que le taladraba el corazón. Solo ella podía hacerlo sentir. Y en ese momento se sentía como la mierda.

—No te equivoques tú. Lamento contradecirte pero eres mía. Yo te necesito. Te imploro que no te rindas. Solo espera.

Se apartó de ella. Sin decir nada más. Y sin darle oportunidad de contradecirlo. Antes de ponerse a llorar Megan entró a la enfermería de nuevo.

—Por Dios, Eva.

Se abrazaron y entonces pudo llorar. Aunque no sabía si era por ver a Megan de la misma manera o porque Miller estaba acabando con ella. No sabía a qué se refería con lo de esperar. Pero dentro de ella sentía que debía hacerlo. Como una idiota le dio el beneficio de la duda. Como una última oportunidad. De todas maneras la graduación estaba casi cruzando a la otra calle. Muy cerca y cuando sucediera huiría de él. De todas maneras ya lo había hecho antes.



LA ALARMA CONTRA INCENDIOS SE ENCENDIÓ y se dominó en cada uno de sus sentidos. Ahora no estaba soñando. Todo estaba pasando en tiempo real. Le tomó un par de segundos recomponerse. Megan aún estaba con ella.

—Tenemos que salir de aquí —Le dijo Eva. Se levantó con mucho cuidado de la camilla y tomó a Megan del brazo.

—¿Qué está sucediendo?

—No lo sé. Pero no nos quedaremos para averiguarlo.

Abrieron la puerta y salieron por el pasillo. No había nadie. Y eso era extraño. Al escuchar un par de tiros, fue su señal para salir corriendo. Y el único lugar donde podrían estar a salvo era en el despacho de Miller.

Cuando entraron cerraron la puerta con llave y pusieron un mueble de mesa de madera para bloquearlo.

—Miller tiene que tener un arma aquí—Le dijo a Megan—Ayúdame a buscarla.

—Estás loca, ¿Sabes usar una?

—No ¿Y tú?

—Tampoco.

—Entonces aprenderemos a defendernos juntas. Quién sabe qué esté pasando ahí fuera. Nos quedaremos aquí hasta que Miller llegue.

Eva sacó su móvil y lo llamó enseguida.

A la primera tonadilla Miller respondió.

—Quédate dónde estás—Le dijo al responder. La había visto entrar a su despacho con Megan mientras él y Flame disparaban a los hombres encapuchados que parecían buscar algo en todo el lugar.

—Miller...

—Eva, por favor. Quédense ahí. Las sacaré de ahí pronto.

—¿Quién está haciendo todo esto, Miller?

Hubo un silencio y un par de disparos más se escuchaban a lo lejos.

—¡Miller!

—Eva. Tengo que colgar. Iré por ustedes pronto. No le abran la puerta a nadie que no sea yo. ¿Has entendido?

—Sí.

Miller cortó. Y Megan estaba con sus rodillas en su pecho asustada. Si alguien estaba haciendo eso no era otro más que Berlín.

No podía poner a Megan en peligro. Si la buscaba a ella. La mataría a ella también para no dejar testigo.

—Megan, necesito que te quedes aquí.

—¿Qué? ¡No!

—Megan, iré por ayuda. Será difícil que vayamos las dos. Escóndete aquí, por favor. Y no salgas. Regresaré pronto lo prometo.

—Eva, no.

—Estaré bien—Le dio el arma—Apunta y dispara.

Megan tomó el arma contra su pecho. Eva quitó el mueble para abrir la puerta y lentamente salió. Caminó por el largo pasillo. Ahora ya no se escuchaban disparos pero había un silencio incómodo. Sintió que la perseguían y cuando cruzó el siguiente pasillo, Berlín estaba frente a ella con Sophia de rehén.

—Mi putita—Se lamió los labios viéndola de pies a cabeza —¿Te encuentras mejor?

—¿Qué haces? Déjala ir.

Se echó a reír por su petición. Lo tomó por sorpresa también que no lo recordara que hace un rato estuvo con ella. Pues no había sido un sueño.

—Te dije que la mataría—Berlín le apuntó con el arma en la cabeza de Sophia—Ella te arrolló con el auto. Quiso hacerte daño, putita. ¿Tú sabes lo que les pasa a los que intentan hacerte daño sin mi consentimiento?

Sophia lloraba. La desesperación en sus ojos le recordó a Eva lo que era un alma perdida.

—Lo lamento. Yo no quería. Yo solo...

—Ehh, eres una puta muy mala, Sophia—Berlín la tomó más fuerte.
—Muy muy mala. ¿Quieres saber lo que te pasará por lastimar a mi putita?

—Por favor, señor...

—¡Cállate, puta! —la arrojó al suelo y Sophia se quedó mirando hacia abajo. Rendida y arrepentida por lo que había hecho. No era una asesina. Solo era una niña malcriada que no había calculado bien su travesura y plan de venganza.

—No lo hagas, Berlín.

—¿Me estás implorando, putita? Eso me pone tan duro.

A Eva le dio asco. Imaginó las veces en las que la hizo suya. Cuando la violaba furiosamente. No solo él. También sus hombres. Ese destino tendría Sophia si no hacía algo. O terminaría con una bala en la cabeza.

—No la mates. Ella no sabía lo que hacía. No merece morir, por favor.

—Me sorprendes. No sabía que podía haber clemencia y perdón en ti. Después de lo que pasaste pensé que serías una perra dura. Pero eres débil.

—No me hace débil tener compasión, Berlín. Deberías intentarlo.

Berlín se echó a reír. Su carcajada era bulliciosa e incómoda.

—¿Quieres que te perdone por haber huido de mí? ¿Es eso lo que quieres decir, putita? Que te perdone por haberme abandonado. Me perteneces todavía. Es increíble que lo hayas olvidado. Ven aquí.

Le ordenó y Eva no respondió.

—¡He dicho que vengas aquí!

Se movió lentamente hacia él, en cuanto estuvo frente a ella la

abofeteó y Eva cayó al suelo. Lo siguiente fue golpearla, esta vez con patadas hasta que se agachó a su rostro y la golpeó más esta vez con el puño.

Eva lo miró con ojos de odio con su cara ya hinchada llena de sangre. Sintió el sabor metálico en su boca y lo escupió.

—No lo he olvidado porque no es así. No te pertenezco. Eres un mal nacido de mierda.

Otro puñetazo fue a la cara. Luego al estómago y por último volvió a apuntar a Sophia en la cabeza. Esta vez chilló pidiendo ayuda.

—¡Déjala! No la quieres a ella. Me quieres a mí.

Los ojos de Berlín se iluminaron cuando atisbó a Miller acercarse apuntando con el arma.

Eva se agachó al lado de Sophia y fue un mar de balazos. Lo único que pudo hacer fue escuchar más disparos. Le hirieron en el brazo a Berlín pero sus hombres salieron en su rescate y lograron escaparse. Se escucharon también las sirenas de las patrullas.

Eva miró hacia Sophia, tenía los ojos cerrados pero no estaba herida. Se había desmayado del susto. Se acostó boca arriba y miró el techo. Todo había acabado.



El ruido de una máquina la despertó. Abrió los ojos y había otra luz blanca sobre ella. Se dio cuenta que no estaba en la enfermería sino en el hospital.

Cuando Miller llegó a su punto de visión Eva no podía creer lo que estaba mirando.

Miller derramó una lágrima y ella la atrapó. Le partió el corazón en mil pedazos. Tenía la cara destrozada. Tenía moretones por todo su rostro y sangre seca. Era increíble lo que un par de golpes le podían hacer en unos segundos. Pero lo raro de todo era que Eva no sentía nada.

—Miller—Se le quebró la voz—No llores. Por favor. No llores.

Era lo que él le pedía cada vez que la miraba llorar. Ahora el sentimiento era mutuo.

—Perdóname. Yo...tenía que salir a buscarte. Yo no podía... ¡Megan!

—Shh. Ella está bien. Está en el auto, Flame la llevará a casa. Te dije que te quedarás ahí con ella. ¿Por qué no obedeciste?

Estaba furioso y dolido por no haber podido protegerla. Ahora el rostro de Eva era irreconocible.

—Nunca puedo protegerte y tú me lo haces bastante difícil.

Ella sonrió.

—Es lo mismo que intento hacer y tú no me dejas tampoco. Creo que estamos a mano.

Miller no dejaba de verla. Y tampoco dejaba de llorar. Si nadie había muerto entonces por qué lloraba tanto.

Lo entendió cuando Miller le dijo las palabras que no esperaba escuchar.

—Te amo—Ahora era ella quien lloraba. Pero no de tristeza ni por el dolor—Te amo, Eva Kerr. ¿Lo entiendes ahora? Porque a mí me queda bastante claro. Tuve miedo de perderte.

—Miller...

—Por favor, dime qué aún me amas, mi ángel.

Le tomó la cara para besarlo. Le limpió las lágrimas y le sonrió como si nada ni nadie existieran en el mundo más que ellos dos en ese momento.

—Yo también te amo, Miller.



Se amaban.

Eso era un hecho. Como también que Eva pasaría la noche en su casa. No solo una, sino todas por el resto que le quedara de vida.

—Vivirás conmigo—Había sido una orden la cual no podía rechazar aunque quisiera.—Hoy te dan de alta. Cuidaré de ti. En mi casa estarás segura.

—Pero... Ni siquiera somos nada.

Miller le propuso una mirada de represalia. No podía follarla ahí mismo para demostrarle que era su único dueño. Además le había dicho que la amaba. Razón suficiente para que vivieran juntos. Pero aun así quiso jugar su juego.

—Eso no es justo, Eva.

—De acuerdo me quedaré. Solo porque no quiero discutir contigo.

Miller notó que algo más pasaba pero lo quiso dejar para después. Ahora debía llevarla a casa. Eva no lo sabía pero todas sus cosas ya estaban allá junto con otras nuevas. No necesitaba regresar más al hoyo donde vivía.

—Me di cuenta que no podía vivir sin ti. ¿Te das cuenta de eso? Ahora por nada ni nadie me separaré de ti. Ni siquiera mis planes harán que me aparte de ti.

—¿Qué planes? ¿Acaso por eso habías terminado conmigo?

Su silencio lo dijo todo.

—Si vas a jugar a ir y venir no me apetece hacerte compañía, Miller. Atraparé yo sola a Berlín y lo mataré.

—Estás loca. Ni se te ocurra hacer algo. Yo me encargaré de él. No pienso usarte cómo sebo no dejaré que cometas una locura. Eva, te lo prohíbo.

Mientras iban en el auto camino a casa de Miller ninguno de los dos se dirigía la palabra.

Se quedaron entre guerra de miradas para ver quién ganaba y fue Miller que por sorpresa terminó apartando la mirada. Se acercó a ella y le tomó la cara suavemente, pues no quería lastimarla.

—Por favor, Eva. Déjame cuidar de ti.

—Nunca te lo he negado, Miller.

—Bien—Le besó la frente—Tengo que ir a trabajar pero puedo quedarme contigo si quieres.

—No hace falta, estaré bien. ¿Vendrá Megan?

—Sí, puede venir pero debes descansar. ¿Por qué no te recuperas primero antes de recibir visitas?

—Necesito a mi mejor amiga. Me volveré loca si me la paso yo sola en casa o contigo yendo tras de mí.

—Eso fue un golpe bajo.

—Pues es el precio de querer vivir conmigo.

La abrazó aún más.

—No me importa. Ahora eres mía.

Mientras Eva paseaba por toda la casa, sus ganas de conocer más de Miller la estaban llevando a un mundo poco conocido. Entró a su despacho con la intención de buscar la pintura que Miller había hecho de ella, desnuda. Y mientras estaba en ello, un viejo cajón llamó su atención. Parecía antiguo como si dentro de él se guardaran los peores secretos de Miller, y en parte lo eran.

Abrió una de las gavetas y lo que miró en su interior no la sorprendió pero algo dentro de ella la instó a que la tocara.

Un arma.

La sacó del cajón y la levantó con ambas manos. Estaba cargada y lista para disparar si le quitabas el seguro. Pero antes de regresarla a su lugar, la puerta se abrió de repente y Miller se quedó helado observando lo que Eva según en su mente quería hacer.

—Eva...

Su mundo se detuvo. Eva recordó lo que era tener una en sus manos, solo debía halar el gatillo, pero primero apuntar hacia su enemigo. Era así como lo había hecho en el pasado. Ya se había cargado a un hombre, al último que habría querido violarla.

—Eva, baja el arma, nena...

La voz de Miller temblaba. Eva lo miró por un segundo y arrugó su frente. No entendía nada. En cuanto Flame entró, Miller lo detuvo.

—Yo lo hago, Flame.

—Pero...

—Eva, baja el arma.

«¿Acaso piensa que yo...»

Eva dejó de sostener el arma y la arrojó al suelo, sintiéndose como una tonta, tan pequeña e indefensa. Pero también se sintió humillada y la vergüenza también se hizo presente cuando Miller se acercó a ella con delicadeza y la levantó del suelo en sus brazos.

La llevó hasta su habitación, la que de ahora en adelante compartiría con él si ella estaba de acuerdo. La metió bajo las sábanas como a una enferma indefensa y Eva lo detuvo cuando quiso retirarse.

Él no podía verla a la cara. Estaba tan asustado como ella.

—Mírame, Miller.

Él no lo hizo y eso le dolió.

—¿Acaso pensabas que iba a...

—Eva—No dejó que terminara la frase porque escucharla en voz alta era una tortura.

—No iba a hacerlo. Miller no iba a hacer nada. Solamente la sostuve en mis manos.

Fue cuando la miró, buscando un poco de sinceridad en su mirada fue cuando la encontró.

—¿De verdad?

—Sí Miller. No iba a hacerlo, lo juro.

Miller se sentó a su lado. Intentando analizar lo que había ocurrido.

—Pero estabas, fuera de ti.

—Recordé cuando asesiné a aquel hombre con un arma—Le explicó—Recordaba lo que era tener una y no me gustó la sensación esta vez. La primera vez fue de poder, esta vez tuve...

—Miedo—Miller le ayudó a terminar—Yo también tuve miedo. Miedo de que cometieras una locura como la primera noche en que te conocí.

Una lágrima se asomó y se deslizó por las mejillas de Eva negando con la cabeza.

—Yo no haría algo así de nuevo. No te lo haría de nuevo, Miller.

Se acurrucó y se hizo un ovillo sobre la cama. Avergonzada de que él pudiera pensar algo así de ella. Peor ahora que su vida tenía sentido, él le daba el sentido a todo.

—Te amo.

La voz de Miller hizo que lo mirara por un segundo. Como si eso sirviera ella continuaba llorando.

—Me duele que pienses que quiero hacerme daño, primero el coche y ahora esto. Me juzgas demasiado pronto.

—Lo lamento, Eva. —Se acostó a su lado—Lo lamento tanto, mi ángel. No volverá a ocurrir. Simplemente pensé que te perdería.

—No vas a perderme nunca.

—Estoy de acuerdo—Se apretó más hacia ella. Sintiendo cómo su

miembro crecía cada vez que el culo de Eva se frotaba con el de él. Sin miramientos Eva se deshizo de su sábana y le tomó las manos para colocarlas en sus pechos. Así de espaldas sentía el aliento de él quemarle de deseo el cuello. Quería besarlo, quería gritar su nombre y follar como dos animales. Pero estaba débil y tan cierto como el infierno Miller se negaría.

Así que lo intentó más y movió su culo hacia él. Miller gruñó en respuesta y sonrió. Le estaba provocando.

—Estás débil, Eva no quiero lastimarte.

—No lo harás si eres gentil.

Dejó salir un gran suspiro y le bajó los pantalones de chándal que andaba puestos. Miller liberó su miembro ya erecto y duro que buscaba su entrada. Así de espaldas Eva levantó un poco el culo y abrió un poco las piernas para que entrara poco a poco en ella. Miller se agarró de uno de sus pechos y la penetró de lleno, su culo sonaba en su estómago. Esa posición era gentil, romántica y delicada. Como Eva lo quería. Comenzó a penetrarle con más ritmo. Eva levantó más la pierna y ahora estaba un poco boca arriba siempre dándole la espalda. La otra mano de Miller dejó su pecho y buscó su clítoris para hacerla acabar.

Estaba tan empapada y deseosa por más. Pero de momento es lo único que podían tener hasta que ella se recuperara del todo.

Cuando no pudo soportarlo más gritó su nombre.

—¡Miller! —Cerró sus piernas y Miller la detuvo.

—Abre las piernas, joder. No he terminado contigo.

Con mucha lucha las volvió a abrir, su orgasmo se estaba acabando, estaba ahora más empapada y Miller cerca de terminar. Ahora faltaba él.

La penetró más veces de las que podía contar.

—¡Joder, Eva! No quiero lastimarte.

—No lo harás.

Le agarró los pechos con un solo brazo y mano y la penetró más fuerte de espaldas, así ambos acostados, abrazados follando sin verse a la cara como dos extraños.

Miller dejó salir un gran gruñido y la llenó por completo. Eva se quedó dormida abrazada a su brazo y Miller besando su espalda, hizo lo mismo olvidando lo que había pasado.



—¿QUÉ ESTABAS BUSCANDO?

Caminaban juntos por el jardín, el doctor le había recomendado que hiciera un poco de ejercicio para relajar los músculos del abdomen que habían sido salvajemente golpeados por Berlín. Así que temprano por la mañana ella y Miller daban un paseo por todo el jardín. Sin árboles. Solamente lleno de flores de todos colores.

—El cuadro que pintaste de mí.

—¿De verdad? Me hubieses preguntado primero.

—Lo sé, pero pensé que no estabas en casa.

Estaba hermosa esa mañana. Le había mandado a comprar vestidos floreados de algodón. Cómodos y perfectos para ella. Todos de diseñador. De vez en cuando se ponía una chaqueta, pero a Miller le gustaba verle los hombros y su espalda cuando se empuñaba todo el cabello en una coleta o un moño desordenado.

—Vamos—La tomó de la mano y regresaron al interior de la casa. Caminaron hasta su vieja habitación y ahí estaba. En la habitación de Miller. La oscura que parecía no tener vida ni color. Lo único lleno de vida y color era el cuadro que había pintado de ella que estaba por encima del cabecero de la cama.

—¿Por qué no dormimos aquí?

—Era mi habitación, pensé que te sentirías mejor en la otra.

Ella negó.

—Quiero que ésta sea nuestra habitación. Era la tuya y aquí dormimos juntos por primera vez.

—De acuerdo.

—Es hermoso lo que hiciste con ella—No le quitaba los ojos de encima—Es hermoso, Miller.

—Tú eres hermosa.

Ella le regaló una sonrisa en agradecimiento.



—¿Qué planes tienes para hoy? —Le preguntó Miller. La hinchazón del rostro había bajado, con un poco de maquillaje nadie se daría cuenta que había sido golpeada. Sin mencionar los moretones del abdomen esos sí estaban de todos colores pero sanarían.

—Sé que ya no tengo trabajo—Ella puso los ojos en blanco—pero no hay excusa para terminar el año y el curso.

—¿Estás segura? Sabes que no tienes que ir si no quieres, tu título siempre lo obtendrás.

—Lo sé, y es por eso que quiero acabar. No quiero que me lo hagas todo fácil.

—¿Y a ti quién te dijo que te lo hacía fácil todo?

—¿Quieres una lista? —Se burló—Eres el señor que todo lo puede. Suficiente que tenga que vivir contigo como para estar ahora disfrutando de la comida y el jardín. Debes trabajar tú también.

—La verdad es que sí—La trajo hacia él y la besó—pero prefiero quedarme en casa contigo. Le pago bastante bien a la gente para que trabaje para mí.

—Miller—le advirtió—Eso no es justo. Tengo que salir de aquí.

—¿Ya no quieres vivir conmigo? —puso morritos.

—No he dicho eso, solamente dije que quiero sentirme útil y ...

—Yo sé cómo puedes sentirte útil—Le tocó el culo.

—Eres un...

La calló con un beso. Su lengua acariciaba la suya y Eva se dejó hacer, llevando sus brazos hacia sus hombros y abrazándolo. Llevaba un traje color azul marino. Olía de maravilla, pero ese traje se vería mejor en un despacho que encerrados en casa. Al igual que el vestido que ella llevaba.

—De acuerdo. Te llevaré.

—Gracias.



Eva, Megan y Travis salían de una de sus clases. Le había sentado bien tener un día normal y pintar un poco.

—Sophia parece otra—dijo Travis—Después del robo creo que eso la humanizó más.

Un robo. Eso había sido la pantalla del intento de secuestro del Berlín. Megan no dijo nada aún estaba nerviosa pero Eva lo sabía disimular mejor.

Decidieron no opinar sobre el comentario que hizo Travis y los tres tomaron caminos diferentes a sus siguientes clases. Cuando llegó la última jornada, Eva se encontró con una visita inesperada.

—Papá. ¿Qué haces aquí?

Claramente su padre estaba mejor después de su accidente.

—Yo debería hacer las preguntas aquí. Me he enterado de lo que ocurrió ¿Estás bien?

—Perfectamente. Si solo a eso has venido será mejor que tomes un vuelo de regreso.

—Eva necesitamos hablar. Por favor.

No había sabido mucho de Miller en todo el día. Tampoco era bueno irse a casa tan temprano y sin él. No tenía más remedio que escuchar lo que su padre tenía que decir así que salieron del campus hasta el café que quedaba de la otra calle, si Miller no la encontraba la vería ahí.

—Dos café, por favor.

La mesera les sirvió dos café afuera de la calle donde a Eva le gustaba tomarlo de vez en cuando. Cuando no tenía amigos y solamente pasaba pensando en el profesor misterioso de artes. Solamente con recordarlo se le iluminó el rostro. Las cosas ya no eran tan sencillas como antes.

—Lo que me dijiste la última vez me dejó muy mal, Eva.

Usaba un traje immaculado. Siempre que lo miraba así desde niña pensaba que su papá era el mejor y que tenía el mejor de los trabajos por vestir de esa forma. Era un director de cine o al menos eso le había dicho. Pero entre más pasaban los años menos creía que a eso era a lo que realmente se dedicaba. Si no, ¿de qué otra manera había existido su amistad con Berlín?

—No hablaré más de eso contigo.

Era definitivo, hablarlo con él no servía de nada. Tampoco era una hija de puta que le gustaba torturar a su padre. Ya el daño estaba hecho y ella estaba

curando sus heridas.

—Debes decírmelo. Decírmelo todo, Eva.

—¿Y qué harás al respecto? ¿Vas a decirme dónde está mamá? ¿Vas a borrar cada cosa que esos hombres me hicieron? Lo dudo mucho, papá. Ya no puedes hacer nada. Nunca has podido hacer nada.

Se levantó de su silla como alma que se la lleva el diablo pero su padre fue más astuto que ella. La tomó del brazo e impidió que saliera corriendo como siempre lo hacía.

—Vas a escucharme, Eva—La apretó fuerte mientras hablaba —Estoy cansado de que salgas huyendo. Que no se te olvide que soy padre y que si te pasaron todas esas cosas fue por culpa tuya, no mía. Eres grande para tomar tus decisiones y veo que te equivocaste y me culpas por ello. Sabías muy bien a qué me dedicaba no creo que a estas alturas te creas que aún soy director de cine. Eso ha sido una fachada para limpiar mi dinero. Y eso también lo sabía tú madre.

Eva no podía más con cada palabra. Estaba viendo el verdadero rostro de su padre. Siempre le había hablado de esa manera. Pero no iba a tolerar la mentira y que manchara el nombre de su madre o siquiera la nombrara.

—Tienes un segundo para soltarla.

La voz de Miller llamó la atención de los dos. El padre de Eva la soltó y ella sintió el brazo de Miller detrás de ella en sus hombros.

—¿Estás bien?

Eva no respondió.

Miró a su padre y le volvió a hacer la misma pregunta que le hacía siempre.

—¿Dónde está mi madre?

Él en cambio, tenía la mirada fría. Como si que le hablara de su madre lo ponía de mal humor. Pero la verdad era que, tenía un cargo de conciencia bastante grande.

—Terminó como tú, pero al menos tú estás viva.

—Cállate, Fallon—Le amenazó Miller. Podía sentir que cada pedazo de Eva se estaba destrozando.

Muerta. A eso se refería. Su madre había sido una puta y ahora estaba muerta. Siempre pensó que no la quería y que la había abandonado. Por culpa de

él. Pero la realidad era otra. Era demasiado para asimilarlo. No tuvo más fuerzas para soportar su presencia o sus palabras. Se dejó caer en los brazos de Miller y todo así como era su vida, oscureció.

El desmayo de Eva ese día le había dejado algo claro a Miller y era que debían agregar algo más al plan. Es por eso que dos días después llegó Grave a la mansión. En cuanto conoció a Eva supo por qué su amigo se había distanciado un poco de los negocios y trazar un plan de venganza. Eva era hermosa y digna de vengar.

Eva no lo reconoció pero sabía que había estado aquella noche en el club. De inmediato congeniaron y se cayeron bien. Tan bien que Miller estaba ya celoso.

—Pueden dejar ya de hablar sobre ello—interrumpió el tema de que Miller era un amargado enamorado—Me está empezando a doler la cabeza.

—O la polla—Agregó Grave y Eva se echó a reír.

Miller lo fulminó con la mirada, pero se le pasó, al menos había hecho reír a Eva, algo que no hacía desde hacía dos días.

Megan entró al comedor donde disfrutaban del almuerzo cuando los ojos de Grave se fueron directamente hacia ella. Llevaba pantalones ajustados y una camisa de botones abierta que dejaba al descubierto sus pechos que solo los cubría una pequeña blusa color lila. Su cabello rizado le daba un toque sexy y además se había maquillado un poco. De hecho se maquillaba a menudo ya que las horas eran aburridas y decidían maquillarse viendo algunos tutoriales.

—Hola.

—Hola, pequeña—la saludó Miller y Grave maldijo por lo bajo recordando que era su sobrina.

—Hola, Megan te presento a Grave el mejor amigo de tu tío.

Grave nervioso se puso de pie y le tendió la mano. Los grandes ojos de Megan se iluminaron al ver al hombre alto y de traje tan guapo frente a ella.

—H...Hola, Megan. Tanto tiempo.

—¿Sí? Porque yo no te recuerdo.

—¿Qué demonios te sucede?—Miller observó que estaba bastante nervioso—No conocías a mi sobrina antes y ya sabes por qué.

—¿Por qué?—Preguntaron al unísono los tres. Era claro que ahora Megan era una chica tímida pero hermosa. Además de llevar la sangre de Miller. Lo que la hacía intocable a ella y a su hermana mayor.

—Lo dice porque vivo en Australia.

—No, lo digo porque follas todo lo que se mueve.

—Miller—Lo reprendió Eva.

A Megan se le hizo gracioso verlo tan nervioso. Era obvio que se atraían en el instante en que se pusieron de frente uno con el otro. Pero como era de esperarse Megan no se lo haría fácil y mucho menos Grave caería en los rizos de una chica que apenas y conocía en foto.

Hubo un silencio después de las risas. Un silencio incómodo como aquel que te avisa que algo terrible está a punto de ocurrir y no era la excepción.

Una explosión se apoderó del techo de la mansión, a lo lejos unos hombres comenzaron a disparar. El instinto de Miller fue proteger a Eva con su cuerpo. Sacó su arma y al igual que Grave protegieron a ambas.

—¡Flame! —Gritó Miller. Flame ya estaba preparado con las armas junto a varios de sus hombres de seguridad.

—¡No son muchos! Los tenemos rodeados caerán fácil pero tiene que cuidarse las espaldas.

—Eva, quédate quieta. Megan no te alejes de ella.

Ambas dijeron que sí con la cabeza. Se escondieron debajo de la mesa y en cuanto los hombres entraron Grave y Miller comenzaron a dispararles a quema ropa. Eva no quitaba la mirada de Miller en la forma en cómo con maestría acababa con cada uno de ellos al igual que Grave que parecía gozar de aquello excitado y furioso al mismo tiempo. Mataron a cinco en menos de lo que podían imaginar y se quedaron esperando a por más.

Flame y los otros hombres cuidaban a los alrededores pero parecía que ya habían acabado con ellos.

—Esto fue una maldita advertencia— Le dijo Grave a Miller.

—Jodidamente lo sé.



MILLER HABÍA INSISTIDO EN QUE EVA SE FUESE con él mientras la casa era reparada. Pero era una excusa. Pues no regresarían nunca. Eva había suplicado en quedarse pero no tenía otra opción. Era un sí o un sí. Y mientras se ponía cómoda en la otra propiedad que Miller tenía ahí, también tenía curiosidad sobre su otro trabajo el que había abandonado tras la muerte de su familia.

—Me gustaría saber lo qué haces.

—No hay nada que ver. Es todo aburrido. Papeles y más.

—No importa tú insististe en que viniera así que ahora te toca aguantarme.

Miller no se encontraba de buen humor tras el ataque que habían recibido en Cambridge y ahora también en su casa. No sabía cómo Berlín había dado con su casa ahí.

—Estás extraño. Apenas y has tocado tu comida.

La había llevado a uno de los mejores restaurantes de la ciudad según le había dicho. Pero no había dicho nada más después de salir de casa. Estaba distante, distraído y de muy mal humor.

—Quiero hacerte un regalo—Le dijo Eva cuando venía del tocador. Miller no se había inmutado que ella había desaparecido por un momento de la mesa.

Eva se acercó a él sin esperárselo y le entregó sus bragas de encaje que él había comprado para ella. Quería levantarle el ánimo y qué mejor que de esa manera.

Los ojos de él brillaron en deseo.

«Misión cumplida»

Se llevó las bragas a la bolsa de su pantalón y pidió la cuenta.

—¿Ya nos vamos tan rápido?

—Eso debiste pensar antes de darme tu preciado regalo. Ahora necesito comer otra cosa.



Como lo había prometido. Ahora Miller estaba entre las piernas de Eva. Disfrutando de su placer.

—Eres una traviesa, Eva. ¿Qué voy a hacer contigo?

Ella pensó en algo mejor. Y en vez de hacerle él a ella quiso hacer lo contrario. Se colocó sobre él y comenzó a besarle los labios, bajó por el cuello pasando su duro pecho y ombligo hasta llegar a su dura erección. Era grande y una gota perlada deslizaba sobre él. Sin miramientos se lo llevó a sus labios y lamió la gota, seguido de ello con maestría deslizó poco a poco hacia adentro de su garganta para disfrutar de lo que era suyo.

Miller gruñó en agradecimiento. Le practicaba sexo oral y era exquisita haciéndolo.

—Dios, Eva... tienes una boca perfecta.

Aceleró de arriba abajo aún con los ojos llorosos. No dejaba de verlo. De verle la cara y sus labios entreabiertos por el placer que le estaba dando.

Apretaba con sus labios y con una mano sin perder el ritmo hasta que su mandíbula se cansara. Miller no lo pudo soportar más y se corrió en sus labios.

—¡Eva!

Ella se tragó hasta la última gota. Después eso, ahora sí le tocaba hacer el trabajo a él mientras se recuperaba y le daba rienda suelta a sus ganas de jugar.



El día pasaba algo lento. Por eso Eva no se despegaba de Miller en todo momento. Y como se lo había prometido. La había llevado a Industrias Preston.

—¿Y qué se supone que haces aquí?

Le preguntó mientras ella se ponía cómoda en uno de sus sofás. Llevaba un traje de tres piezas negro. Pero la corbata era color lila, la había elegido Eva.

En cambio Miller le había comprado un vestido de diseñador como toda una mujer de negocios. Le pidió que se recogiera el cabello en un moño alto y se pintara los labios de color carne. Ahora lo que tenía frente a él era una de sus fantasías. Tener a su mujer frente a él provocándole mientras trabajaba y se ponía al día.

—Vendo material nuclear.

—Oh. —Expresó sin querer hacer más preguntas sobre ello. El nombre lo decía todo. Miller en el camino le había dicho que, había heredado la compañía de su esposa y la que era su familia.

—¿Nunca pensaste en vender o rechazarla?

—No. Es mi manera de estar agradecido con ellos. Además, la compañía ha crecido gracias a mí.

De todo lo demás no dijeron ni una sola palabra. Ya bastante tenía Eva con ser fuerte ante ese tema. Lo entendía y estaba orgullosa del hombre en que se había convertido.

—Lo comprendo ahora. Eres admirable, Miller deberías de saberlo.

—No. No lo soy, solo soy responsable.

Ella caminó hasta él y se sentó en su regazo. Le acarició la cara con mucha calma y le besó la mejilla. Le rompía el corazón que fuese tan duro con él mismo. Pero tampoco podía culparlo. Era normal que se comportara así después de haber sufrido tanto desde niño.

—Te amo, Miller. Y que tú me ames me hace sentir única y especial.

Cerró los ojos y sintió el amor que ella le daba taladrar su pecho.

Sabía lo que hacía. Y ahora no podía negárselo porque la amaba de la misma forma. Era algo que ya no podía rechazar porque lo hacía sentir vivo. La necesitaba para vivir. Y el sentimiento era mutuo.

Su secretaria entró luego de tocar la puerta. Era una rubia alta vestida de forma elegante. Le sonrió a Eva y después a Miller. Eva se levantó de su regazo y regresó al sofá donde estaba.

—Miller, Tengo los contratos que me pediste—Se refirió a él sin ningún protocolo de superioridad y eso puso alerta a Eva.

Le dio los papeles que llevaba con ella y Miller los tomó. La rubia permaneció viéndolo frente a él y después miró a Eva. Le dedicó otra sonrisa y Eva le correspondió igual pero haciendo una mueca después.

—¿Cómo te va en América?—Le preguntó la rubia cuyo nombre no sabía Eva aún —Te hemos echado de menos. Deberíamos de ir a tomar algo y ponernos al día.

Eva carraspeó su garganta. Ahora estaba incómoda. Celosa y lo siguiente. Se atrevía a invitar a salir a Miller en sus narices.

Miller dejó de ver los papeles que tenía en sus manos y miró a Eva. Ella miraba un punto fijo en el suelo pero esa expresión en su cara era de vivo enfado.

—Me va muy bien, Raxhel gracias.—Llamó la atención de Eva cuando habló — Y lo de salir creo que pasaré. Eva y yo tenemos planes.

—Eva—Dijo con acento, Raxhel la miró suponiendo que de ella hablaba—Supongo que es tu novia.

—Supones bien.

Raxhel se dirigió a Eva y le tendió la mano.

—Es un placer conocerte, famosa Eva. Yo soy Raxhel y para aclarar soy su secretaria, asistente y Miller la última vez me habló de ti. Me alegro que hayas venido.

Eva no sabía qué decir. Claramente la chica tenía algún tipo de enamoramiento con Miller o eso pensaba. Típico de asistentes. Pero se equivocaba.

—Mucho gusto—Dijo ahora con mucha pena.

—Si te da dolores de cabeza me lo cuentas. Soy la encargada de acusarlo con su hermana.

Eso les hizo reír a ambas.

—Lo tendré en cuenta.

—Perfecto.

Miller observó a las dos mujeres que tenía enfrente y se deleitaba con la sonrisa de Eva.

—Gracias Raxhel, es todo. Ya puedes retirarte por el amor de Dios.

Raxhel se fue moviendo su trasero. Uno que solo Eva miraba, mientras que Miller estaba todavía viéndola a ella. Pensando muchas cosas que podría hacerle ahí mismo.

—Apuesto a que esa cabecita tuya pensó demasiado cuando Raxhel entró ¿O me equivoco?

Eva puso los ojos en blanco.

—Pues no te equivocas. Aunque no iba a enfadarme contigo a menos que coquetearas con ella frente a mí.

—Ven aquí.

Le ordenó que regresara a sentarse donde hace un momento estaba. Donde pertenecía.

Y ella con muchas ganas obedeció.

Se quedó así un momento. Él abrazando su cintura y ella recostada en su pecho. Sentía su erección debajo de la tela pero lo ignoró con mucha gracia.

—Raxhel es simpática.

—Sí.

—Y muy atractiva.

—¿Lo es? No lo había notado.

Le dio un codazo que le hizo reír.

—No te pases, Miller. ¿Por qué me llamó la famosa Eva?

Miller se removió debajo de ella para que sintiera más su erección. Pero ella insistía en que respondiera.

—La última vez que vine estaba enfadado por nuestra pelea.

—¿Cuál de todas?

Ahora él le dio un azote en el culo.

—No te pases, Eva—La imitó.

De nuevo la hizo reír y se quedó quieta.

—Lo siento. Por favor continúa.

—Estaba enfadado así que ella quiso ayudar. Me trajo el almuerzo y conversamos un poco. Le hablé sobre ti. Raxhel es mi mejor amiga después de mi hermana. Ellas también son mejores amigas. Por eso te dije sobre acusarme con ella. Así que, queda descartado cualquier cosa que se te haya ocurrido en esa cabecita.

Eva asintió. Aunque no le había dado tiempo de pensar mucho en realidad. Cualquiera se hubiese sentido celosa si se dirigen a su pareja de ese modo y alguien tan atractivo como ella.

—De cualquier forma. Confío en ti, Miller. No me has dado motivos para ponerme celosa. Al menos no todavía.

Miller volvió a azotarle el culo. Pero más que dolerle la puso como motor.

Levantó la cabeza y buscó sus labios. Lo besó con muchas ganas y ahora las manos de Miller estaban en sus pechos. Apretándolos hasta sentir el pezón por encima de su blusa.

Eva pensó en algo mejor. Algo que no olvidaría nunca. Aunque no estaba seguro si otra mujer lo había hecho ya. Arrojó ese último pensamiento al fondo de su cabeza y continuó con su plan malvado.

Se colocó de rodillas frente a él y buscó la bragueta de su pantalón para liberar su erección. Una vez conseguido eso lo masajeó de arriba abajo viéndolo a él. Tenía la mirada fija en lo que hacía Eva. Con ojos lujuriosos y sumisos porque era él quien debía tener el control se lo cedió a ella de nuevo.

—Dime que soy la primera que hará esto aquí.

La sonrisa pícaro de Miller le dijo lo contrario. Ella lo retó con la mirada y clavó sus grandes ojos en él de forma inquisitiva.

—Estás en problemas, Miller.

Una gota de sudor se asomaba en su frente. Se aflojó la corbata como si eso podía servir.

—Eres la primera, Eva. Siempre serás la primera.

Sin más que decir se llevó el pene a la boca y comenzó. A saborearlo.

Miller maldijo y se agarró de su silla. Una mano fue a dar en el cabello de Eva guiándola pero no era necesario. Ella sabía lo que hacía y lo que quería.

Era perfecta.

Sintió mojarse y se llevó una mano debajo de su falda. Eso puso a Miller en mil y antes de que terminara en su boca de nuevo se levantó de su silla y la levantó a ella del suelo con maestría y la colocó en la mesa sin esperárselo.

—Te quiero follar. Dime qué puedo.

—Puedes.

—Dime que quieres.

—Te quiero. —Le subió toda la falda hasta la cintura. Pensó en hacerle las bragas a un lado pero hizo algo mejor. Las hizo pedazos y se las arrojó a ella. Eva se desabrochó la blusa y se levantó el sostén. Dejando expuestos sus pechos firmes frente a él.

—Eres jodidamente hermosa.

Le puso la mano en la boca y dibujó una sonrisa de placer en su rostro por lo que iba hacer. Se clavó en ella y Eva gritó. La penetró fuerte moviendo sus caderas de adelante hacia atrás. Estaba tan mojada que podía sentir su jugo llegar hasta los testículos. Estaba a punto de terminar pero quería jugar con ella un poco. De todas maneras ella había comenzado el juego primero.

—¿Me amas?

Cuando Miller le hizo la pregunta a ella se le hizo un nudo en el pecho. Él no solía preguntarlo. Quiso pensar que fue causa de estar excitado y follándola como le gustaba.

—Te amo demasiado, Miller Preston.

Miller gruñó en respuesta y continuó entrando y saliendo de ella. Eva no podía soportarlo más.

—Voy a correrme.

Le puso el pulgar en el clítoris y se burló de ella penetrándola esta vez más despacio.

Eva maldijo por lo bajo y él la escuchó.

—Joder, Miller.

Él la reprendió apretándole más el clítoris y ella calló en un maullido.

—Tienes una boca deliciosa, ángel. No deberías hablar así.

—Sí...

Le apretó de nuevo.

—¿Sí qué?

—Sí, señor.

Aceleró más sus movimientos esta vez.

—Dámelo todo, Eva.

Y se lo dio. Explorando y tirando todo a su alrededor. Se retorció como nunca y Miller terminó al segundo que lo hizo ella. Llenándola de su semilla. Y aferrándose a su vientre. La loca idea de un hijo juntos le removió el corazón. Precisamente en ese momento maldijo a su mente por ello. Quería disfrutar de ese momento tan caliente y lleno de placer. Pero su corazón se derritió cuando pronunció las palabras que juró no decirle a alguien nunca.

—Dame un bebé.



DESPUÉS DE LO QUE PASÓ EN SU OFICINA NO volvieron a decir nada. Cuando escuchó las palabras de Miller pidiéndole un bebé no supo qué decir. Y eso había roto el corazón de Miller.

Ella nunca se había imaginado o soñado con ser madre y solo la loca idea de pensarlo la ponía nerviosa. Sabía que lo había lastimado cuando no le respondió. Pero ahora no podía hacer nada.

Megan había llegado de visita a la casa de Miller en Australia. Y desde luego, Grave estaba ahí.

Ahora era Grave el nervioso mientras que a Megan le hacía gracia.

Después de ponerse al día con todo Megan decidió descansar por el viaje y Eva se fue de compras con Miller.

Tenía que tener una excusa para sacarlo de la casa. Que fueran una pareja normal que iba de compras. Además, nunca habían tenido una cita o un día tranquilo fuera de todo lo que estaba pasando.

—¿Qué quieres comprar?—Le preguntó sin verla a la cara.

Ella lo notó aún molesto así que decidió romper el hielo y recompensarlo.

—Siempre usas traje. ¿Y si compramos algo de ropa para ti y para mí

y salimos esta noche con Megan y Grave?

La idea era agradable. Pero compartirla no estaba en sus planes. La quería para él solo.

—De acuerdo.



Ahora Miller había dejado el traje de tres piezas y lucía increíblemente sexy en un polo blanco que hacía resaltar sus músculos. Sobresalían sus tatuajes y su culo estaba perfecto en unos vaqueros azules.

A Eva se le caía la baba con verlo.

Ella había optado por un vestido ceñido corto y de noche. Mucho escote en su espalda y brillos por todos lados.

—¿No crees que es demasiado corto? —Miller la observa de arriba abajo. Tenía unas curvas perfectas y una piel acaramelada hermosa.

—Estaré contigo. Lo usaré para ti que no se te olvide.

—Pero los hombres te verán.

Eva miró a su alrededor.

—¿Y tú te has dado de todas las mujeres que te están mirando en este momento desde que entramos aquí?

Miller miró a su alrededor y en efecto. Todas las mujeres de diferentes edades se le quedaban mirando con disimulo pero otras con descaró.

—De acuerdo, tú ganas. Pero si me meto en problemas será tu culpa. Habrá mucha sangre.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Cuando se le metía el diablo entre ceja y ceja nadie o sacaba de ahí.

—No digas tonterías.

—Quedas avisada, señorita.

La forma en cómo le habló todo ese rato dejaba claro que aún había algo en el aire que debían discutir. Fueron por un café después de las compras y apenas y dijo tres palabras. Se la pasó trabajando desde su celular. Al grado de que no se dio cuenta cuando Eva se levantó de su silla y entró a la tienda que estaba frente a ellos. Era una joyería.

—Quédate afuera. Así nos cuidarás a los dos.

Le dijo a Flame.

—De acuerdo, Señorita.

—¿Qué pasó con lo de llamarme por mi nombre?

Flame miró a Miller que seguía en su celular.

—A él no le gustó.

Eva suspiró enfadada.

—Increíble. Pero puedes llamarme Eva cuando solo estemos tú y yo.

Al entrar a la tienda lo primero que miró fue la sección de caballeros. Había unos gemelos hermosos y finos que podía Miller usar en uno de sus múltiples trajes caros.

—¿Buscaba algo en particular, señorita?

Eva no dejaba de ver un par de gemelos con piedra azul intenso. Le recordaba a los ojos de Miller.

—Quisiera comprar estos, por favor.

—Buena elección. ¿Lo quiere para regalo?

—Sí, por favor.

Salió de la tienda. Eran los mejores billetes pagados. Estaba encantada del regalo que le haría a Miller, aunque odiaba el hecho de que él estaba herido por ella. No todos los diamantes del mundo podían hacer que olvidara su rechazo. Pero lo intentaría y hablarían de ello después.

Cuando regresó a la mesa Miller estaba hablando por su móvil. Tenía el cejo fruncido y mal humorado.

Maldijo para sus adentros el día no podía acabar peor. Iba a darle su regalo ahí mismo y se disculparía pero ahora lo tendría que dejar para después.

—Eso no fue lo que acordamos... —Decía Miller—Ahora mismo no puedo... eso no te importa... No te pago para que seas incompetente... Hablaremos de eso después.

Cortó la llamada y la tensión se sentía en el aire. Eva tenía miedo de hablarle. Siempre que estaba enfadado no sabía con qué se iba a encontrar.



Eva, Miller, Megan y Grave entraban a uno de los club exclusivos de Australia, por suerte no era Miller el propietario de éste esta vez. Porque así lo quiso Eva, quería que fuese una noche normal y tranquila con cuatro amigos disfrutando de un momento fuera de la pesadilla que había sucedido hace un par de días a miles de kilómetros de ahí.

—Tu vestido es demasiado corto, Eva—Le susurró Miller al oído.

Era la quinta vez que se lo decía desde que salieron en el coche. Megan llevaba un vestido también, un poco sexy pero no tanto como el de Eva. Desde luego Megan estaba nerviosa por tener a Grave al lado de ella, pero Eva había convencido a Miller que, se comportara y no le jorobara más que a ella la noche y dejara a los adultos en paz.

—Es mi pequeña sobrina—Le había dicho.

—Y es una mujer que tiene todo el derecho de salir con quien quiera. No estoy diciendo que ellos vayan a salir, pero es cosa de Megan y Grave.

—Mataré a Grave si intenta tocar a mi pequeña.

—Exageras. Además no creo que sea su tipo.

—¿Tú crees? —Intentaba calmarlo.

—Pues no le gustan los mujeriegos. Pero eso no es asunto tuyo ni mío así que relájate por favor, Miller Preston.

—¿Y si vamos a bailar? —Propuso Megan.

Ninguno de los dos hombres tenían ganas de bailar por lo que parecía. Por lo que Eva tomó de la mano a Megan y sin ellos fueron a bailar a la pista de baile.

Se movieron al son de la canción de Dua Lipa y dejaron salir el ritmo en sus caderas.

One kiss is all it takes

Fallin' in love with me

Possibilities

I look like all you need

One kiss is all it takes

Fallin' in love with me

Possibilities

I look like all you need

One

One

Mientras tanto Miller la observaba a lo lejos. La forma en cómo movía las caderas al bailar le recordó la forma en que las movía cuando le hacía el amor.

En cambio Grave, no podía ver a Megan como quería. Desde que la miró esa noche había dejado de ser la pequeña de Miller y convertirse en la mujer que era y dejarla salir por esa noche.

Desde que la había conocido había soñado con ella. En ser el primer hombre que la hiciera mujer. Sabía que era virgen por la forma en cómo se comportaba y lo miraba. Grave tenía un don y sabía detectarlo o era un hijo de puta con suerte. De cualquier manera eso lo diría el tiempo y no tenía prisa, aunque si se seguía comportando de esa manera, iría tras ella sin esperárselo o pedirle permiso a su amigo.

Bailaron tres canciones más y luego regresaron a la mesa donde sus acompañantes se deleitaban de verlas. Grave regresó a su cara de pocos amigos en disimulo y Megan estaba más rebelde que nunca. Lo poco que había tomado le había dado el valor necesario para sacarlo a bailar.

—¿No quieres bailar? —Eva tomó a Miller de la mano para que no dijera nada.

Grave miró a Miller si se lo impedía, pero al verlo que no protestó se levantó y se llevó a Megan con él a bailar.

Al quedar solos, Eva tenía algo que decirle a Miller, aunque éste estaba tomando ya demasiado en el poco tiempo que llevaban ahí.

—¿Estás bien? —Le preguntó Eva, tocó su rostro y eso lo hizo reaccionar.

—¿Te preocupas ahora por mí? —Dijo en tono seco—Estabas divirtiéndote hace un momento sin mí.

—Eso no es justo, si quieres vamos a bailar.

Le miró las piernas desnudas y firmes. Eso lo excitó y llenó de rabia a

la vez.

—Ese vestido es demasiado corto. No me hiciste caso y ahora estoy enfadado contigo.

—No, no estás enfadado conmigo por eso y lo sabes bien.

Miller ignoró lo que dijo y se sirvió otro trago. Para terminar de joder la situación una mujer con poca clase y sin dejar nada a la imaginación con el diminuto vestido que andaba se acercó a Miller.

—¿Bailas guapo?

Miller la miró de pies a cabeza, como si aprobara lo que miraba. Y era como si se estuviese comportando como el viejo Miller que era después de haber quedado viudo. Unas copas y a follar.

—¿Tú qué crees? —Le dijo él de forma lasciva. —Creo que hago mucho más que eso.

Estaba provocando a Eva y ella no era tan infantil como él para caer en su juego. Se puso de pie y enfrentó a la mujer.

—Vete de aquí, zorra.

La mujer se le quedó mirando, ahora con mucha pena y miedo de que le arrancara los pelos falsos ahí mismo.

—Lo siento... pensé que...

—Pensaste mal. ¿Crees que un hombre como él está solo? Pues no, yo soy su novia. Así que saca tus tetas falsas de aquí sino quieres que lo haga yo.

La mujer se fue casi corriendo de ahí. Y ahora era Miller quien se echaba a reír a carcajadas. Eso enfureció a Eva y lo dejó ahí solo.

Se fue al tocador de damas y se refrescó un poco el cuello. Estaba tan enfadada con él que lo mejor era irse de ahí por un momento.

Escuchó que la puerta se abrió y se cerró de una patada. En cuanto miró por el espejo tragó saliva y su entrepierna comenzó a doler.

—Me gusta cuando te pones celosa. Haces que quiera follarte hasta que te quede claro que tú eres mía y yo soy tuyo.

Miller comenzaba a desabrocharse el pantalón y hacer a un lado su ropa interior cuando miró a Eva subirse al frío mármol de los lavabos.

—Que sea rápido—Le ordenó ella—Necesito que bailes conmigo.



La canción perfecta en el fondo.

La mirada de Miller en todo su cuerpo y ella comenzando a mover sus caderas cerca de él al ritmo de Ciara.

Gotas de sudor caen por mi cuerpo,
estamos los dos en esta fiesta,
así que te acercas y me enseñas cómo te mueves.
Yo también tengo algunas cosas que enseñarte,
si quieres verlas... oh.
Dices que necesitas un trago de Henny.
entonces, estarás preparado.
Haz lo que necesites hacer
porque yo estaré esperando por ti,
La cosa está a punto de ponerse caliente e intensa.

Es realmente tarde,
tú te acercas
y las luces se apagan,
tu cuerpo está sincronizado con el latido de mi corazón,
y puedo sentir cómo se alza tu naturaleza,
mientras yo te envuelvo.

Vamos a bailar como si estuviéramos haciendo el amor...

Haciendo el amor.

La tomó de las caderas y la pegó a su cuerpo. Haciendo todo lo que la canción decía. Faltaba solamente que se desnudaran ahí mismo. La forma en que Miller movía sus caderas era tan caliente que de nuevo estaba mojada. Tragaba en seco, le lamía el sudor y todavía quería más de ella. Sabía que se podía mover dentro y fuera de la cama y le daba gusto.

—Me apasiona tu forma de bailar—Le susurró en el oído—Pero más me encanta que sea conmigo, mi ángel.

—Coincido. Eres todo un sexy bailarín, señor Preston.

En cuanto Miller se dio la vuelta observó que no eran los únicos que la estaban pasando bien. Y lo peor de todo era que no eran unos desconocidos.

La boca de Megan estaba pegada a la de Grave y eso bastó para que Miller enloqueciera. Sintió rabia y conociendo a Grave sabía que buscaba de una presa fácil. Se olvidó que estaba bajo el efecto del alcohol y corrió hasta ellos.

—¡Miller! —Eva se puso frente a él para calmarlo antes de que ellos se dieran cuenta de lo que trataba de hacer. Pero era tarde. Miller estaba de espaldas a ellos enfrentando a una Eva enfadada.

—Déjame Eva, no te metas.

—No hagas una escena aquí, has bebido demasiado, lo hablaremos en casa.

Miller se pasó la mano por el cabello. Exasperado de lo que estaba ocurriendo. No podía diferenciar de lo que estaba bien y mal. Tenía los nervios de punta, además de un corazón un poco roto. Pensaba que con el sexo que habían tenido en el tocador de mujeres se le pasaría, pero no era suficiente. Necesitaba sacarse el rechazo de encima como sea.

—No voy a permitir que Megan salga lastimada. Es un error.

—Eso lo sabrán ellos. —Lo tomó de la mano y lo quiso llevar lejos de ahí, pero la rechazó y gritó:

—¡Mierda! Para ti es fácil decir eso. No he sido el único hombre en tu vida. ¿Verdad?

Esta vez sus palabras habían llegado demasiado lejos. Eva no miró hacia el suelo esta vez. Miller se dio cuenta que había cometido un error, pero sus palabras ya habían sido lanzadas contra ella.

—Miller—La voz de Grave—Es mi culpa...

No lo escuchó. No dejaba de ver el rostro lleno de dolor de Eva. Era lo peor que le podía decir.

—Tienes razón Miller, no has sido el único. Pero al menos tu sobrina no está siendo forzada.

Se fue de ahí con el corazón en la mano. Pasando por la multitud que

seguía en lo suyo.

—Lleva a Megan a casa—Le dijo a Grave—Hablaré contigo después.

Miller se fue tras ella. Esperaba que saliera corriendo lejos de él, huyendo pero no. Flame abrió la puerta del coche para ella y fue la primera en entrar. Después Miller. Se hizo el silencio una vez las puertas se cerraron. Pero no era infinito pues Miller tenía mucho que decir.

Tomó su mano y Eva no lo rechazó, aunque se lo merecía, no lo hizo.

—Perdóname, por favor—Se llevó su mano a la boca y la besó—Fui un idiota, no debí decir eso.

Ella no dijo nada.

Al llegar a casa Eva fue la primera en salir sin ayuda de nadie. Llegó hasta la habitación que compartía con Miller y se encerró en el cuarto de baño. Se despojó del maldito vestido corto famoso de la noche y se metió en la ducha. Al estar ahí y sentir el agua fría caer sobre su cuerpo sintió que revivía una vieja película a todo color.

—*¿Te gusta así, puta?*

—*¡Mueve el culo ahora!*

—*¡No me toques!*

—*¡Golpéala más!*

—*Abre esa linda boca y chúpamela ahora.*

Todo lo que la atormentaba la estaba acechando ahora. Pensaba que estaba a salvo de Berlín con Miller. Pero se había olvidado de los recuerdos. Esos matan a cualquiera que pueda encender un solo recuerdo.

El agua de la bañera se esparcía por todo el suelo. Los gritos de Miller no llegaban a los oídos de Eva quien estaba en trance a punto de volver a cortar sus venas con una navaja de afeitar.

—*Es así como quiero que me recuerdes, mi putita*—Berlín empujaba dentro de ella, haciéndola sangrar. Por más doloroso que fuese, Eva no sentía nada. Solo quería morir ahí mismo.

Sus manos estaban manchadas de sangre. Pero solo estaba en su mente. Le había disparado a aquel hombre y había huido. Hasta que llegó donde estaba Miller.

—*Eres Hades*—Susurró Eva.

Miller limpiaba su mano. Inspeccionando que no estuviese lastimada. Eva no soltaba la navaja de la otra mano y cualquier paso en falso lo dejaba esta vez en su garganta.

—Mi ángel... por favor, baja la navaja—Le pidió y ella parpadeó, dejando caer la navaja en el agua.

—*¡Nooooooooo!* —Gritaba Eva recordando las manos sucias que tocaban su cuerpo—*¡No me toquen!*

Las violaciones en grupo eran las peores.

—*Por favor, no.*

—*¡Eva reacciona!* —La voz del hombre que amaba no llegaba del todo a sus sentidos. Había soltado el arma blanca pero aún no estaba con él.

—*Sálvame, Miller.*

—*¡Eva!* —Le gritó de nuevo. Golpeándole la mejilla lo suficiente para que lo mirara.

Sus ojos se quedaron con los de él. Hasta que un abrazo lleno de amor y auxilio los envolvió a los dos dentro de la bañera.

—Eva. Regresa conmigo.

Ella se aferraba más a él. Nunca antes había tenido un ataque de pánico hasta ahora. Pero no la culpaba a ella, se culpaba a sí mismo por haber sido el causante según él.

—Te amo, Miller. Por favor, duda de todo. Menos de eso.

—Mírame—Le tomó el rostro para que lo viera—Nunca he dudado de tu amor, Eva ¿Qué dices?

Le temblaba el mentón y quería llorar.

—Esos hombres...

No pudo continuar porque él la besó. Ese beso significaba algo más que un perdón. Quería recordarle de otra forma donde pertenecía. Pertenecía ahí, sana y salva con alguien que la amara. Nadie la amaba más que él.



—Lo siento, no sé qué me pasó.

Estaban acostados en el suelo del baño. Miller aún estaba empapado de agua junto a ella, pero no le importaba. Eva había entrado en sí y se había calmado.

Eva se levantó del suelo y fue hasta su bolso. Todavía llevaba el regalo que había comprado para él. Estaba esperando el momento perfecto para dárselo. Pero dejó de esperar por uno. Debía actuar cuando su corazón se lo dijese y escucharlo a él primero.

—Compré esto para ti—Se arrodilló desnuda frente a él que ahora se encontraba sentado siempre en el piso.

—¿Cuándo lo compraste? —Le preguntó. Ella no respondió y recordó el día, después de las compras donde por un segundo creyó que se había ido. Pero en realidad se fue. Lo que no sabía era que se había ido a comprarle algo no tan lejos.

—Ábrelo. Espero que te guste.

Miller observó la pequeña caja negra brillante que tenía en su mano. La abrió y no ocultó sorpresa alguna.

El par de gemelos llevaban una piedra especial. A Eva le recordaba el color de sus ojos. Pero a él le recordó los colores. Ella era como una paleta de colores que le daban vida y sentido a su vida.

—Los amo, Eva. Gracias.

—Me alegro que te guste—Lo abrazó. Aún había algo más que debían hablar y aún no sabía cómo empezar.

—Eva, ¿Qué está mal?

Se apartó de él por un segundo. Quería volver a enterrar su cara en su pecho y oler su aroma.

—Quiero disculparme por no haberte dicho nada sobre lo que... ya sabes.

—¿Sobre qué? Habla bien.

Hizo morritos. Cuando tenía que ser un grano en el culo lo era.

—Sobre bebés.

—Ah, eso.

Su expresión cambio de nuevo. Tomando la que ya antes andaba. Si había

tiempo de culparse pues ella también tenía la culpa. Había causado la decepción en él y lo había arrojado a que tomara demasiado esa noche.

—Lo siento por no decirte nada en ese momento. Es solo que pensé que no los querías.

Le acarició el rostro. Y ahora Eva sí quería echarse a llorar. Él había perdido un hijo. ¿Quién era ella para decirle que no debía tenerlos ahora? Con solo el hecho de pensarlo se le desgarró el corazón.

—Nunca he aceptado lo que la vida me ha dado. Pero de ti lo quiero y lo acepto todo. Quizás me dejé llevar por el momento pero...

—Quiero darte todos los hijos que quieras, Miller Preston—Le dijo con lágrimas en los ojos—También quiero todo de ti. Te amo y sé que quizás es pronto pero quiero ser la madre de tus hijos. No solo por lo que te pasó, quiero dejarte en claro que nunca he sentido lástima por ti de ese modo y no haré nada actuando de esa forma. Pero te amo y ambos nos merecemos.

Le costaba respirar a Miller.

—Eva, no llores.

—Lo lamentó. Es inevitable. Eres la persona más maravillosa que he conocido. Y me duele el corazón por lo que te pasó. Lo siento, no puedo evitarlo. Que me pidas qué quieres un bebé conmigo es algo que no me esperaba y me hace feliz.

Miller también quería llorar. Pero no era el momento. Amaba ese momento de confesión entre ambos. Por un segundo se había sentido rechazado. Pero no recordaba que para ella era abrumador viniendo de él algo como eso.

La levantó del suelo y la llevó en sus brazos hasta la cama. Se despojó de toda su ropa húmeda y la miró con deseo.

—¿Qué haces?—Le pregunto, Eva. Observándolo llegar a ella y colocarse sobre su cuerpo. Se excitó enseguida con sentir el roce de su pene en su vientre.

—Vamos a hacer bebés.

Se abrió más para él. La punta de su pene se deslizaba con su humedad hacia dentro. No sabía que ya estaba preparada para él pero de todas formas siempre lo estaba.

La penetró poco a poco como si fuese su primera vez. Le besó la boca con mucho amor y le tocaba los pechos con delicadeza. Cuando por fin estuvo

dentro de raíz Eva comenzó a moverse debajo de él. La sujetó de los brazos y se los llevó arriba de su cabeza. Los movimientos se aceleraban cada vez más y sus gemidos les hacían compañía. En ningún momento dejaban de besarse.

—Oh, Miller.

El sexo vainilla era especial entre los dos y si de esa forma pensaban hacer el bebé era perfecto. Pero eso lo sabrían con el tiempo.

Eva comenzaba a apretarse por dentro. Causando que Miller quisiera terminar antes. Pero quería disfrutarlo. Quería venerarla de todas las formas y posiciones posibles y lo hizo. Hasta que al final la llenó con su semilla. Dándose ambos todo para sí.



LAS COSAS SE HABÍAN CALMADO EN CAMBRIDGE, de momento. Por lo que Miller y Eva regresaron para la graduación de Artes en el Salis.

—¿Crees que sea buena idea? —Dudó Eva en preguntar—Ni siquiera tengo un vestido.

Miller la trajo hacia él para calmarla.

—Yo me ocuparé de ello—Le besó los labios—Ahora, quiero que sepas algo y por favor, no te enfades.

Eva reaccionó poniéndose más nerviosa todavía.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Nos iremos de nuevo?

—No, Eva, nada de eso, por favor tranquilízate.

—Bueno, si tengo que enfadarme es porque no es nada grave ¿O sí?

Miller no dijo nada. Más la tomó de las manos para bajar juntos a comer. Se habían trasladado hacia otra mansión, muy retirada a la que tenían antes. Esperando que, así Berlín no la encontrara y mucho menos a él con los pantalones abajo esta vez.

—Ese vestido se te ve increíble—La admiró de arriba abajo.

—Es gracias a mi novio. Tiene buenos gustos—Se burló.

Las sonrisas terminaron cuando Eva apretó la mano de Miller cuando miró quien estaba de pie al final de las escaleras.

—¿Qué está haciendo él aquí? —Miller la detuvo cuando quiso subir de nuevo.

—Eva, sé que no tiene sentido todavía. Sabes que no me agrada del todo, pero debes hablar con él.

Eva no podía creer que la estuviera traicionando de esa forma.

—¿Acaso no escuchaste lo que me dijo la última vez?

—Lo sé, Eva y sigo sin perdonárselo. Pero es tu padre. Berlín está detrás de él también. —Intentó razonar con ella—Es tu padre, intenta darle una última oportunidad y si no funciona te prometo que no dejaré que se te acerque de nuevo.

Tenía miedo de las palabras de su padre. Siempre tenía algo doloroso que decirle en cada encuentro que tenían. Pero le iba a dar el beneficio de la duda una última vez.

—Eva—La cara que tenía Fallon era de arrepentimiento. Aunque, a juzgar por su pasado. Siempre la tenía.

—Que sepas que no eres bienvenido, al menos para mí no.

—Lo sé. Y no me importa luchar hasta que me perdones, la última vez dije cosas que no debí decir. Te lo contaré todo, Eva.

—¿Todo?

—Sí, todo. Cuando estés preparada.

—Lo estoy ahora—Refutó.

—No, hija. No lo estás. Primero tenemos que ponerte a salvo. Ya Miller me ha dicho su plan.

Eva le echó un vistazo a Miller. Estaba calmado pero claramente se le notaba que hacía un gran esfuerzo porque Fallon estuviese en su casa cerca de Eva.

—¿Qué plan?

—Uno que es mejor que que no lo sepas—Le acarició la mejilla—Concéntrate en tu graduación. Yo estaré en primera fila, mi ángel.



El vestido negro Chanel que llevaba había sido un regalo de Miller para ella. También había comprado uno para Megan. Y habían pasado toda la tarde con los mejores estilistas que Miller había contratado para que las prepararan.

Eva y Megan llegaron en una limosina a la ceremonia. Donde ya Miller estaba con un traje oscuro de tres piezas. Lo primero que Eva notó fue que usaba los gemelos que le había regalado. Combinaban perfecto con su corbata. Se había afeitado y se miraba más guapo que nunca.

La ceremonia fue breve, expusieron las mejores obras de todo el año y muchas de ellas eran de Eva. Miller se sintió orgulloso y recordó que él tenía toda una artista para él solo.

Al terminar la noche, Megan se despidió de Eva y Miller la atrapó por detrás.

—Ya puede saber el mundo que eres mía—Le dijo al oído—Aunque para eso tendrías que ser la señora Preston.

Se le aceleró el corazón pensando en que iba a proponérselo ahí mismo delante de toda la gente.

—Tranquila—Le dijo como si leyera sus pensamientos—Tengo algo especial para cuando ese día llegue.

—Menos mal—Se burló—Porque en este momento te diría que no. Sigo enfadada contigo por haber traído a mi padre también al fin de curso.

—Eva.

—No Miller, no vamos a discutir. Mejor llévame a casa. Necesito estar en la cama ahora mismo... contigo.



La espalda de Miller resbaladiza.

La boca de ambos trabajando como una perfecta melodía a sus lenguas. Gemidos mezclados llenos de placer y deseo porque nada de eso acabase. Bombeándola con presión, penetrándola como le gustaba. Esta vez contra la

pared. Su ropa yacía en el suelo.

Empujando contra la pared mientras sus piernas se acoplaban en su cadera en la medida perfecta. Mientras Eva besaba sus labios, Miller solamente pensaba en una cosa.

En hacer bebés y darle placer a la mujer que amaba.

Su pene deslizándose de adentro hacia afuera con una dureza y suavidad al mismo tiempo. Allegándola más a la liberación.

—Oh, Miller—La hizo gemir con desesperación.

Era un hombre grande en todos los aspectos pero nunca había sido un problema. Siempre se acoplaba a él, a su mirada, a su tacto, a su miembro dentro de ella. Encajando a la perfección.

Lo tierno y cuidadoso que era ahora era todo lo que Eva necesitaba en ese momento.

Miller mordió su labio suavemente y se alejó, arrastrando el labio con él en sus dientes.

—Te amo—Dijo, tomando sus manos y llevándolas arriba de su cabeza.

Eva gimió del placer. Se sintió tan bien y tan profundo en esa posición que pronto acabaría con ella.

—¿Sientes eso, Eva? —Le preguntó con dureza.

Eva sin poder hablar por el placer que le daba, asintió con la cabeza.

—Este soy yo, amándote—Penetró una vez más—recordándote—Y otra—Protegiéndote—Y otra vez—Haciéndote mía, mi ángel.

Acelerando más sus penetraciones, Eva echó su cabeza hacia atrás gritando del placer.

—¡Miller!

Hundió las uñas en su espalda y él rugió en su cuello, empujando y golpeando dentro de ella.

—¡Dioss!

La tomó fuerte y ella cayó en su cuello, la llevó hasta la ducha y se quedó con ella en sus brazos mientras el agua se resbalaba en todo su cuerpo. El sollozo de Eva se lo dijo todo.

El miedo de que todo podía terminar.

—Te amo, Eva Kerr. Por favor, nunca olvides eso.

—Nunca—Respondió ella viéndolo al rostro y buscando sus labios para cerrar el momento en un tierno beso.



—¿Y ES TUYO? —DIJO MEGAN CUANDO SE subió al nuevo coche de Eva.

—Tu tío insiste en que use uno, aún no me acostumbro pero ya está. Nos iremos de compras.

Esa mañana Megan le había dicho que necesitaba cambiar todo su guardarropa. Por lo que Eva aprovechó para salir de la casa y de las miradas de su padre. No estaba lista para hablar con él todavía.

—¿Qué tienes pensado?

—No lo sé. Estaba pensando en algo más femenino.

—¿Femenino? —La intención era otra—¿Y Grave está de acuerdo?

Los ojos de Megan se salieron de sus orbitas.

—¿Lo sabe mi tío?

—Me imagino que sí, pero esa conversación la tendrá con Grave, no

contigo. Sea lo que sea que estén comenzando, por favor dile que lo mataré si te lastima.

Ella sonrió tímidamente.

—Se lo diré.



Mientras terminaban de meter las bolsas de compras en el maletero del coche, una camioneta todoterreno derrapó al lado de ellas. La falta de seguridad que Eva llevaba ese día junto a su amiga había sido una mala decisión que le iba a costar muy caro.

—¡Eva!

Unos hombres se bajaron del coche y la tomaron sin que Megan pudiera hacer algo.

—¡No! —Gritó Megan, uno de ellos le apuntó con el arma y sin importarle luchó contra ellos. Hasta que la cacha del arma la golpeó fuertemente en la cabeza.

Dejándola inconsciente.

Metieron a Eva dentro del auto con una capucha en su cabeza.

—¡Suéltense!

Viendo que no podían controlarla le quitaron la capucha del rostro e intentaron golpearla en el rostro para que se quedara quieta.

—¡Quieta! —Le amenazó uno de los hombres que llevaban una capucha negra sobre la cabeza.

Habían tres y otro conducía. Mientras que el otro recibía órdenes por el celular.

—Ya veo porqué le gusta al jefe, es una fiera la maldita perra.

Se reían de ella. Mientras el coche iba en marcha saltándose todos los semáforos en rojo. A Eva no le importó que tuvieran un arma, sabía que quien la había mandado a raptar era Berlín y la quería viva.

Así que decidió pelear esta vez por su vida, porque si se dejaba atrapar, sería su fin. Aquellas pesadillas se harían realidad y jamás volvería a ver a Miller o a Megan.

Pensar en lo primero fue lo único que necesitó para lanzarse contra uno de ellos que tenía el arma. Lo golpeó fuerte en la cabeza, le aruñó el rostro hasta sangrar y el arma cayó al suelo.

—¡Mierda!

Como pudo la tomó y disparó a lo que se le atravesara en el camino. Pero no contaba con que el arma dispararía primero al conductor. La camioneta perdió el control y se estrellaron en la calle próxima, volcando así el todoterreno.

Eva sintió que su cuerpo se disparaba por toda la camioneta. No se escuchaban gritos de los hombres que iban con ella. Cuando la camioneta terminó de rodar, se inspeccionó que pudiera caminar o salir fuera.

Si tenía suerte, llegaría donde Megan, no habían subido muchas calles y por suerte lograría salir de esa.

Los demás autos y personas se dispersaron cuando escucharon más disparos que provenían de otras dos camionetas derrapar cerca. Eva estaba atascada con el cuerpo de uno de ellos encima. No sabía si estaba vivo o el impacto le había causado la muerte.

—¡EVAA! —Escuchó el grito de un hombre llamándola.

—¿Miller?! —La espera de que fuese él la llenó de esperanza. —
¡Estoy aquí!

La puerta se abrió hecha pedazos y solamente miró una mano que conocía a la perfección y la forma en cómo la tocaba.

Era Miller.

Con mucho cuidado Eva logró deslizarse fuera del cuerpo del hombre y tomó la mano de Miller, aferrándose a ella hasta que pudo salir de ahí a rastras. Miller la tomó en brazos y corrió hasta la camioneta sin decir una sola palabra, la metió dentro.

—Vete con ella—Le ordenó a Flame.

Sin tiempo que perder, Flame arrancó el coche y aceleró lejos de ahí.

—¡Miller! —Le gritó a través de la ventana pero solamente miró cuando Miller sacaba su arma y disparaba dentro de la camioneta volcada. Lo demás oscureció ante sus ojos.

La otra camioneta se quedó cuidando de él. No tenía cabeza para

cerciorarse de que estuviese bien y no herida. Lo único que quería era acabar con la vida de los culpables de su secuestro fallido.

Disparaba dentro del vehículo pero el conductor seguía vivo. Rodeó la camioneta siendo custodiado por sus hombres que cuidaban la zona.

—¿Berlín está aquí? —Le agarró la cabeza para que respondiera. El hombre escupía sangre. Pero pudo asentir con la cabeza.

Miller le sonrió con mucho fuego y muerte en sus ojos.

—De nada—Le dio el disparo de gracia en la frente para que dejara de sufrir y ahogarse en su propia sangre.

Guardó su arma detrás de su cintura y regresó a la camioneta.

—A la oficina.

—Sí señor.



Eva estaba en la cama. Se había dado una ducha y un médico la había revisado. Le dio un calmante y se quedó profundamente dormida.

Al despertar sintió la cama fría. Se encontraba sola todavía.

Salió de la cama y se colocó una bata de noche para salir a tomar un poco de aire, o mejor, buscar a Miller.

No tenía el valor de llamarlo al móvil. Sería más fácil si se lo encontraba en su despacho o su jardín.

Pero bastaba con salir a la puerta para encontrarlo sentado ahí, como si cuidara la puerta o a ella.

—Miller—Dijo ella con sorpresa —¿Cuánto llevas ahí?

Él no respondió. Recordó lo que había pasado hace algunas horas. La forma en cómo él se hizo cargo de todo no le sorprendió pero sí en su reacción con ella. La había arrojado a una camioneta y la había abandonado toda la noche.

Le dolió en el alma verlo de esa manera, pero también lo podía entender. No podían tener una vida normal mientras Berlín estuviese vivo.

Es por eso que la había dejado sola. Se sentía culpable y ella se resintió que pensara que era tan débil para no cuidar de sí misma.

Miller se puso de pie. Tenía la mirada perdida que ni siquiera la había mirado a la cara. Eva entendió todo.

Pasó frente a él pero la detuvo del brazo fuerte. Tan fuerte que se quejó del dolor.

—Miller, me estás lastimando.

Siguió sin verla o escucharla.

—Te dije que no te fueras sola—Masculló arrastrando las palabras.— Te dije que aún no era seguro andar por ahí. Y aun así hiciste lo que se te dio la puta gana.

—Miller.

—¡Te iban a llevar! —Le gritó haciéndola retroceder. — ¡Siempre terminas haciendo lo opuesto a lo que te ordeno! ¡¿Acaso eres estúpida?!

Eva levantó el brazo y la palma de su mano fue a dar directo a su mejilla. Le volteó la cara con el golpe y eso lo sorprendió.

—Yo lo lamento mucho... lamento mucho lo qué pasó pero no tienes derecho a tratarme de esa manera. ¿Acaso sabes quién volcó la camioneta?

Miller dijo que no con la cabeza.

—Fui yo. Yo provoqué el accidente. Yo luché por mi vida y al final tú llegaste a mi rescate como siempre lo sabes hacer. Pero no puedes culparte de todo lo qué pasa. Tú y yo sabemos cómo terminar esto. Tú y yo sabemos quién lo empezó.

Sin nada más que decir. Miller se acercó a ella como si su vida dependiera de ello y la abrazó.

—Lo lamento.

—Deja de lamentarte, Miller. Estoy cansada de que siempre te disculpes.

Como si su tacto lo quemara la soltó y se alejó de ella. Eva se quedó ahí de pie con la cabeza en blanco y por primera vez no quiso ir detrás de él.



HABÍA PASADO UNA SEMANA DESDE EL intento de secuestro de Eva. Una semana donde apenas y cruzaban una palabra y desde luego a la hora de dormir ni uno ni el otro daban su brazo a torcer. Una semana en la que la tensión en el aire se podía cortar con un cuchillo.

Pero eso iba a acabar pronto.

Miller había planeado una cena especial para ella. Desde luego si era especial no iba a hacer nada sencilla ni mucho menos.

Le había dejado sobre la cama el mejor vestido de diseñador antes de salir al mercado.

Sería la primera en usarlo esa noche. Era rojo ceñido y lleno de diminutos diamantes en la parte de arriba. Tenía un par de tacones negros que hacían juego con una cartera de mano con diamantes incrustados también. Pero con la inicial E de su nombre en ella.

En el pie de la cama había una nota en una perfecta caligrafía negra que Miller había dejado ahí.

Te espero esta noche en el vestíbulo.

A las 9:00

No faltes

Tuyo, xxx

M.

Le sacó una sonrisa que casi la hizo saltar de la emoción. Era lo que les hacía falta. Una salida de casa. La semana había sido demasiado controlada por él con tal de mantenerla a salvo.

Faltaban cinco minutos de la hora en la que debía estar en el vestíbulo de la mansión donde vivían.

Había terminado su maquillaje pronto y había arreglado su cabello en tiempo récord. Todo por ser puntual. Bajaba por las escaleras cuando miró a Miller esperando por ella al pie de las escaleras.

Llevaba como siempre, un traje de tres piezas y una corbata a juego con el color de su vestido.

Un gran suspiro salió de su boca al ver a Eva cuando llegaba hacia él. Quería ir corriendo hacia ella y darle un beso en la boca. O algo más.

La extrañaba, la echaba mucho de menos y odiaba haber discutido con ella.

—Eres perfecta, mi ángel.

Ella le dedicó una mirada insaciable. De esas que solo las mujeres enamoradas pueden dar.

—Y tú estás muy guapo.

Le tomó la mano y se la llevó a la boca para darle un beso.

Le ofreció su brazo y juntos caminaron hasta la entrada principal donde la camioneta esperaba por ellos.

En el camino disfrutaron de una copa de champán. Miller no dejaba de babear y Eva no esperaba sentirse como si esa era su primera cita con su príncipe azul.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

En el mundo de Miller Preston nada que llevara como sorpresa sería algo pequeño.

El auto se detuvo y al bajar los esperaba un jet privado.

—Desde luego es una sorpresa—le dijo con una gran sonrisa.

Su destino ahora. Sería el mejor de toda su vida. Y en la mente de ellos esperaban que no fuese la última.



El jet había aterrizado en la ciudad de París. Casi seis horas de vuelo fue suficiente para darse cuenta que no podían quitarse los ojos de encima. Sus conversaciones fueron de los más normales como si dos adultos disfrutaban de una noche de citas.

Un papel que a ambos les gustó jugar. Por no decir de las provocaciones que Eva le daba al pobre Miller. Una semana de abstinencia era casi una tortura.

Llegaron al restaurante que Miller había reservado para ambos. Había poca gente, pero de todas formas la terraza estaba despejada solo para ellos.

—Son casi las tres de la madrugada.

—Estamos en París, Eva. La ciudad que no duerme. Es demasiado hermosa. Pero no tanto como tú.

La cena fue servida. Y comieron dedicándose miradas de amor y deseo.

—Tengo ganas de ti—Miller la dejó sin aliento.

—Y yo de ti. Odio discutir.

—Me lo merezco.

Ella sonrió.

—Salud por eso. No pensé que lo aceptarías.

—Puedo aceptar cuando me equivoco, Eva. Y aunque no lo creas. Me lo has enseñado tú. Antes no me importaba cometer errores. Ahora pago un precio grande por ellos.

—¿Y cuál es ese?

—Verte llorar. Es algo que no soporto. Pero ahora le has agregado la ley del hielo.

—Bueno. Creo que ambos hemos sido castigados lo suficiente.

Brindaron al ritmo de la música. Y después se dispusieron a bailar bajo las estrellas. Miller tarareaba la canción en su oído y besaba su cuello.

Una semana sin sexo era como un motor a punto de estallar. Cualquier cosa que hiciese los ponía en mil a los dos.

—¿A qué hora tenemos que llegar a casa?

La pregunta de Eva lo hizo verla a la cara con extrañeza.

—¿Por qué ya quieres regresar?

—No—Eva le tocó el culo y lo apretó.—Es para que me hagas el amor. Quiero que me hagas todo lo que no me has hecho en una semana.

Y sin más abandonaron el lugar y le dieron rienda suelta a su picardía romántica parisina.



Regresaron a casa cerca del mediodía. Lo extraño fue que al llegar no había nadie. Ni siquiera el padre de Eva con quien pocas veces se cruzó con ella estando ahí.

—¿Dónde están todos?

La sensación del silencio no era nada bueno. Y tampoco una buena señal.

—Quédate conmigo, Eva.

La tomó de la mano y sacó su arma para inspeccionar el lugar.

—Flame, comunícate con los demás.

Flame los llamó por el auricular pero no hubo respuesta por parte de ellos.

En cuanto llegaron al salón principal la mandíbula de Eva cayó al suelo. Se aferró a la mano de Miller y él apuntó con el arma junto con Flame a su oponente.

—Déjalo ir— le ordenó.

—¿Han tenido un buen vuelo?

Berlín estaba ahí. Tenía la mirada llena de venganza y su arma apuntando en la cabeza del padre de Eva. Lo tenía como rehén, y Fallon parecía de lo más tranquilo.

—¿Quieres cambiar de lugar, putita?

Miller no la soltó por nada del mundo. Y Berlín rio a carcajadas.

—No lo hagas, Eva—Le imploró su padre—Yo estaré bien.

—Papá —Sollozó.

Lo que causó que Berlín continuara riéndose de ellos.

Berlín había llegado hasta ellos de nuevo y Miller se pregunta cómo.

—¿Cómo nos encontraste, maldito hijo de puta?

Cambió de posición el arma pero Fallon apenas y podía moverse. Le había dado una paliza primero. Y además lo tenía esposado listo para ser ejecutado ahí frente a todos.

—Verás, Miller. Tienes que elegir bien tu personal. Siempre has tenido un soplón dentro. Pero no te preocupes, los he matado a todos. Desde la cocinera hasta el jardinero. Aunque no te sientas mal, mi pequeña putita tampoco sabe tomar buenas decisiones ¿O no, putita?

Eva no sabía de qué estaba hablando. Pero de lo que sí estaba segura era que Berlín era incapaz de decir mentiras de ese tipo.

—Baja la puta arma sino quieres que le saque los sesos a este hijo de puta—Le amenazó.

Miller al ver a Eva implorar con sus lágrimas la vida de su padre. Lo hizo. Aunque no se lo mereciera. Tampoco merecía morir ahí frente a ella.

—Así me gusta. Ahora, ¿Por dónde empezamos?

—Voy a matarte con mis propias manos. Y no quedará nada de ti. Voy a borrar esa maldita sonrisa de tu rostro.

Berlín no se dejaba provocar. Tenía algo claro en su mente en ese momento y era decir toda la verdad. Toda la que Eva no sabía.

—Porque mejor no le dices la verdad a mi putita.

Eva le rogó con la mirada a Miller. Lo notó cabizbajo con lo que

Berlín le amenazaba. Se trataba de otra cosa. Algo personal y que tenía que ver con ella. Lo podía sentir por la forma en cómo de repente se tornó nervioso.

—¿De qué está hablando, Miller ?

—De nada. No lo escuches.

Un disparo al aire de Berlín la hizo brincar en impulso. Seguía tomada de la mano de él y podía sentir que estaba mintiendo.

—Bien. Será muy placentero decírselo yo mismo.

Miller le apuntó de nuevo con el arma. No lo iba a dejar hablar. Pero también corría con la mala suerte de que matara al padre de Eva.

—Miller...

—Si disparas se muere—Le recordó —Ya que no hablarás lo haré yo. Vamos a ver qué tan grande es el amor que se tienen.

—Cállate la puta boca, Berlín. —Está vez fue el padre de Eva quien habló.

Las fosas nasales de Berlín se agrandaron antes de recordarle quien tenía el control. Le propinó un golpe con el arma pero no lo dejó inconsciente más sí hizo que se callara.

—Es verdad, tú también le guardas secretos a tu hija. Comenzaremos por ahí, mi pequeña putita. ¿Recuerdas cuando me pediste que te ayudara a buscar a tu madre?

Eva no respondió pero recordó ese día. Le había pedido trabajo y que le ayudara a buscar a su madre. Pero esa historia ya se sabe cómo acabó.

—Tu padre conoció a tu madre en uno de mis burdeles—La verdad era dolorosa tanto que ya no quedaba una sola lágrima por derramar—Se casaron. Pero tu padre me la regresó cuando tú todavía eras una niña.

—Eso es mentira—Eva declinó —Papá, dime que está mintiendo.

Fallon se limitó a llorar ahí mismo como un niño.

—No estoy mintiendo, putita. Como tampoco te miento cuando te digo que tú querido Miller pagó también por ti.

—¿Qué?

Miller la observó con ojos de arrepentimiento.

—Miller, dime que no es cierto.

—Eva.

Le soltó la mano como si le quemara. Era tan doloroso todo aquello que su corazón dolía y cada parte de su cuerpo.

—Fue la noche en la que huiste, Eva—La voz de Miller era casi un susurro. Su voz ronca y fuerte la hacía sentir pequeña ante su confesión. —Yo no sabía que eras tú. Pero sabía que eras especial por eso quise cobrar venganza y robarte para matarte. Pero tú llegaste sola a mi infierno. Tú sabes lo que pasó ahí y después. Debes creerme que yo no sabía que eras tú hasta que Grave me lo dijo pero tú ya te habías marchado.

Marchado. Era a lo que se refería con su intento de suicidio.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No pude hacerlo. No me ibas a creer.

De nuevo la carcajada malévola de Berlín los interrumpió.

—Pobre putita. Es una lástima que los dos hombres de tu vida tengan ese tipo de secretos para ti.

—Deja ir a mi padre. Es a mí a quien quieres.

Eso puso en alerta a Miller. Ahora Eva sintiéndose traicionada y dolida podía cometer una estupidez y no iba a permitirlo.

—No esta vez, putita. Me llevaré a tu padre conmigo. Tenemos cuentas que saldar.

—¡No!—Eva gritó y Miller se lanzó hacia ella para protegerla de los disparos que provenían de afuera. Eran los hombres de Miller y de Berlín. Flame había mandado una alerta de apoyo mientras hablaban. Eva tumbada en el suelo junto con Miller esta vez no le importaba morir ahí mismo. Los dos hombres que amaba le habían mentido y su traición era tan grande como la vida misma.

—Eva, mírame.

Miller le tocaba la cara y revisaba todo su cuerpo para asegurarse de que estaba bien. Pero las heridas las llevaba dentro. Al igual que él.

Los disparos cesaron y otro silencio se apoderó de los dos.

El silencio de enfrentar la realidad.

Miller la tomó en brazos y la colocó en uno de los sofás. Sacó su teléfono móvil y habló.

—Se han llevado al padre de Eva. Quiero que formes un operativo de

rescate. A ese hijo de puta lo mato yo.

16



NO COMÍA.

No hablaba.

No salía de la cama.

Llevaba así una semana. Miller cada noche lloraba a su lado pidiéndole perdón. Pidiéndole que no perdiera la fe. Le juraba que rescataría a su padre.

—Por favor, dime algo, mi ángel.

Pero de nuevo. No dijo nada y cerró sus ojos para caer en un sueño profundo lleno de pesadillas.



En la madrugada abrió los ojos de un tirón cuando escuchó el murmullo de alguien. Se dio cuenta que se trataba de Miller. Estaba teniendo una pesadilla.

—*Por favor... márame.*

Eso le destrozó el alma. Nunca lo había visto de esa forma. La que siempre tenía pesadillas era ella.

—*Por favor, no.*

—Miller—Le tocó el rostro. Estaba empapado de sudor y temblaba. Estaba herida pero por nada del mundo deseaba aquello para él. Claramente estaba teniendo la peor pesadilla para rogar que lo matasen.

—*Márame a mí.*

El roce del pensamiento de que Miller estuviese dispuesto a dar su vida por ella la llenó de temor.

—Miller, despierta— se subió sobre él para golpear su pecho y hacer que despertara.

—*¡No!*

—*¡Miller!* —Le gritó y Miller abrió sus ojos.

Le tomó las muñecas y la hizo rodar hasta que su espalda tocó el colchón. Se quedaron mirando a los ojos como dos desconocidos.

—*Fóllame*—Le imploró Eva—*Por favor.*

Casi nunca le pedía que le hiciera el amor de esa manera. Pero se dio cuenta que lo que necesitaba no era amor ni compasión. Sino hacerla fuerte y recordarle de qué estaba hecha. Les gustaba el sexo rudo. El sexo duro y fuerte que solo ambos podían entender.

Miller le rompió la ropa interior y el pequeño camisón que llevaba. Se despojó de lo único que llevaba encima y eran sus calzoncillos y sacó su pene ya erecto para introducirlo en su sexo de un solo golpe.

—*¡Miller!*

La excitación se hizo inmensa. Comenzó a bombearla fuerte y estrujándole los pechos como le gustaba. Eva lo recibía con resentimiento y placer al mismo tiempo. Y en ningún momento se besaban o dejaban de verse a los ojos.

Pero él no lo soportó.

Rápidamente la tumbó boca abajo e hizo puño su cabello con una mano para entrar de nuevo de lleno en ella. Le halaba el cabello fuerte lo que provocaba que Eva se excitara más.

—Perdóname, Eva. —gruñó —Perdóname mi *Perséfone*.

Eva se echaba de adelante hacia atrás con maestría para llegar al máximo placer. En cuanto a Miller, verla de esa manera lo cegaba la lujuria de querer hacerle más daño y follársela más duro.

Así que sin soltarle el cabello, con la otra mano comenzó a azotarle el culo con mucha fuerza.

Eva gritaba del placer y del dolor al mismo tiempo. Miller gruñía con cada embestida que le daba hasta que sintió que no podían más.

—¡Más duro!—Le ordenó Eva.

Como un motor a punto de estallar y escuchar su orden. La azotó más fuerte y penetró con más rapidez hasta quedar sin aliento. Escuchó cuando se corría.

—¡Dios, Miller!

Le soltó el cabello y la abrazó por detrás cuando era su turno de terminar.

Ambos cayeron de ambos lados de la cama y miraron hacia el techo de la habitación.

—Dime que no te he lastimado—Le rogó.

Eva lo miró por primera vez en muchos días.

—Nunca lo permitirías.



Una noche llena de sexo rudo y vainilla fue la medicina para calmar sus heridas. Al menos un poco. Eva no dejaba de pensar en su padre. No merecía su perdón pero tampoco que muriera en manos de Berlín. Por eso estaba dispuesta a todo para que volviera a casa.

Su móvil sonó mientras estaba sola en la habitación.

En cuanto miró la palabra desconocido supo que era momento de negociar.

—¿Sí?

—Tú a cambio de tu padre. Si no lo mataré y después sigue Miller.

Eva iba a decir algo cuando él continuó hablando.

—Las instrucciones están en tu joyero.

Cortó la llamada sin decir más.

Berlín tenía todo planeado y cada instrucción era delicada y meticulosa. Sabía que no podía decirle a Miller nada.

Esa mañana desayunaron como una pareja enamorada.

Salieron a caminar por el jardín y hasta vieron una película en el teatro de cine de la mansión.

Necesitaba tenerlo seguro y calmado de que todo estaba bien entre los dos.

Al llegar la madrugada. Luego de hacer el amor por última vez, Eva salió de la cama.

Se cambió de ropa sin hacer ruido y salió por la puerta trasera de la cocina. Corrió hasta el jardín sin ser vista y dos hombres ya esperaban por ella en el otro lado del muro.

Le ayudaron a saltarlo y cuando entró a un coche que parecía abandonado, sintió el pinchazo en su cuello.



Eva era llevada en helicóptero militar hasta las afueras de Estados Unidos con destino a la casa de Berlín donde la estaba esperando.

La mansión era más bien una fortaleza donde no podrían rescatarlos nunca.

Para esas alturas ya Miller se había dado cuenta de que Eva no estaba.

—¡EVAAAAAAA!—gritaba Miller destruyendo todo a su paso.

—La hemos buscado por toda la mansión y no hay señal de que haya salido en algún coche. Le avisó Flame.

Miller se recompuso, recordando las palabras de Berlín y de ella.

—Va a cambiar de lugar con su padre.

—Mierda—Dijo Flame.

—Prepara todo para irnos.

Con Miller en camino y una Eva adolorida y desnuda el día corría lento.

Miró a Berlín que se ponía la ropa de nuevo. Eva comenzó a gritar del

dolor, pues había abusado de ella mientras estaba inconsciente.

—Sigues teniendo un buen coño.

La rabia que miraba en sus ojos lo excitó de nuevo. Pero decidió divertirse con algo más. Torturando a su padre delante de ella.

Esposada y ya vestida bajó de la habitación. La casa era inmensa y repleta de droga y dinero. Eva logró ver cómo sacaban a su padre y lo tiraban hacia el piso. Estaba con la cara desfigurada y débil.

—Déjalo ir—Le rogó —Ya me tienes. Ahora déjalo ir.

—No.

Eva abrió sus ojos como platos y comenzó a golpearlo como podía. Pero Berlín era más fuerte así que le regresó el golpe tumbándola en el suelo.

—¡Déjala, hijo de puta! ¡Es mi hija!

Berlín caminó hasta él. Olía a humo y sudor. Siempre había sido un hombre desagradable cuando se lo proponía. Todo de él a Eva le causaba asco. Y ahora más que nunca quería morir porque de nuevo había abusado de ella.

Eva no lo soportó más. Por más que quería mantenerse despierta. El dolor era insoportable y solamente pensaba en Miller, en que él no pudiera salvarla. Pero sabía que en el fondo él tarde o temprano llegaría por ella.

Nunca había dejado de creer en él. En la fe de esperar hasta que algo bueno les ocurriese y que pronto toda la pesadilla terminaría.



Una explosión la hizo despertar. Se escuchaban disparos y autos derrapar a lo lejos. Lo único que podía hacer era mantenerse a salvo y cubrir sus oídos con ambas manos.

Pero la idea de que pudiera ser Miller le ayudó a ponerse de pie y buscar ayuda. Si Berlín regresaba podía volver a huir con ella y no lo iba a permitir.

En el salón no había nadie más que su padre y ella. Pero no sabía si estaba con vida todavía.

Se arrastró al cuerpo de él y le habló.

—Papá, despierta. —Se le nubló la vista a causa de las lágrimas sin

derramar.

Su padre abrió los ojos con mucha dificultad.

—Eva...

—Papá hay que irnos—Le tomó la mano e intentó levantarlo. Pero él no lo hizo.

—No, Eva. Vete tú, yo distraeré a Berlín si regresa.

—No, papá ven conmigo tenemos que irnos.

Otro estruendo y ola de balas se escucharon.

—¿Qué está pasando?

—Creo que es Miller. Ha venido por nosotros. Por favor, papá. Levántate.

Le ayudó a ponerse de pie y ambos intentaron caminar hasta un lugar seguro. La puerta se abrió de golpe y muchos hombres enmascarados entraron. Comenzaron a disparar detrás de ellos. Venían por ellos.

Uno de ellos se quitó la máscara que llevaba y era Miller. Eva cayó. De rodillas estaba demasiado débil y su padre también pero aún se mantenía de pie.

—Eva—Miller cayó de rodillas junto con ella y la abrazó. Eva no lo hacía, pues se sentía sucia para él.

Al ver su rostro Miller supo de inmediato lo que había pasado. Quiso tocarla pero ella lo esquivó. Los ojos se le inyectaron de sangre al recordar esa mirada perdida de ella.

—Lo lamento—Sollozó Eva—Lo lamento tanto.

Miller tragó en seco. No la tocó pero pegó su frente en la de ella y la miró fijamente.

—Sigues siendo mía. Te sigo amando más que ayer....¿Tú?... —Le costaba formar las palabras por las lágrimas que derramaba—¿Tú me sigues amando?

Eva sonrió a medias y le agarró la cara para darle un beso en la boca.

—Siempre.

Se besaron de nuevo y esta vez fueron interrumpidos.

—Lamento mucho interrumpir tan apasionado momento —Berlín entró con un chaleco antibalas y un arma más grande esta vez.

—¡Voy a matarte, hijo de puta!

Miller se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo. El arma cayó al suelo junto con el arma de Miller. Lo golpeaba como si su vida dependiera de ello, Berlín comenzó a sangrar y reía a carcajadas.

Era un hijo de puta psicópata que disfrutaba del dolor.

Un disparo en el aire los hizo que se detuvieran.

—Papá...

Fallon tenía prisionera e inmóvil a Eva con un brazo y un arma apuntándole en la cabeza.

Miller tras aquello sintió que la vida se le iba en un segundo. Un paso en falso y la perdería.

—Quietos los dos—Amenazó.

Por fin hubo algo que sorprendió a Berlín y era ver a su viejo amigo dispuesto a matar a su propia hija con tal de conseguir la libertad.

—¿Vas a matarla?—Le preguntó —Es así como maté a tu esposa. Me la recuerdas en estos momentos y me siento nostálgico.

—Cállate la puta boca—Fallon recordó ese día como su peor tormento—Había sido Eva si no te la hubiera dado. Y ella estaba de acuerdo. Pero no contaba con que la matarías.

Berlín no mostró sentimiento alguno.

—Ese es el precio por llevarte a mis mujeres. Cometiste el error de enamorarte de ella. Tenía que ser ella o Eva. Pero después Eva vino solita a mí y él mismo ciclo se repite.

—Papá...

—Sí vas a matarla hazlo rápido y si no lo haces la mataré frente a los dos. Y después los mataré a ustedes.

La mano no le temblaba. Estaba dispuesto a dispararle en la cabeza ahí mismo. Pero algo dentro de Miller no coincidía.

—Tú —Fallon ordenó a Miller—Ven aquí.

Miller levantó las manos en rendición rogando por la vida de Eva.

—No lo hagas, Fallon. Es tu hija.

—¡Cállate la pura boca y ven aquí!

Poco a poco cuando Miller estuvo cerca de él fue cuando lo entendió todo.

—Mantenla a salvo—Susurró.

Todo sucedió rápido y lento a la vez. Fallon arrojó a Eva a los brazos de Miller y con ella en brazos corrió hasta la salida que estaba a pocos pasos de ahí. Berlín comenzó a disparar y cuando Miller y Eva estaban afuera, Miller buscó el interruptor en su traje. Pero no lo encontró.

Lo único que pudo hacer fue cubrirla con su cuerpo mientras un estruendo se apoderó de todos sus sentidos y vidrios salieron disparados por todo el lugar a causa de la explosión.

—¡PAPÁÁÁÁÁ!

Miller la apretó contra él mientras todos los escombros caían sobre ellos. Se aferró a su pecho y cerró sus ojos hasta que todo por fin terminó y solamente se escuchaban las llamas en el interior de la casa.

Más camionetas llegaron al lugar. Pudo lograr ver a Flame que se acercaba donde ellos. Eva estaba demasiado débil para hablarle. Pero lo único que podía hacer es sentir a Miller sobre ella. Tenía los ojos cerrados pero respiraba. Se lo decía su corazón que latía al mismo tiempo que el de ella en su pecho. Y con ello, cerró sus ojos. Por fin la pesadilla había terminado.

Epílogo



Miller

SIGO RECORDANDO ESE DÍA COMO SI FUESE AYER. Estoy cerca. Apenas han pasado un par de meses desde que Berlín murió y el padre de Eva también.

Pude recuperar los restos del cuerpo de la madre de Eva donde Berlín se había desecho del cuerpo y le dimos una digna sepultura.

Eva no me hizo ni una sola pregunta. Ni yo a ella. Decidimos no hablar más del tema, pues todo por fin había terminado.

Berlín había comprado una nueva casa. Pero no contaba que los compradores eran míos y que tampoco la fortaleza estaba llena de explosivos.

No podía hacerlo mientras no estuviera seguro de que él estaba ahí. Y con su padre dentro tampoco podía hacerlo. Fallon sabía del plan.

Él me ayudó a retenerlo el mayor tiempo posible. Pero no sabía que tenía planeado morir ahí mismo antes de que mi ángel intentara salvarlo.

Cuando estaba peleando con Berlín no solamente mi arma cayó al suelo. También el interruptor de los explosivos. Fue cuando Fallon lo tomó junto con el arma y planeó ser el malo de la película en ese momento.

Había salvado a su hija y salvándola a ella me estaba salvando a mí.

—¿En qué piensas?—Eva me trae a la realidad cuando pasa su mano sobre la mía.—¿Puedo verlo ya?

—No.

Continué pintando. Pero en realidad ya había terminado. La estaba esperando a ella.

Estábamos desnudos en el estudio de nuestra nueva casa en Sídney. Pintábamos casi todas las tardes. Pero este era un día especial.

Había planeado hacerlo cientos de veces. Pero tenía que ser jodidamente perfecto.

Aún recuerdo la primera vez que la vi pintando. Algo de ella había llamado mi atención pero no sabía qué. En ese entonces era demasiado frío para darme cuenta que era la mujer de mi vida a la que estaba viendo y la que siempre llegaba tarde a clases.

Con solo recordarlo me saca una sonrisa.

A veces las pesadillas se hacen presentes. Pero siempre estoy ahí a su lado para calmarla y ella hace exactamente lo mismo conmigo. Mis pesadillas no tienen que ver con Berlín. Siempre han sido con perderla.

En mis sueños veo a mi ex esposa jugar con mi hijo Silas. Me ven con Eva y sonrían de felicidad mientras yo lloro.

—No llores—Me habla Silas—Mamá y yo estamos felices de que tengas a alguien.

La veo a ella, recordando cada momento que vivimos juntos y me sonrío.

—Quédate con lo bueno y vive. Ella lo merece igual que tú.

Mi corazón se sintió menos pesado y el alma regresaba a mí. Podía ser feliz con Eva también. La había salvado y ahora nada ni nadie nos podrían separar.

La mierda romántica era todo lo que quería.

—Terminé—Dice Eva estirando su cuello y dejando el pincel a un lado. Me observa y me sonrío. Cuando me sonrío de esa forma no sé si quiere besarme o que hagamos bebés. Yo creo que ambas cosas.

Veo por última vez la pintura y sonrío para mis adentros. Me separo

del cuatro y camino hasta ella. Le doy un beso en la boca y tomó su mano para que juntos miremos lo que he pintado para ella.

Al estar frente a él los ojos se le llenan de lágrimas y por más que intento disimularlo estoy nervioso.

El anillo es perfecto. El diamante también. Si le gusta la pintura estoy seguro que le gustará el real.

—Miller...

La he dejado sin palabras. Es mi momento para alejarme un poco. Voy al cajón donde he guardado la caja negra que contienen anillo y regreso a ella.

Me colocó de rodillas frente a Eva. Se ve preciosa desnuda y con algunas manchas de pintura sobre sus pechos. Logró concentrarme antes de que mi erección me traicione y termine haciéndole el amor antes de que me dé la respuesta que quiero.

—¿Te casarías conmigo, mi ángel?



Eva dice que sí con la cabeza. No puede dejar de llorar y ya estoy preocupándome.

—¿Eva? Quiero escucharlo.

—Sí... sí, ¡Sí! Sí quiero casarme contigo.

Le coloco el anillo. Es exactamente como lo dibujé y en su mano ahora parece una joya de verdad.

Nos abrazamos y me da un beso largo y húmedo. Lo que no ayuda con las ganas que le tengo en estos momentos. Parece disfrutarlo, pero entonces me recuerda que yo aún no he visto la pintura que dibujó para mí.

Camino hasta ponerme de frente donde hace unos minutos estaba ella.

Mi corazón deja de latir por un segundo por lo que ven mis ojos. Escucho que Eva solloza y ahora entiendo por qué.

Yo también estoy llorando y no puedo evitarlo. Lloro de la felicidad. Lloro de sentirme vivo. Lloro por lo perfecto que es.

Cada trazo, cada color y la forma suave de lo que ha dibujado.



Unas huellas de piecitos de bebé.

Voy a ser padre.

Al fin.

—¿Te gusta?

Mi futura esposa me toma mi mano y yo me aferro a ella para saber si esto es solo un sueño. Porque si lo es, no quisiera despertar nunca de él.

—Es... es maravilloso.

La veo con lágrimas en el rostro y se las limpio. Ese brillo que dicen que tienen las mujeres embarazadas es real. Pensé que era otra cosa pero ahora me doy cuenta que al fin hemos hecho un bebé.

—Te amo tanto, Miller. Me has protegido siempre y ahora sé que lo harás también con nuestro bebé. Serás el mejor padre.

—Nací para ti, Eva.

—Me has aceptado con todos mis demonios y yo con los tuyos.

Caigo de rodillas y busco su vientre. Lo abrazó y lloro en silencio. Sintiendo las lágrimas caer hasta sus pies.

—Aniquilaría por ti... dejaré de luchar con mis demonios para vencer los tuyos, mi ángel. Siempre.

—Siempre—Responde ella.

Vuelvo a estar de pie frente a ella. Ahora seremos una familia. Una familia de verdad.

La abrazo y me quedo pegado a su pecho. Escuchando su corazón. Al ritmo del mío siempre ha sido y será así.

No puede haber un momento más perfecto que este.

Lo juro.

FIN

SOBRE LA AUTORA



Kris Buendia, nació y creció en Honduras. Obtuvo su título de diseñadora gráfica y leyes. En el 2015 publicó su primera novela y tuvo su primer gato llamado Luke.

Es fundadora y Directora Creativa de Ediciones K, una firma de servicios editoriales para autores. Ha escrito más de 30 novelas.

Kris es una Winchester y escribe sobre villanos, amor y mentiras.



Visita para conocer sus otras novelas:

www.krisbuendia.com